

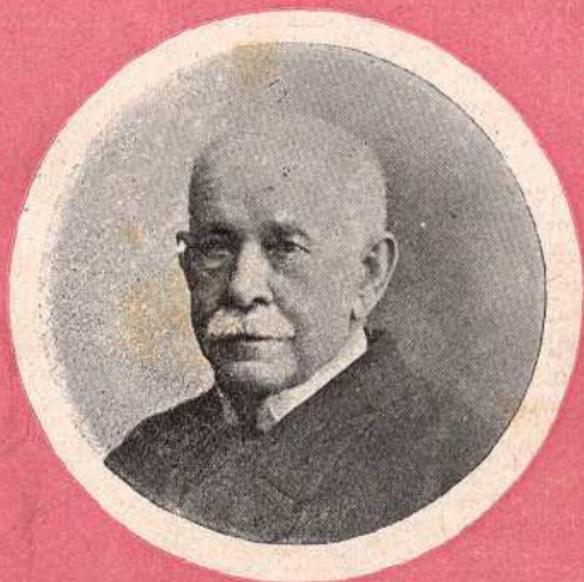
BIBLIOTECA PATRIA

DIEZ DIAS EN LA CIUDAD DE X.

POR

ISIDRO BENITO LAPEÑA

NARRACIÓN



LAUREADA

Precio: UNA PESETA

OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS

* * PERSONALES. * *

Insértase en este lugar, para edificación de todos y honra de ellos, la relación de buenos católicos que desde la primera insinuación del Patronato Social de Buenas Lecturas han acudido con su dinero para la fundación de premios á las lecturas sanas. (1)

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, (Madrid), un premio anual de 500 pesetas.

Srtas. Juana y Rosa Quintiana, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Excmo. Sr. Conde de Villafuertes, (Vitoria), un premio anual vitalicio de 500 pesetas.

Sra. D.^a Angela D. de Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Sra. D.^a Justa Sundheim de Doetsch, (Huelva), un premio temporal de 125 pesetas anuales.

Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo, (Medina del Campo), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales.

Sr. D. José Ignacio de Urbina, (Madrid), un premio anual vitalicio de 250 pesetas.

Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 250 pesetas anuales, en honra de sus finados padres.

Srta. Marquesa de Villafuerte, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Excmo. Sr. Conde de Cirat, (Rentería), un premio temporal de 250 pesetas anuales.

Continúa en la 3.^a página de la cubierta.

(1) Los nombres de los Sres. Fundadores se insertan por el orden de fechas de las fundaciones.

A mi respetado
maestro y querido
amigo, el Excmo Sr Mar-
quis de Peñafiel-Albas, en
testimonio de gratitud
y admiración, por su
admirable artículo, publi-
cado hoy en el Diario de
Avila, dedico, muy
agradecido, este ejemplar

DIEZ DÍAS EN LA CIUDAD DE X.

El autor

Avila 7 de Enero de 1921

ES PROPIEDAD

Biblioteca "PATRIA,, de obras premiadas.—Tomo CXLIV.

Diez días en la ciudad de X.

NARRACIÓN

DE

ISIDRO BENITO LAPEÑA

LAUREADA CON EL PREMIO

Santina Rovera

OFICINAS:

FUENCARRAL, 138, 1.º, DERECHA

M. A. D. R. R. D.

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

La buena novela, la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.

MARCELO MACÍAS.

(Lemas de la «Biblioteca»)

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas á la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.

Obra laureada

Esta obra ha obtenido el premio

SANTINA ROVERA

instituído en memoria y honra de sus finados, para el fomento de las **Buenas Lecturas**, por esta nobilísima bienhechora de la moralidad, el casticismo y el arte en las obras literarias.

... y lo recordarán, elogiarn y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.
ARZOBISPO DE TARRAGONA.

(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).



A falta de un proemio

Pocos días después de publicarse un libro mío, el sabio profesor y eximio publicista, don Froilán Perrino, lectoral de la catedral de Avila, tuvo la atención de dirigirme esta delicada y bondadosa carta.

«Excmo. Sr. Don Isidro Benito Lapeña.

»Muy señor mío y distinguido amigo: Recibí un ejemplar de su librito *Luchar y vencer es ley de Cristo*, editado por la benemérita BIBLIOTECA «PATRIA», que le ha laureado con el premio *Juana y Rosa Quintiana*, y no he querido escribir á usted, dándole las gracias, hasta no haberle leído con detenimiento, para exponerle al mismo tiempo y como usted desea, el juicio que su libro me merece.

»Hoy, después de leído el libro detenidamente, doy á usted las gracias por el honor que me ha dispensado, y, al mismo tiempo, la enhorabuena más cordial por el premio que le ha sido con justicia otorgado.

»Es su librito una verdadera filigrana en su fondo y su forma.

»En su primera parte, en que presenta usted ante los ojos de los lectores el campo de batalla y los enemigos con quienes tiene que combatir el alma, es un tratado completo de los siete pecados capitales, de cada uno de los cuales hace usted un estudio acabado, describiéndolos maravillosamente, señalando los efectos desastrosos que causan en el individuo y en la sociedad, pintando luego, con mano maestra, la infelicidad del alma en que cada uno de aquellos habita, indicando después sus remedios y haciendo por último hondas y sabias reflexiones al corazón que se halla dominado por la pasión de que trata usted en aquellos instantes.

»No es su libro una obra didáctica, pues su fin principal es deleitar el espíritu, y, sin embargo, se aprende más leyendo esta primera parte de su libro que estudiando en la Teología Moral el tratado de los siete vicios capitales.

»Pasma ver como lo que los Teólogos Moralistas exponen en un largo y árido tratado, en que se cansa la imaginación y se ahoga el espíritu, es expuesto por usted, en tan pocas páginas, con una corrección y precisión que asombran, con una amenidad y galanura de estilo que encantan, con un derroche de símiles y de imágenes que deleitan soberanamente el espíritu, con una claridad, en fin, que lo hacen inteligible á todos los entendimientos.

»El capitulito primero, titulado «*El desierto*», es bellísimo, y el corazón del lector

cristiano lo saborea con verdadera delicia, viendo *en el campo mismo del combate, en el lugar de la prueba*, el camino que le conduce hasta las puertas de la Gloria, cuyos inefables deleites está presintiendo su alma.

»En la segunda parte en que habla usted de las armas con que hemos de vencer al demonio, que nos ataca por los siete flacos, que fueron en la primera parte tan magistralmente descritos, se muestra usted un profundo teólogo al resumirlas con San Juan en una sola, *en la fe que ha vencido al mundo*; «fides quæ vicit mundum», *en la gracia de Dios por Jesucristo*, como las resume San Pablo, «gratia Dei per Jesum Christum», y con Santa Teresa de Jesús, «*en el temor, confianza y amor de Dios*, que son según la Mística Doctora, los tres castillos, sobre los que se da guerra al mundo.»

»Muy pocas páginas emplea usted en esta segunda parte, que consta solamente de cuatro capítulos ó apartados, todos ellos sublimes.

»En los titulados «Magnum Bellum», «Las Armas» y «Ego sum via», está condensado lo mejor que los teólogos han enseñado acerca de la gracia y de las principales virtudes. ¡Qué sentencias! ¡Cuánto se dice allí en pocas líneas!

»¿Dónde ha aprendido usted esas cosas, amigo mío, si yo no sé que haya usted estudiado oficialmente la ciencia teológica?

»Y maneja usted admirablemente la Sagrada Escritura y los Santos Padres, así como revela también su libro un estudio no pequeño de los escritos de la Santa.

»Nunca supuse en usted tantos conocimientos, aunque siempre le juzgué escritor correcto y elegante.

»Pensaba decirle que yo me hubiera extendido más en esta segunda parte, que sabe á poco. Pero, ¿cómo he de exigir yo á usted que hable más de lo que, sin haberlo cursado, expone tan hermosamente, tan concisamente, de modo tan preciso y correcto como ameno y galano, y en un libro que no podía pasar de cierto número de páginas?

»En suma: el libro de usted es una obrita amena, no solo de Moral, sino de Ascética, que todo cristiano debe tener en casa junto al *Kempis*.

»Autorizándole para que haga de esta carta el uso que quiera, es de usted afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.,

Froilán Perrino».

Avila 6 de Abril de 1917.

*
**

En tan alto precio estimo, y tanto me halagan y me honran sus valiosos plácemes, que permítame usted, señor Perrino, que sobre ellos pase, como por ascuas, temeroso de que me engrian y de que mi fácil vanidad inflamen.

Me limitaré, pues, á recojer únicamente, esta espontánea y natural pregunta:

¿Dónde ha aprendido usted esas cosas, amigo mío, si yo no sé que haya usted estudiado, oficialmente, la ciencia teológica?

*
* *

No fue, no:—piensa usted bien—asistiendo de mozo á las aulas de ningún seminario conciliar, donde yo adquirí modestos y mercedados rudimentos de la ciencia teológica.

Fue ya casi anciano, aquilatando en la soledad de mi aposento, los diez mandamientos de la Ley de Dios, que allá en la infancia me enseñó mi madre, y cuando ya la razón madura hubo sentido caer sobre mi surcada frente la nevada hiemal de la experiencia.

Pero aún así y todo requiere dignamente la justicia que yo consigne hallarme en posesión—el cómo y por qué no viene al caso—de un voluminoso manuscrito, encubierto de claras y apretadas letras, é intitulado *Diez días en la ciudad de X...*, que fue irresistible instigador de mi *Luchar y vencer es ley de Cristo*.

Ahora bien—señor Perrino—ante el benévolo juicio que mereció á usted mi modesta publicación, háme nacido el singular deseo de lanzar al palenque de las letras este manuscrito, con el noble propósito de ver si alguien obtiene los mismos delicados y sabrosos frutos que produjo en mí...

Para dar realce á semejante empresa, tengo gran menester de su valiosa y estimada

carta; y, puesto que usted me lo autoriza, ella—de gran aprecio y prestigio para todos—y mi pobre respuesta (que tan poco significa), únanse y compénsense, con el bondoso objeto de presentar, proteger y servir, en fin, de proemio, al anónimo libro *Diez días en la ciudad de X...*

Isidro Benito Lapeña.

Madrid 10 de Noviembre de 1917.

LIBRO PRIMERO

LA LUCHA

«No hay quien tan bien se conozca á sí, como nos conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de nuestro aprovechamiento; digo en secreto, porque ya no se usa este lenguaje».

Santa Teresa.—Fundaciones, 16.

I

El día de mi santo

ERES muy ansioso, papá—decíame, sentada en mi rodilla, la más pequeña de mis hijas.

—¡Mucho!—confirmó la segunda, tomando posesión de la otra pierna.

—¡Y tanto que eres ansioso!... ¡No te basta nada!—añadió mi hijo encaramado sobre el respaldo del sillón, á la vez que oprimía mi cabeza entre las cabecitas de sus dos hermanas.

—¡Ea!... ¡Basta ya de estrujarme!... ¡Vamos á ver! ¿por qué me llamis ansioso?

—Te lo diré.

—Tú no; se lo diré yo que soy más grande.

—¡Ninguna de las dos!—replicó mi hijo—
¡Eso me compete á mí, que soy mayor que vos-
otras!...

Y los tres pedazos de mi alma me abraza-
ban, estrechándose hasta la sofocación, como
les pájaros volanderos se agrupan en la rama
amparadera que sostiene el nido...

—Cuando ellos se hartaron de estrujarse y de
estrujarme y yo ¡pobre de mí! respirar pude,
les dije en tono cómicamente serio, de padra-
zo satisfecho:

—¡Gracias á Dios que me dejáis hablar!
Decidme, pues; pero no todos á la vez, sino
uno solo, ¿por qué me llamais ansioso?

—Porque te pones triste con frecuencia.

—Y eso que todos te queremos á rabiarse.

—Hasta la *Chispa* parece que se ríe, y que
menea el rabo de otro modo cuanto vienes.

—Mamá nos dice, de continuo, que cada día
te queramos más y que recemos sin cesar por
que estés contento, y nosotros así lo hacemos.

—¿Es que no somos buenos?

—¡Hijos de mis entrañas, yo os quiero á to-
dos con el alma!...

—Pues entonces ¿por qué estás triste? ¿qué
te falta?...

—Me falta...

*
**

¡Miserable de mí!... ¿Pues no iba mi espíri-
tu menguado á destruir los retoños de mí mis-
mo—como quema el hielo, y la niebla ahoga,
y troncha el aguacero los frágiles brotes de la

planta—confesándoles, despiadado, que lo que á mí me faltaba era la fé?...

¿Cuántas veces una frase, una palabra contenida á tiempo no ha librado al hombre de eternal y cruel remordimiento?...

—Me falta—contesté—me falta... cierta cosa que dicen que es muy buena y bonita.

—¿Más que mi caja de soldados?...

—¿Y más que mi muñeca grande?...

—¿Y más que la cabrita blanca?...

—¡Ya lo creo!... Muchísimo más que todo eso!

—¡Ay!... ¡Dinos donde la venden y hoy mismo te la compramos con el dinero de la lucha!...

—No es fácil, porque esa cosa no se compra ni se vende; esa cosa se regala... Quizás yo por vuestro conducto la reciba...

—¡Qué gusto si fuera hoy mismo!... Dinos siquiera lo que es.

Los ojos de los tres brillaban de ansiedad, igual que seis luceros en el cielo nuboso de mi alma... Me anonadaban sus caricias... Su ingénuo y candoroso preguntar me confundía y, no sabiendo qué contestarles, exclamé maquinalmente:

—¡Una carta!...

—¡Anda, que tonto!... ¡Pues si no es más que eso nosotros te la escribiremos ahora mismo!

Y como banda de jilgueros que gozosa y cantando vuela á saludar la aurora, los tres chicuelos, regocijados y saltando, fuéronse al despacho á emborronar su epístola.

¡Leve y misteriosa mentirilla!...

Sería casualidad; pero es lo cierto que cabalmente una carta—inventada por mi pensar inquieto para salir del paso—portadora fue de mi inesperada conversión.

Una carta aguardaba, era muy cierto... La que nunca faltóme en este día; pero nada había más lejos de mi errante pensamiento como la solemne resultancia de tal carta...

¡Aguardar: sólo esperar: esa es toda la venganza que toma la verdad!

Ahora, que residenciados van cruzando por mi mente lo pasado, lo que es y lo que espero, comprendo que la llegada bienhaciente de ese escrito no fue, no pudo ser casual...

La divina Providencia, que tranquila y serena marcha por caminos inescrutables y seguros, generosa nos prepara hóspitos refugios, estrañas coincidencias y embarazosas vallas, que atribuye á la casualidad la rudeza humana, siendo así que son sabios avisos de los intentos providenciales.

*
* *

Momentos después mi amada esposa, indolentemente sentada en tapizado taburete y apoyando el codo sobre el brazo de mi sillón de cuero, leíame el correo cotidiano.

Yo, mientras tanto, la contemplaba atento con la misma placidez é igual ventura que el alfange de la luna, recostado en plata, se mira en el límpido cristal de sereno y transparente lago...

¡La amaba tanto!... Era la madre de mis hijos... Una matrona ya... y, sin embargo, en ella mi espíritu sólo veía el mismo candor de cuando era niña.

Con la infantil curiosidad de entonces paladeaba las cartas y tarjetas familiares, mercantiles y políticas, en aquel día aumentadas con las de afectos, peticiones y cumplimientos por la celebración de mi fiesta onomástica.

De pronto, creciendo su curiosidad y júbilo, exclamó:

—¡Carta de Melchor!

—Siempre tan puntual—contesté yo—. Melchor es el mejor de mis amigos y jamás falta á la cita de este día. Ya verás como viene con el sermón acostumbrado, pero también como siempre rebosando sinceridad y cariño.

Son en mi casa las trimestrales ó cuatrimestrales cartas de mi leal amigo, las esperadas con mayor anhelo por todos y las con más placer y afecto recibidas.

*
* *

El primer amigo que tuve fue Melchor; el mayor y más fiel de los amigos.

Compañeros inseparables desde los primeros albores de la vida, siempre ambos fuimos leales confidentes de todos nuestros afectos é intimidades de la niñez, de la pubertad y de la adolescencia.

Todos mis secretos su generosa amistad conoce, y yo también creo conocer los suyos.

En más de veintiseis años de vida en co-

mún, y no obstante ser tan diferentes nuestros gustos, caracteres y aficiones, jamás nube alguna empañó el cielo de nuestro afecto, ni ningún sentimiento nuevo y menos bastardo, eclipsarlo consiguió ni aún por un momento.

En los tiempos que ya llevamos de ausencia, sus cariñosas y muy queridas cartas siempre vienen repletas de sanas doctrinas y de sabrosísimos consejos que, cual dictamo eficaz y delicioso, endulzan y curan las abiertas heridas de mis continuadas preocupaciones.

Ellos evocan en mi mente las gratas é inefables emociones con las cuales el corazón abrasado se refresca y sus anhelos se adormecen en brazos de aquellos recuerdos dulces é imborrables de la niñez ingénua y de la peligrosa adolescencia.

Los bulliciosos juegos, las alegres é infantiles correrías, las inocentes travesuras, las furtivas escapatorias en busca de nidos, el trepar á los árboles para cogerlos á costa de siete inverosímiles en las bragas, el escalamiento de cercas para arrebatarse moras á las punzantes zarzas, que á su vez se vengaban cruelmente de nosotros arañándonos las manos y la cara, la emocionante caza de grillos, el dormir tranquilo y confiado al arrullo de los tibios y maternales besos, y los primeros desvelos y las luego penosas indecisiones y zozobras, y por último el despertar rugidor del huracán de las pasiones, provocado por el calor sofocante de la impaciente adolescencia y la niebla glacial de la edad viril... Todo ese conjunto, en fin, de rosas y de espinas, siempre vivas y frescas, pero cuyo aroma—que nunca

en el olvido desaparece—unas veces vivifica el alma y otras la seca.

*
* *

Hacia ya catorce años que mi amigo Melchor y yo no nos veíamos.

Cumplido habíamos los dos la edad de veintiocho años, cuando nos separó el destino, como dos ramas gemelas se desgarran heridas por el mismo leñador, y á la manera que adios se dicen dos compañeros de armas la víspera de luchar en trincheras diferentes, pero contra un enemigo común, y por igual encarnizado y poderoso.

El, siguiendo su vocación de apóstol, y por Dios llamado, para ingresar en la noble Compañía de Jesús.

Yo, ya casado, para formar una familia y proseguir mi inclinación á los negocios, á las empresas industriales, al fragor de la política, al hervidero insalubre é incesante del mundanal combate...

A partir de entonces se cruzaban entre nosotros, como dije antes, no muy frecuentes, pero sí muy largas y expresivas cartas, siempre inspiradas en aquel entrañable é invariable afecto que desde la infancia nos unió, y que dura inmovible todavía.

De la que aquel año me escribió con motivo de mi santo, que, como todas las tuyas, también fue de once carillas, solo interesa á mi propósito consignar aquí los párrafos siguientes:

¿Por qué no vienes á descansar entre nosotros, siquiera ocho ó diez días?

Necesitas paz y reposo para tu espíritu, siempre agitado por esa barahunda de negocios. Tengo la certeza de que aquí los hallarás, porque los nobles sentimientos de tu alma los merecen. Es la cuarta vez que te lo ruego,—aunque me taches de pesado—te lo repetiré todos los años, hasta que te resuelvas á complacerme.

Prepara, pues, tus asuntos de manera que, en los días que estés á mi lado, no tengas necesidad de preocuparte de ninguno de ellos.

*
* *

No bien terminada la lectura, mi enamorada esposa, mostrando en su mirar amante todo cuanto sentía su sincero corazón, se apresuró á significarme esta espontánea y candorosa súplica.

—¡Por qué no complaces á Melchor!... ¡Es tan bueno y te quiere tanto!...

—Bien sabes que no puedo. Por otra parte me tienes tan mal acostumbrado que me aterra la amenaza de tener que verme privado todos esos días de noticias vuestras.

—Diez días se pasan pronto. Yo, por mi parte, sabiendo que has llegado bien, y que estás al lado de Melchor muy satisfecha y contenta quedo.

—¡Bueno!... Ya lo pensaremos otro día: hoy por hoy á festejar mi santo y á no tratar de viajes.

—Siempre lo mismo... ¡Otro día!... ¿Por qué

no tratarlo hoy, si una voz interna me asegura que allí ciertamente encontrarás la paz que tanto necesitas?

—Eres una niña... ¿Qué sabes tú de la vida?... ¡Abrazame, niña mal criada, y dejemos ahora eso!...

—No puedo dejarlo aunque te enfades: yo seré una niña, si tú quieres; pero una niña que daría, no sólo el cariño que te tengo, que ese Dios quiere que lo conserve aún después de muerta, sino que la vida y el placer de verte diera con tal de que tú fueses feliz.

—¡Feliz!... ¿Quién dice que no lo soy?

—Tú no eres feliz... No puedes serlo, por mucho que tú y los demás nos esforcemos en que lo seas, porque no crees... Si Paco: no puedes ser feliz, porque no tienes fe... Porque has olvidado la solemne y saludable afirmación que, en presencia y con entrañable asentimiento de tus padres y de tus deudos más queridos te hicieron en la primera comunión, de que para conservar hasta la muerte la felicidad de que todos gozastéis aquel día, era preciso conservar incólume esa joya valiosa, indispensable al alma, que se llama fe... Ese talismán inapreciable, del que todos nos servimos cuando en la lucha con el mundo y con nosotros mismos, tropiezan muchos piés... Cuando nos sentimos cobardes y atribulados y abatidos, porque la bendita fe es prodigiosa luz velada, con la que vemos claramente, confiadamente, esperanzadamente, otra vida más hermosa que esta... y de mayor ventura; y soberana y rectamente justa... Sí, Paco de mi alma, la fe es una lumbre suave,

consoladora y milagrosa que hace que vuelvan al caído pecho los perdidos bríos; y que nos obtiene siempre, en todo y contra todos, el inmarcesible laurel de la victoria... Yo soy una niña, razón tienes; pero te juro por tu amor y por el mío, que abrazada muchas veces á mis hijos y tuyos, parecíame oír una voz amiga, siempre la misma y muy lontana que murmuraba entre nosotros: *Bienaventurados serán los que vean lo que vosotros veis...* Sí, te lo repito y repitiré mil veces, tú no eres feliz... no puedes serlo, porque no crees...

—Ya creeré, ¡tontuela!... Ya creeré en todo y en todos como creo en tí, que eres el evangelio de mi vida... ¿Acaso no eres tú feliz?...

—Sí, Paco de mi vida; soy muy dichosa, no lo dudes; pero aún puedes hacerme más dichosa si tú quieres...

II

La Lucha

—¡Cuidado que es empeño tenaz el de María!...

Esto decíame yo á solas al día siguiente de mi santo, cual si yo mismo tratara de engañarme, pues mi buena esposa no había vuelto á hablarme de semejante asunto.

—¿No soy buen padre... y fiel esposo?...

¿No fui siempre y soy católico?... ¿Pues á qué este viaje?...

Pero, por otra parte, ¿por qué me persi-

guen implacables, no la tenacidad de María,— que esa tenacidad no existe—sino sus últimas palabras de ayer por la mañana?

¿Por qué mi ánimo trabaja, con brio inusitado, en estar quieto y sereno, sí, apesar de su incansable y varonil esfuerzo, cada día se halla más triste é intranquilo, y cada día estremece más al corazón y conturba más á la conciencia?...

¿Qué enigma y qué tenacidad son estas?...

¿No estoy bautizado?...

¿De dónde provienen, pues, estos recelos y temores que, tozudos, sin cesar me aquejan?...

Ni mis costumbres son reprochables, ni embadurna mi fama mancha alguna; ni tampoco me vuelve la suerte las espaldas; ni los pútridos miasmas de la sórdida codicia mi rectitud y mi juicio enervan....

¿Qué más religión puedo tener, si ni robo, ni calumnio, ni hiero á traición, ni por la espalda mato?...

Mas si cesara un momento mi arrogancia... Si la presunción diera de lado á estos supuestos interesados, que no por yo creerlos son más ciertos, y la conciencia, á su vez me preguntara: ¿y es en eso solo en lo que fundas tu necia confianza?...

¿Y aquel temor de Dios y aquellas súplicas piadosas que entre besos y sollozos te enseñó tu madre?...

¿Por qué tan contradictorio é insincero es tu consejo, si yo veo que buscas y hasta con agrado ves que tu esposa y tus hijos los conserven?...

Yo estoy en posesión de dos carreras: Doctor soy en Derecho y Licenciado en Medicina; pero ninguna de ambas ejerzo para subvenir á las necesidades de la vida.

Reverencio demasiado á la justicia para ejercer como letrado, y tengo muy susceptible la conciencia para oficiar de médico.

Mis aptitudes y energías y la ciencia que adquirí en las aulas, sean pocas ó muchas—que no soy yo quién para juzgarlas—las he consagrado por entero al fomento de mi hacienda y los negocios, y á las luchas sociales y políticas, sin cuidarme de temer ni de solicitar ó rechazar las añejas filosofías ni las filosofías modernistas.

La experiencia y desencantos de una vida mundana y positivista, incesantemente activa, me hicieron dar á todas las escuelas igual valor é importancia que los que merece el juicio—harto frecuente—de atribuir al médico la muerte del enfermo cuando este fallece, y no atribuirle la cura, y sí al milagro, cuando el enfermo sana.

Dejemos, pues, el alma—que nada se va perdiendo en ello—para mi santa mujer y mis candorosos hijos...

¡El alma!... ¡El alma!...

Recuerdo que nuestro profesor—hombre reconocido y proclamado como un gran sabio—haciendo, una mañana de prácticas la autopsia de un cadáver en presencia de sus discípulos, nos enseñaba á discurrir—no obstante estar bautizado y llamarse también cristiano—con estas breves y enfáticas palabras:

—Hemos terminado de examinar, de estu-

diar y analizar, detalladamente, un cuerpo humano.

Con las finísimas pinzas y el escalpelo agudo del experto anatómico y del científico fisiólogo, acabamos de disecar, uno por uno, todos los nervios y tejidos y fibras de un cuerpo semejante al nuestro.

Hemos penetrado, valerosamente, en los últimos grupos de las células y hasta en los centros nerviosos más complicados y recónditos.

¿Y qué ha sucedido?... Que en parte ninguna hemos hallado ni señal, ni rastro, ni vestigio que nos demuestren el paso ó la existencia de ese mito, tan cacareado por los creyentes, y que ellos denominan con singular é indiscutible aplomo: *alma* inmortal... ¡Vana quimera de los crédulos, pues todo parece cuando el cuerpo muere!...

*
* *

Pero la afirmación de aquel profesor presuntuoso—sabio irrecusable ó sabio ficticio—¿no podría ser embozada mala fe ó personal ceguera?...

A su vez afirman los creyentes que hay dos clases de ciegos en el mundo, los cuales, aún teniendo buena vista, nunca consiguen ver: los que Dios ciega porque quiere perderlos y los que cierran voluntariamente los ojos por no ver.

Este interno soliloquio... Esta petición de cuentas á mí mismo que no pude impedir, co-

mo no puede evitar el río de ir al mar, ni el mar el fragor de sus borrascas, pusiéronme febril á la vez que me abismaban por momentos.

En mi sér luchaban, con igual tenacidad, de un lado el martilleo de las sienes y el galope de la sangre por las venas, y del otro esa terca é invencible laxitud que acoquina al moribundo corazón, tras un largo caminar en pos de ideales incumplidos.

Con exceso de vida me moría, cuando de pronto un sirviente me sacó de tan angustioso y anormal estado con estas breves frases.

—Cuando el señor quiera. La sopa está servida.

III

Dos almas en un cuerpo

Tres días han pasado desde que celebré mi fiesta onomástica, y, durante ellos, sus misteriosos tintes han ido embraveciéndose poco á poco en el cielo de mi espíritu, á la manera que los colores del esmalte embravecen los suyos en el horno.

En la noche última, sobre todo, fue horrendamente combatido por ensueños tenebrosos, preñados de truculentas pesadillas, al final de las cuales sentíame aterrado, cual si cobarde la conciencia se hubiera dejado arrebatarse el honrado estímulo de los vigorosos imperativos del deber.

Semejante estado no podía, no debía continuar; mis pulmones necesitaban aire puro, y mi espíritu ansiaba menos fuego y mucha, mucha más claridad.

Sin avisar á nadie mandé á preparar el mitor y dije al cochero.

—Por la carretera de Extremadura, hasta que yo te ordene que vuelvas.

*
* *

Una vez fuera de poblado, leí y releí por tres veces la carta de Melchor; y terminada la tercer lectura sentí que mi alma, cual estrella rotadora en torno de la de Melchor flotaba y que nuestros espíritus hermanos de esta manera conversaban:

—¿Tú crees que sólo en ocho días á tu lado lograré encontrar la paz y el sosiego, por tanto tiempo huídos de mi alma y con los cuales, ha muchos años, que generosa tu amistad me brinda?

—Estoy seguro de que aquí los hallarás, y que ellos te volverán á las ansiadas tranquilidad y dicha.

—¿Acaso tú eres feliz?...

—Sí... Lo soy, cuanto puede serlo el mortal en este mundo... Cuanto es posible en el forzoso y meritorio periodo de la prueba, tan justamente lleno de agobiadores y múltiples afanes...

—¡Vamos!... Mermadísima felicidad... ¿No es eso?... Tú mismo lo revelas; pues al recono-

cer los numerosos é inevitables males con que la vida tirana nos castiga, bien claramente lo confiesas.

—¿Que lo confieso yo?... ¡Cuán desmemoriado y parcial é insensato eres!... ¿Por ventura son dichosos los que en el mundo pululan agitados entre satisfacciones fugaces é incumplidas, y mecidos locamente por problemáticos placeres? ¿No adviertes en su marchita exterioridad festiva, encubiertas de ordinario la amargura y tristeza de su espíritu?... ¿No vemos de continuo que semejantes quimeras caen, vertiginosamente, desde el furtivo y menguado gozo al piélago del cruel remordimiento, centro de desesperanzas y dolores?... Mira en tu derredor y dime: ¿no reconocen esos desdichados, tan luego como en sí vuelven, que ganaron poco ó nada en semejantes devaneos y, en cambio, que fue mucho y grave lo que innegablemente perdieron?

—¡Agria verdad es esa; pero muy cierta!...

—Preciso es entender, querido Paco, que la dicha positiva y verdadera sólo depende de nosotros mismos y de nadie más... Que semejantes ansias y que penas tales, impotentes son para romper la racional felicidad, que Dios quiso hacer posible en la vida del tiempo, y que si nosotros contra ley no se las diéramos, carecerían de fuerza y autoridad bastantes para derrocar el ánimo nobilísimo que al Supremo Creador nos asemeja. El espíritu sensato sabe bien, y juicioso afirma, que si en Dios confía, Dios que es su padre, le conforta y le sostiene indefectiblemente; porque la dicha estable, desinteresada y verdadera, sólo en el

regazo paternal se encuentra. Además que tú no ignoras que poca experiencia de la vida es necesaria para conocer, desde luego, que el camino seguro de la paz consiste en el menor afecto posible á las cosas del mundo y la mayor limpieza y quietud de la conciencia.

—Pero es el caso...

—No prosigas... Yo no te niego que esos afanes y desvelos, que esos vallados y peligros aterren, á veces, al corazón más fuerte y conmuevan el ánimo más justo. Los frecuentes y hoscos nubarrones del estío enturbian, es verdad, el horizonte, y hasta parece que le ennegrecen para siempre; pero de pronto luce el sol de la gracia, que es más fiel y más frecuente, y entonces brilla con mayor claridad y la calma viene... Aún te digo más: esos hoscos nubarrones, que al pronto aterran al corazón y al espíritu conmueven, son siempre provechosos, porque cooperan, mal que les pese, á que luego la tranquilidad sepa más dulce y más se aprecie el natural reposo. Nunca se atavía el horizonte con un azul más bello y esplendente como después que ha pasado la tormenta... ¿No ves cómo la tierra sufre resignada que abra el arado sus entrañas para producir más abundantes frutos?... ¿Y que el mar, apesar de sus roncadas y oscuras tempestades, no deja de suministrar á las fugaces nubes el agua preciosa que vivifica los sembrados?...

—¿Y de qué manera podré yo encaminar, á fin tan provechoso, los nubarrones de mi alma y el huracán de mis pasiones?...

—Fomentando con ansiedad, siempre creciente, los bienes excelsos del espíritu, porque

ellos son los solos que constituyen la dicha posible en este mundo, y los únicos que marcan el sendero recto y seguro que conduce al Creador, Supremo Bien.

—¿Qué hacer, pues?

—Dejarse llevar, por la santa conformidad, al puesto que la Divina Justicia le depare, sin desear, con tristezas de envidia y locuras de ambición, ocupar otro que esté más alto.

*
**

Mi espíritu insaciable calló anonadado: cesó de preguntar al espíritu sereno de Melchor; mas no pudiendo despojarse de su ardiente y natural tendencia de investigación, reflexionaba, mientras tanto, de este modo:

Yo aspiro á la perfección, á la justicia, á la verdad, y, por lo tanto, á la posesión de una suprema dicha, que, si no es posible hallar en esta vida, forzoso es que se encuentre en otra vida mejor.

Lo comprueba esta tendencia inacabable á esos absolutos bienes que el Sabio Creador ha puesto en mí.

No sería Dios *sabio* si después de haberme creado con tales aspiraciones no acertara á satisfacerlas; y yo bien claramente veo que toda la creación demuestra la gran sabiduría y previsión del Creador.

Y si Dios, sin culpa mía, dejara que se frustraran los deseos que ÉL, sin yo pedirse-los puso en mí, tampoco sería *bueno*.

Por otra parte, es bien notorio que, en el

campo de la prueba, hay muchos buenos perseguidos y, la gran mayoría de los malos, favorecidos por la fortuna y por la gloria...

Sin otra vida más superior y recta que la presente, y en la cual se dé á cada uno su merecido, Dios, que en toda la creación es la Justicia Suma, con su criatura predilecta dejaría de ser *justo*...

Animóse mi espíritu ante estas despiertas reflexiones, y por ellas confortado, decidióse á seguir preguntando al de Melchor.

*
* *

—¿Puedes tú ser feliz prodigando sin cesar el bien para que, quien lo recibe, ni te muestre gratitud, ni te lo recompense, ni te dé gloria?... ¿Feliz estando sumiso siempre al albedrío ajeno?...

—¡Ambicioso yo!... ¿de qué?... ¡Gratitud y recompensas yo! ¿de quienes?... ¿Acaso de lo que hoy existe y mañana no?...

—Sin embargo...

—No: el norte al que se dirige el débil baje del jesuita es Jesucristo... Y tú no ignoras que Jesús (Sabiduría Suma) nada ambicionó ni pidió nada para EL... Pudiendo ser dueño de todas las cosas y señor de todas las gentes nació en un pesebre, olvidado de los hombres y murió en un cadalso, escarnecido y sentenciado injustamente por aquellos mismos á quienes vino á redimir y salvar...

—¡Sí!... Pero murió porque quiso y donde quiso... ¡Si al fin vosotros tuviérais siquiera la

esperanza de morir entre los vuestros!... Más no sucede así: sumisos á una regla inexorable, hoy estais aquí y mañana salís para la India, ignorando si morireis entre europeos ó entre caníbales ó cafres.

—Casi lo mismo te sucede á tí... ¿sabes tú acaso cuándo, cómo y en dónde morirás?... Esa obediencia ciega que te espanta es cabalmente el más sólido fundamento de nuestra innegable dicha. Esa regla, que llamas con acierto inexorable, es la que nos lleva gozosos á ganar almas para Dios... ¿Qué más dicha necesitamos?... ¡Ambición, ambición!... Un filósofo gentil dijo á Alejandro Magno: *Non plus ultra*, ya no te queda más terreno que ganar; y sin embargo, ¡cuánto faltaba aún que conquistar á las crecidas huestes de aquel Emperador!... Más ambiciosa es nuestra regla, porque jamás exclama: ¡basta!... Ella dice á un solo hombre (1): no lloves más armas que una cruz: que un sencillo crucifijo, ni más huestes que dos jesuitas como tú y con ellos vé á conquistar á Europa, y á pasear tu apostolado por las islas del Japón y de la Océanía, y á esgrimir tu caridad por la inmensa China, y así avasalla al mundo, que el mundo es muy corto y estrecho comparado con tu celo... y he aquí de qué modo aquel humilde fraile fué por obediencia á todos aquellos sitios y todos aquellos sitios conquistó. ¿Deseas más ambición?...

—¡Siempre la obediencia!...

—¿Cómo no, cuando Jesucristo nuestro modelo fue obediente hasta morir muerte de

(1) San Francisco Javier.

Cruz?... Su discípula y esposa espiritual Santa Teresa—gran enseñadora de las vías que ha de hollar el corazón humano—afirma que todo el saber y todo el bien de que ella disfrutaba lo debía precisamente á jamás haber faltado á la obediencia. Dice la gran doctora castellana, en su Morada VII: *Quiere el Señor que cumplamos la voluntad de los superiores como la suya misma. Así somos felices siempre; pues por doquier nos empleemos, interior ó exteriormente, estamos seguros de que Jesucristo está con nosotros.*

*
* *

Los sólidos razonamientos del alma de mi amigo cayeron sobre la mía como chorros de luz sobre sombría sima, é hiciéronla ver, con meridiana claridad, la enorme diferencia habida entre aquella ambición sublime y abnegada y la personal é interesada ambición que reina entre nosotros.

Recorrióla un helado escalofrío que la hizo estremecerse y medrosamente exclamar:

—¡Y la actual sociedad que sabe eso, no ya no os lo paga ni agradece, sino que, por sólo llamaros jesuitas, os calumnia privada y públicamente!... ¡Qué de injurias contra la Compañía de Jesús!... ¡Qué de denuestos óyense contra ella!...

—¡Infelices calumniadores!... Un filósofo moderno—eminente político y por cierto poco amigo nuestro—ha confesado en público

que (1) *los que más insolentemente nos acusan y censuran, saben muy bien que mienten.*

—¿Por qué os odian así?...

—¿Por qué los fariseos odiaron á Jesús, que es nuestro maestro?... (2) *El discípulo no es más que el maestro.. Bástale al discípulo ser como el maestro.*

—Aseguran saber de buena tinta que todo lo absorveis y que os meteis en todas partes.

—Ya sé que afirman que tenemos representantes en los Poderes públicos y en los Parlamentos, y participaciones en los Bancos, y que somos dueños de los ferrocarriles y tranvías, y que administramos las grandes empresas industriales, y... ¿qué sé yo?... ¡Pues si no inventaran los malos tan estupendas paparruchas, ¿en qué fundarían el odio que nos tienen?...

—Dicen que sois universalmente poderosos.

—En eso tienen razón. Sin contar con ningún poder mundano, ni llevar con nosotros submarinos ó ametralladoras, realmente somos poderosos... ¿Quiéres saber por qué? Porque todos, y cada uno de nosotros, llevamos á nuestro lado á Jesucristo, merced á la obediencia, como asegura la gran santa avileza, y quien lleva á Dios consigo nada le falta: *solo Dios basta...*

*
* *

La tarde iba á terminar.

(1) Víctor Hugo.

(2) San Marcos. Cap. X, ver. 23 y 25.

En el ambiente comenzaba á insinuarse esa luz tibia y enervante, que, á medida que se apaga, más predispone á las almas combatidas á sumergirse en la melancolía y la meditación.

—Se hace de noche; vuelve de prisa por el mismo camino á casa—dije al cochero—á la par que mis labios bisbiseaban imperceptiblemente:

—Son, ciertamente, los jesuitos unos verdaderos héroes... ¡Qué abnegación!... ¡Cuánto sacrificio!... ¡Si hasta se privan de lo más natural y humanamente entrañable, que son los íntimos afectos de familia!...

—¡Que no tenemos familia!—clamó con energía el espíritu de Melchor, que yo creía dormido.

—¡Que no tenemos familia!...—repitió—¿Pues qué, hay familia más fecunda, ni siempre más lozana que la indestructible familia de la Compañía de Jesús?... Nuestro padre San Ignacio, en pos de un ideal puro y eterno, tiene cada vez más hijos, y su mismo espíritu se reproduce en ellos, multiplicando incessantemente los Loyolas... El aguerrido Gonzalo de Córdoba, sirviendo un ideal humano, fue un Gran Capitán, pero no tuvo una sucesión de Grandes Capitanes...

—Reconozco y admiro tu legítimo entusiasmo; más perdóname si, caviloso como soy, me ocurre otra pregunta.

—Ya habrás comprendido cuánto me place atender tus ruegos; pregunta cuanto quieras.

—¿Son posibles íntimos lazos y mútuas afecciones entre los miembros de vuestra gran

familia?... Yo tengo aprendido que muchas veces, cuando apenas os conocéis y á trataros y á amaros comenzáis, la voluntad ajena—posiblemente caprichosa, porque al fin sois hombres y como tales á imperfección sujetos—os manda marchar inmediatamente sin deciros, hasta el último momento, á donde vais, y bruscamente os separa, acaso para siempre, de vuestros más íntimos compañeros.

—Jamás sucede entre nosotros que un superior proceda caprichosamente en decisiones de tan alta transcendencia. Pero si alguna vez, por rara excepción aconteciese, siempre el favorecido sería el inferior... Dice el Rey Profeta que, *en la casa de Dios, es más y mayor honra obedecer humilde, que ambicioso mandar.* Y tocante á la no consistencia de nuestros lazos familiares se necesita crecer sin trabas y muy suavemente en el amor de Cristo—centro de todos los amores—para llegar á comprender y estimar el sano perfume de nuestras mútuas y permanentes afecciones... Bástete, pues, saber por hoy que de tal manera atrae Dios á sí á los hombres que de verdad le buscan, y de tal modo los junta unos á otros en su Sacratísimo Corazón, que allí no hay muertos para los que aún viven ni ausentes para los que quedan.. El lazo que nos ata á Él es mucho más indisoluble y apretado que el que une á los esposos y á los padres y á los hijos, pues permite que sin vernos nos veamos y que nos amemos ausentes cual si juntos estuviéramos, porque ese lazo consiste en tener todos una misma y única aspiración: la gloria del Señor.

—Familia privilegiada sois, y en verdad que os parecéis á las valerosas y nazarenas golondrinas que en rauda é incansable vuelo cruzan los continentes y océanos persiguiendo un mismo fin.

—Me complace la semejanza... Tienes razón... Que unos de los nuestros surquen los mares para llevar á luengas tierras la civilización y la caridad cristianas.... ¡Que otros permanezcan en la patria, levantando el esplendente faro de la verdad, para que á él dirijan su barquilla los que luchan con el vendaval de las pasiones, ó navegan desorientados por el golfo peligroso de la prueba!... ¡Que otros, en fin, fabrican paternales nidos, donde hallan: el leproso una mano amiga; asilo y comodidad el viejo; quien les ayude á sanar el enfermo del cuerpo y el pecador contrito; y el adulto ciencia y doctrina para triunfar, más tarde, en los combates de la vida!... ¿Qué importa si á todos nos sirve de guía la misma estrella que guió á los Magos, y si todos nos apoyamos en el mismo báculo de que valióse Pedro?... ¿Qué más sólidos y perdurables lazos ha menester nuestra familia para estar siempre unida y ser entrañable y ser eterna?...

*
* *

Iba anocheciendo... Extinguiase la claridad del día: no así las exigencias de mi espíritu, pues cada vez más hambriento de luz no pudo sustraerse á los anhelos de hacer dos nuevas preguntas al espíritu bondadoso de Melchor.

—¿Estima tu recto juicio que es indispensable para bien servir á Dios, ser sacerdote ó renunciar al mundo, sometiéndose en el claustro á la vida monacal?

—Donde quiera que el hombre sirve á Dios, cumple su fin... Dice el gran Obispo de Hipona, en su «Manual particular»... *Por amor hacia Dios arreglamos nuestras costumbres primeramente. Después consideramos como no presentes los bienes terrenales cuando así conviene á ese amor; y por último, contemplamos con la vista del alma las cosas interiores y sobrenaturales, con lo cual llegamos á conocer los secretos del mismo Dios, objeto de nuestro amor...* Esto, como tu ves, puede hacerse muy bien en todos los estados. Pero, á mayor abundamiento, Teresa de Jesús, la maestra de la vida espiritual, escribe en su libro: *Camino de perfección*, esta consoladora y animadora máxima: *No á todos lleva Dios por igual camino; y por ventura cuele suceder que á quien le parece que va más bajo que otros, está más alto que éste á los ojos de Dios.*

—¿Y crees tú que á mi edad, ya la mente y el corazón hastiados; y muy entumecidas, por el tiempo malgastado, las siempre débiles fibras de mi pobre entendimiento, se puede empezar labor tan árdua?... Y aún cuando se pudieran rehabilitar tales despojos ¿querría retener la infiel memoria lo de este modo estudiado?

—De todo triunfa, cuando se lo propone con firmeza, una decidida voluntad, auxiliada por la Gracia... Afirma la tradición que David, antes de ser rey no sabía leer, y que

aprendió después de serlo, ó sea en el fragor de la pelea y entre el estrépito de las armas... Y, sin embargo, en el salmo 126, David—quien nunca se gloriaba de haber llegado de pastor á rey—se gloriaba de ser más docto que sus doctores. También se dice que á los ochenta años Sócrates aprendió la música; y las matemáticas Platón á los sesenta; y que ya en plena senectud Catón estudió y aprendió las letras griegas; y Jerónimo las hebreas... Como ves, por tarde que venga la ciencia, siempre llega á tiempo.

—¿Pero vas á compararme á mí ¡pobre pigmeo! con David y Sócrates y Catón y Jerónimo y Platón?...

—Para que tu súbito juicio no sufra triste padecimiento ni vana presunción, entiende que no aludo á las personas, sino que á las edades, y cobardías me refiero. Por otro lado tú apenas cuentas la mitad de años que la mayoría de los ancianos antes citados, y, por ende, el arte de ser cuerdo y prevenido, yendo ante todo y sobre todo en busca del Supremo bien; el destaponamiento del oído al fin de poder oír la verdad, por cima de todos los mundanales ruidos; el toque divino de la llamada celestial, que á ninguno se le niega si desea sentirlo, tareas más fáciles y positivas son, que el doctorado, y que la música, y que los números y las letras.

—¡Ser cuerdo y prevenido, y percibir el mágico acento del llamar divino!... ¡Ah!... Todos lo queremos...

—Todos lo queremos: ¡puede ser!... ¿Pero han de hallarlo los que viven adormecidos en

la pasión y en el error alétagados?... Hay que buscarlo con propósitos elevados y con ardiente fe. No hay que retroceder ante las contrariedades y decepciones, sino en todo tiempo escuchar con perseverancia inquebrantable el consejo, siempre bueno, que dicta una razón serena; no sofocar con los ciegos estímulos de la pasión los resplandores de la verdad... Al orgullo hay que matar, en fin, porque el orgullo imponente quimera es para lo vano que se propone el hombre; y, en cambio, se convierte en baluarte infranqueable cuando defiende el bien...

*
* *

En esto —y en verdad sin darme cuenta de ello— el coche se detuvo.

Habíamos llegado á mi hotel.

Alegre y sonriendo, como siempre, mi amante esposa salió apresurada á recibirme.

Antes de que ella pronunciara una palabra, la dije yo al oído, muy quedito:

—Preparame la caja de limpieza, y dos ó tres mudas pon en mi maleta.

—¿Te vas?...

—Voy á telegrafiar, en este instante, á mi amigo Melchor, para que el martes me espere en la estación.

—¿Sin otro aviso?... ¿Y en semejante día?...

—¡Déjate de tonterías!... ¡Todos los días son iguales!...

Tras una breve pausa, mi santa esposa exclamó:

—¡Gracias, Paco del alma!... ¡Cuán dicho-

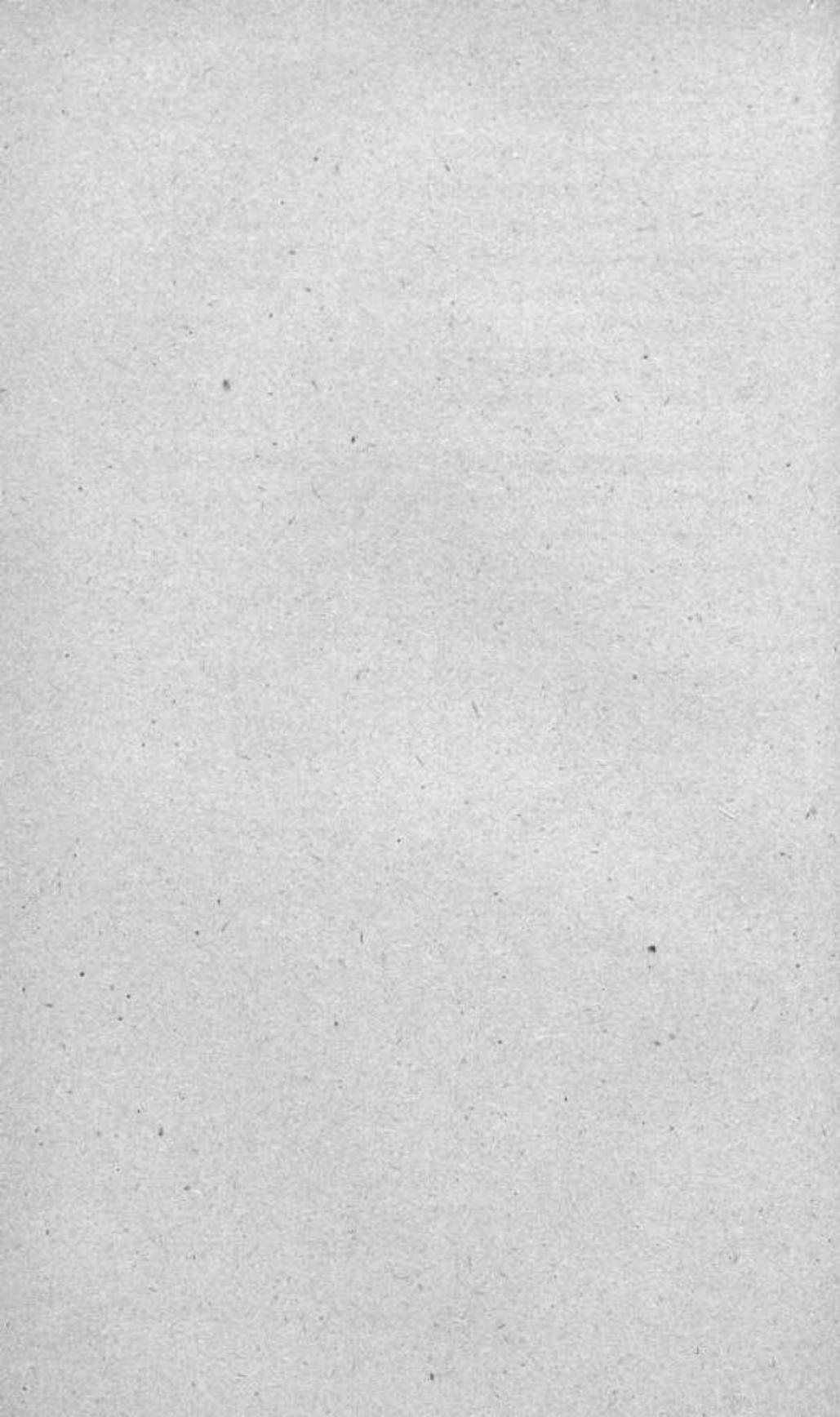
sa me haces!... ¡Dios te lo premiará!... ¡Te lo aseguro por mi amor!...

Y al hablarme así apretaba con efusión entre sus blancas manos las convulsas y febriles mías, á la vez que apoyaba sobre mi pecho su cabecita rubia, derramando abundosas y tranquilas lágrimas, milagrosamente dulces y mansas aquel día como la bendita lluvia de Mayo...

Siempre que, para ir de viaje, me separaba de María, quemante era su llanto, y honda y sentida su aflicción.

¿Por qué aquel día sus hermosos ojos azules, nadando en copioso mar de lágrimas, mostraban un interior de dulce calma?...

¡Dios lo sabe y mi mujer lo presentía!...



LIBRO SEGUNDO

¿SERA VERDAD?

«Jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que, cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer que sucederá mal, que poderoso es para todo.»

(Santa Teresa.—Su vida.—1.)

I

Hermosa Vega

A las once en punto de la mañana me apeé en la estación de la Ciudad de X... Allí estaba esperándome mi amigo, el Padre Melchor.

—¡Ven á mis brazos rebelde amigo!—dijo no bien me vió.—No sabes cuánto me alegro, y cuánto bueno espero de este viaje, no solamente para tí, sino también para los muchos que de verdad te amamos! ¿Y María?... ¡Habrá quedado llorando, como siempre que de ella y de tus hijos te separas!... ¡De seguro no me perdonará, en mucho tiempo, mi machacona terquedad en rogarte que vinieras!

—Si que al despedirme se quedó llorando;

pero esta vez, no fue de pesar, sino de gozo... ¡Asombratel... Ella, tan constante enemiga de mis viajes, ha sido tan terca como tú... La que con más empeño me animó á venir.

—¡María es una santa!...

*
* *

Entregué la maleta á un mozo; me aseo ligeramente en el tocador público y, pocos minutos después, almorzábamos opiparamente en la fonda de la estación, con igual apetito que cuando eramos estudiantes.

¡Con qué regocijo tan sincero, persiguiendo la estela de muy dulces memorias recordamos nuestras añejas y pasadas impresiones, y, con qué consuelo añorando todas las cosas que nos ocurrieron desde entonces, hundimos en el regazo amante de nuestros respectivos pechos, él, sus bonanzantes y virtuosas gallardías, y yo, mis satisfacciones mundanales, mezcladas con amarguras y recelos!

A las dos de la tarde, aproximadamente, cogidos del brazo, como cuando eramos muchachos, nos encaminamos pausadamente hacia la residencia de los Jesuitas.

Algo más de media hora tardaríamos, porque andábamos despacio, en atravesar la población y llegar al convento, el cual se halla al final de aquella, al lado opuesto de la estación del ferrocarril, y emplazado sobre una gran meseta, desde la cual se domina la más coqueta y lujuriosa vega que la imaginación pudo soñar.

—¡Chico!—exclamé asombrado al ver tan subyugante panorama—; vosotros sois como las águilas caudales... Vosotros, majestuosos como ellas, fabricais, acertadamente, vuestros nidos sobre las crestas tranquilas de incommovibles rocas... Vosotros, también como ellas, os apartais de los molestos mundanales ruidos, avaros de contemplar, á vuestras anchas, la limpieza, la grandiosidad y magnificencia de la naturaleza, sin que os importe la humana barahunda ni los ruines devaneos os perturben... Yo también gozar deseo, siquiera por breve rato, de esta vista opulenta y deleitosa que á mis ojos, hambrientos de sinceridad, se ha presentado...

*
* *

¡Allí sí que habría verdad y luz!... Realmente la naturaleza inagotable y pródiga habíase extremado en derramar sobre aquella inmensa vega toda la savia más jugosa de su fecundo seno y la más dulce y divinal de sus sonrisas.

Radiante de claridad y de alegría, sin que nube alguna empañara el celeste dosel que la cubría, presentóse á mí—y déjome estático— como la imagen más fiel del paraíso.

¡Vega maravillosa!... Toda ella recubierta de perlas, esmeraldas, turquesas y rubíes asemejábase á la más noble y opulenta soberana de la tierra cuando, para celebrar sus bodas, se atavía con las más bellas y valiosas joyas del Oriente.

Grupos de tilos y negrillos, racimos de sauces y palmeras, ejércitos de árboles y plantas henchidos de olorosos y variados frutos, esforzábanse orgullosos en pregonar, á todos vientos, la sublime magnitud de su realeza.

Prados de esmeralda y floridos setos y pin-tadas y desiguales huertas, todos ellos recor-cados por espinos, rosales y chumberas, cons-tituían su artística y deslumbrante vestidura.

Las múltiples acequias, que cual vitales ve-nas serpenteaban por sus maternos senos, an-siosas surtíanse del ancho y manso río, en cuya limpia transparencia se miraban ufanas, como coqueta en su belleza complacida, las hojas y las ramas de los miles de plantas y de arbustos que perfilaban el gracioso serpenteo de su tranquilo y ondulante curso.

Y, por último, en el lejano fondo erguía-se encrespada sierra, abundosa en robles, jaras y tomillos, cual si quisiera, con la egida de su sombra, proteger y limitar la extensión de los dominios señoriales, más no sin antes permi-tir que dignamente la sirvieran de vanguar-dia fértiles colinas suavemente onduladas y graciosamente circuidas por simétricas filas de olivos, de almendros y de vides.

*
* *

—¡Muy bien, Paco! ¡Muy bien!... Absorto y complacido observo que si es cierto que los años, con sus certeros arañazos, aumentaron tu abdomen y tu cabellera enralecieron, no han podido lograr, mal que les pese, ni mer-

marte los juveniles entusiasmos, ni tampoco robarte los pujos que siempre tuviste de poeta... También la mano humana, guiada por la divina mano, suele hacer cosas admirables. ¿Qué te parecen, aprendiz de artista, nuestro convento y nuestra iglesia?

Afectando no parar mientes á las puyas amigables de Melchor, y atento á los tercetos requerimientos de la curiosidad, que de acá para allá movíanse impacientes en mi espíritu, como hormigas en torno de un granero, volví la vista á la iglesia y al convento y no pude por menos de exclamar:

—En verdad que son dos soberbios edificios... Aquí, á la belleza creada por los hombres, sirve de espléndido escenario la maravillosa belleza creada por el poder de Dios, y, como en parte ninguna, simpatizan y se hermanan una y otra belleza.

II

La Residencia

Adosadas una á otra, cual si de un solo cuerpo fueran miembros, están la privada severa residencia y la pública suntuosa iglesia.

De muy distintas épocas son ambas, y, sin embargo, forman un conjunto armónico y verdaderamente simpático.

Las dos están labradas con sillares de piedra berroqueña.

La fachada del convento, sobria y sencilla

como es, reviste, no obstante, un aspecto garrido, severo y señorial. Todo género de ornamentación se ha excluido de ella, con lo cual resulta más gallarda la muy elegante del templo, que es un dechado de arte y de buen gusto.

Esta admirable iglesia—conjunto de atrevimiento y de belleza—debió ser ciertamente construída dentro del tránsito fecundo de los siglos XI al XIII.

La arquitectura es de puro estilo ojival, soberbiamente hermoso. Los gruesos pilares que separan las tres naves, afectan todos ellos la complicada planta de una cruz griega, compuesta de catorce columnitas distribuidas sabiamente de este modo:

Dos á cada uno de los lados de las naves; tres á cada lado correspondiente entre ellas con los arcos de comunicación; y por último, una en cada ángulo.

Las basas de estas columnitas descansan sobre un ancho basamento octogonal; y sus capiteles, aunque muy variados, ninguno pierde el puro estilo románico de todo el edificio.

Sobre referidas columnitas, acertadamente agrupadas, se voltean robustos arcos fajones y formeros: apuntados los de la nave central, y de medio punto los de las naves laterales.

Recibe la luz del amplio ojo de buey que hay encima de la puerta principal y de cuatro alargados ventanales abiertos en los muros de los costados.

Al penetrar en aquel bizarro templo el espíritu queda inefablemente arrobado por el

gratisimo ambiente de recogimiento y de elegante y alegre austeridad que tan singularmente se advierte en las casas de oración de la Compañía de Jesús.

¡Y qué de maravillas de todas las artes veían mis ojos doquiera que fijaban su miradal...

Cuando más engolfado estaba en mi admiración y mi entusiasmo, se levantó mi amigo Melchor. Su rezo había terminado.

Cruzamos la limpia y amplia sacristía y de ella, atravesando un espacioso claustro, pasamos á la huerta.

*
* *

Varios grupos de sacerdotes y novicios vagaban por los amplios paseos de la huerta, en la que hábiles hortelanos habían trazado uniformes tableros, recubiertos por todo género de legumbres y hortalizas y festoneados por filas de árboles frutales y por groselleros y rosales.

Cogidos Melchor y yo del brazo, nos unimos á uno de los grupos, que estaba compuesto solamente de tres Padres jesuitas.

Presentómelos Melchor, individualmente, pero al hacerlo del más joven de los tres, añadió, acentuando singularmente las frases:

—El reverendo Padre N... quien va á tener la bondad de ser tu acompañante más asídúo, tu director y consejero, durante tu permanencia en esta casa.

¿Por qué no confesarlo si así fue, y aún de ello me duelo y me avergüenzo?...

Parecióme de poca edad el Padre N... para ser mi director y consejero, y sentí que me mordían los acicates de la vanidad contrariada y del herido orgullo.

Cierto era que en las sienes comenzaba á blanquearle algún cabello, pero su rostro candoroso, su aspecto modesto, ó más bien á la sosería y timidez rayano, hiciéronme la impresión ingrata de que me habían condenado—tomándome por simple ó por pipiolo—á tenermelas que haber familiarmente, con un inexperto ó vulgar seminarista.

Así, pues, con irónica cortesía y con despecho mal disimulado, que de seguro por todos fue advertido, contesté:

—Muy plácida me será su dirección, y cumpliré al pie de la letra sus consejos.

—Hazlo así: pues ten por cierto—replicó secamente Melchor—que tú solo serás quien gane, y quien con justo orgullo se gloriará después de ello.

El Padre N..., cual si quisiera sacarme del apuro en que me había puesto mi tono impertinente, añadió bondadoso.

—Yo espero, Padre Melchor, que este caballero y yo haremos, de buena voluntad, y al fin de confirmar el piadoso pronóstico de usted, todo cuanto de nosotros dos dependa.

*
* *

Con una espontaneidad y una franqueza, que subyugaron presto mi ánimo, de suyo abierto y comunicativo, nuestra conversación, amena y animada, no tardó en hacerse general.

De todo se habló: de ciencia y de poesía; de hacienda y de política; de industrias y de artes, como si fuéramos antiguos conocidos, y como si me encontrara entre mis contertulios en el salón de conferencias del Senado, ó en el Ateneo ó en la Bolsa; pero ¡qué diferencia tan enorme entre éstos—mis nuevos conferenciantes—y aquellos mis habituales compañeros!...

Hombres modestos y humildes eran estos, pero á la vez de muy poderoso entendimiento, y no semejábanse á los otros, que no siempre solían ser muy doctos, pero sí siempre ladinos, presuntuosos y taimados.

Estos trataban las cuestiones con tal sinceridad y conocimientos tales, que aunque á ratos me parecía no haber cambiado ni de interlocutores ni de centros, los de acá si que cautivaban mi corazón y halagaban mi conciencia, lo que no hacían aquéllos.

Como la vara milagrosa que en manos de Moisés logró arrancar aguas saludables de estéril y apretada roca, los mismos argumentos empleados por los de acá arrancaban de mi pecho—que la doblez y presunción de los de allá habíanle en cierto modo encallecido—destellos de confianza y de buen sentir, que trajéronme á la fiel memoria cierta espontánea frase de un sañudo enemigo de los jesuitas (1), y cuya frase aplicarnos debiéramos también cuantos en la mundana actividad tenemos forzosamente que movernos.

¡Qué agradable y bello desencanto tuve al

(1) Lástima que siendo lo que son, no fueran de los nuestros. (Thiers).

desasirme de aquel enfermo error en que mi mente estabal...

Tantas eran las críticas y tan acerbas las censuras que yo había oído y leído de los Padres jesuitas, que habíame fácilmente habituado á la creencia de que aquí hallaría hombres intolerantes y orgullosos, serios, secos y fríos, con quienes ni mis aficiones, ni mis entusiasmos, ni mi llaneza habrían de avenirse.

Cuanto de ellos había yo leído resultó mentira... Antes me encontré que, cabalmente, eran la antítesis de lo que les atribuían quienes no los conocían ó los odiaban ó temían.

Lo frecuente en el mundo es que los necios critiquen á los sabios, y que rara vez aquéllos se vean por éstos censurados; que más veces corta el cuchillo á la pluma que la pluma corta al cuchillo...

Acontecióme en la ocasión presente—y bien sabe Dios que no me pesa—lo que sucede con los ensueños vagorosos, que dejan el alma en procesos indefinidos hasta que viene á resolverlos, satisfactoria y totalmente, la esplendorosa y persuasiva realidad.

Durante las tres horas—que tres instantes no más me parecieron—empleadas en el paseo por la huerta, yo procuré observar atentamente al Padre N... para mí consejero y guía designado.

Cuando aquel joven viejo—que yo, insensato, calificué de vulgar seminarista—en la conversación general tomaba parte, transfigurado en varonil atleta mostrábase á mis ojos, apesar de no ausentarse de su rostro aquellos rasgos delicados de candor y de modestia que

á primera vista habíanme erradamente impresionado.

No bien erguía su espaciosa frente y sus movibles cejas arqueaba y con serena y benévola sonrisa pausadamente emitía su concreta y clara opinión sobre cualquier asunto, los otros Padres prestaban atención excepcional á sus palabras, y yo á mi vez, sin querer querer ni dueño estar de mi albedrío, dejábame llevar por la atracción de su imán irresistible y cierto poder extraordinario—hasta entonces no sentido—sujetábame vigoroso y á su dominio señorial me subyugaba...

—¿Cómo miraron, ha tres horas, tus torpes y altaneros ojos, para que el corazón presuntuoso, que se las echa de conocer el mundo, le juzgara tan de ligero y tan erradamente?—Así preguntaba á las potencias y sentidos el gusano roedor de mi conciencia.

—¿Qué habrá pensado de tí?—añadían á su vez el orgullo, el decoro y la vergüenza...

*
* *

De pronto el P. N..., consultado que hubo su reloj, exclamó sosegadamente:

—Se aproxima la hora de ver al Padre Rector; ¿quiere usted que vayamos á visitarle?—me preguntó clavando en los míos sus penetrantes ojos.

—Cuando usted guste—le contesté.

¡Será realmente la hora, ó es que habrá leído en mi alma la impaciencia que tengo de hablar con él á solas!... rumoró para sí súbitamente mi cavilosidad incorregible y terca.

III

Conversación interesante

—¿Viene usted por muchos días?— fue la primer pregunta que me hizo el Padre N... á poco de separarnos de los otros Padres.

—Quizás solo por dos... Los que por espacio de muchos años venimos amarrados á las férreas cadenas de la vida mundanal, ya no sabemos, no podemos, ó acaso no queremos, romper con esa vil costumbre.

—¿Quién no tiene cadenas en la vida, si ellas son inherentes al destierro?... Legadas por nuestros primeros padres, las tomamos en la cuna bordeada de ángeles del cielo, y ya no las soltamos si no es en esa fría cárcel del sepulcro, tan de sombras y misterios llena.

—Pero es que hay cadenas de cadenas, y fuerza es convenir que el medio ambiente en que se vive produce cierto hábito, que no solamente envara al hombre, sino que hasta suele convertirle en cosa... Es algo así como acerado molde que oprime é inmoviliza los espíritus.

—Le parece, pero no es así; eso no es natural ni tiene razón de ser, porque no responde á condiciones fijas é inmutables... Eso es sencillamente una exteriorización, ó prueba de la carencia de energías... El hombre no es un mísero gusano llamado á estar maridado con la ruín costumbre; su mente ha sido hecha para

remontarse en altos vuelos y no para esos estancados arraigos que el vulgo entiende á veces por cadenas.

—¿Luego todas las cadenas son mentira en este horrible palenque de tenaz pelea?...

—Solo hay dos clases de cadenas: las naturales del destierro, que en vano el espíritu orgulloso, amigo de soltura, pretenderá romper porque son inquebrantables, y las que los hombres suicidas, con insistencia loca, se forjan por su gusto y por propia voluntad.

—¿Para todos los hombres dos clases de cadenas nada más?

—Mejor debiera decirse que una sola... Porque hasta las naturales, que no pueden quebrarse y que, si bien se mira, hasta nos son saludables y precisas, apenas pesan á quien sabe aligerarlas con la confianza, la conformidad y la esperanza. No así á quien, contra la ley natural, las adiciona los eslabones de la confusión, de la iniquidad y el desaliento; pues con ello solo consigue que más le pesen y que le opriman más... Solo hay una clase de cadenas, pero dos razas de encadenados.

—¡Al cabo y al fin, siempre cadenas!...

—Sí; cadenas que únicamente aprietan y hasta ahogan á quien, con ellas preso, quiere seguir arrastrado por el torrente del desorden, de la ambición y la soberbia... ¡Cuánto no torturan al vicioso el deseo y la satisfacción de esos excesos insanos, que empobrecen al cuerpo y al espíritu aniquilan!... ¡Y á esos ambiciosos, nunca satisfechos, que jamás se hallan bien en parte alguna, y que creen que cuanto ven les es debido!... ¡Y á esos sober-

bios que sólo juzgan acertado y digno el pensamiento suyo, y todo lo ajeno califican de insignificante y despreciable!...

*
* *

En aquel momento, plácida y serena agonizó la tarde, y el metálico tañer de una campana, con acento espiritual de infinita y cristiana poesía, clamoreó el toque de oraciones.

Descubrióse el Padre N...; yo le imité, y acto seguido rezó las sublimes *Aves Marías del Angelus*...

A la mística plegaria sucedieron unos minutos de silencio; yo no acertaba á hablar.

La detenida disección que el Padre N... hizo de las cadenas mundanales, había sacudido violentamente mi espantado espíritu, á la manera que el remalazo del brioso viento flagela las hojas temblonas de las altivas arboledas.

Ella cayó sobre mi conciencia como cascada sobre profundo abismo, é inundó todo mi sér de tan distintos sentires y pesares que le dejó suspenso...

Debió advertir el Padre N..., en mis suplicantes y avergonzados ojos, la lucha que muy encontrados afectos en mi interior reñían, pues con tierna y atrayente solicitud reanudó la conversación de esta manera:

—Conviene los filósofos en que no pueden estar vacíos en el sér humano ni el espíritu ni el corazón. Que es preciso alimentarlos con substancias apropiadas. Por eso el Supremo

Hacedor, que todo lo hizo bien, con igual naturalidad con que dispuso que en el germen bullera el fruto y en el fruto se produjera la simiente, situó en la actividad del corazón y del espíritu el fruto, que es el éxito; y que á su vez del éxito naciera, para común alimento de ambos, la semilla de la ambición y del orgullo... Porque cuando la ambición es prudente y santa, y el orgullo legítimo y prudente, no son incompatibles con la confianza, la conformidad y la esperanza, sino más bien saludable complemento de ellas. Entonces también la ambición y el orgullo aligeran el peso brutal de las cadenas del destierro, puesto que se hallan sometidos á las indicaciones de la razón sensata y á los dictados de la conciencia recta, con cuya sumisión ya el orgullo y la ambición tienden y se encaminan con prudencia (que eso es el honrado orden) al muy provechoso y estimable perfeccionamiento de las humanas obras.

—Ciertamente que la prudencia es inevitablemente precisa hasta para las vidas material y social. De ella no puede prescindirse en la vida material para que no sufra alteración nuestro organismo, tan fácil de enfermar; y para vivir en sociedad, ¿qué papel hace en ella quien abandonado y perezoso no mira á la recordación de las cosas pasadas, ni considera las presentes, ni se previene para las futuras, que son las tres fisonomías características de la prudencia?...

—Muy bien, amigo mío,—replicó el Padre—Pláceme, sobre manera, su habil confirmación de la mucha bondad de la pruden-

cia. Ahora bien; aún más que para las vidas material y social, es necesaria la prudencia á la vida espiritual, porque ella constituye también el alimento de la verdad, ansia del corazón humano. Dice la gran maestra de prudencia, (1) *que en todo ha de haber discreción....* Y refiriéndose á la del espíritu, añade: (2) *la discreción es gran cosa para el gobierno y en esto de cosas espirituales muy necesaria...* Créame usted, caballero: la prudencia, que es la sostenedora de sus fieles hijos, la fe, la confianza y la esperanza, vivifica lo mismo al cuerpo que al alma, y en ésta desarrolla, robustece y santifica la vida espiritual en el tiempo, de modo tan milagroso, que ya se queda libertada el alma de las cadenas voluntarias... Y complácese en ahondar por los profundos arcanos de las eternas verdades... Y aquieta el afecto de la pasión desordenada... Y aborrece los errores que corroen é infestan á la sociedad, en que por fuerza ha de vivirse... Y apaga en las familias, los convecinos y amistades, los odios, las envidias, las hipocresías y los celos... Y reconoce que el saber no es para que se eleve quien lo tiene menospreciando á los demás, sino que es don, dado por Dios, al fin de que mejoremos nuestros hábitos y los hábitos ajenos; y que los altos puestos, y la consideración y el mando, son sencillamente deberes que obligan á los agraciados, respecto de los inferiores y gobernados, de igual modo y en idéntica forma que la ley na-

(1) Santa Teresa, (Vida 13).

(2) Santa Teresa, (Libro de fundaciones, 18).

tural obliga á los padres con relación á sus hijos... Y, por último, que las riquezas ó medios de fortuna no pertenecen, en absoluto, á quien los posee, sino que son préstamo hecho por Dios, para que, con ellos se socorra y favorezca al prójimo que esté falto de esos medios.

—Todo eso está bien, mas paréceme que entonces habrá que destruir la sociedad actual y sobre sus escombros fabricar otra nueva sociedad, más racional, más justa y más discreta... ¿No es eso?...

—No señor, no es eso; solamente el vulgo es el que se place en verlo caer todo!... Torne usted sobre sí, y, no por no darse por vencido se muestre usted medroso y acobardado huya... No es de varones firmes y constantes, y usted lo es, rendir la razón á temores injustos, ni tampoco simularlos es acción de sensatos y prudentes... Deje la sociedad tal como está, sin empeñarse, inútilmente, en enmendar la plana al Creador... A usted y á mí, y á quien quiera hacer buen uso de la noble dignidad de su libre albedrío, nos basta, para aligerar el peso de las cadenas del destierro, con cumplir racionalmente la ley natural, que no otra cosa es la Ley Divina, toda vez que, para ello, fuimos agraciados con el privilegiado caudal de la razón... Nunca obra la Providencia sin motivo, ni se distrae el Creador cuando nos hiere ó nos favorece: porque la Providencia cuida de los hombres, como estos cuidan de sus niños, es decir: cumpliendo con todas sus necesidades, pero no satisfaciendo todas sus peticiones y caprichos, porque son inocentes

y no saben lo que piden... Por lo demás, allí donde hay hombres, dobleces é insinceridades ha de haber: y sabios é ignorantes; y pobres y ricos; y combates fieros; y sangradoras armas; y piés embarrados; y frentes sudadas; y apeteceres y congojas; y amargura y desengaño... Vano es que el corazón quiera mentir en esto, porque en todas las sociedades, tiempos y posiciones pasó, pasa y pasará lo mismo, ¿qué otra cosa, sino eso es el destierro?... ¡Dura ley, pero ley sabia y suprema es que hasta tanto que el hombre sufre, no empiece á conocerse, y que tanto más se conocerá luego, cuanto más padezca!... No: no hay que destruir la sociedad que Dios consiente para sus altos é inescrutables fines... La *Bondad Suma* nos manda los males para hacernos mejores, y sus golpes paternales son, seguramente, con el fin de preservarnos de otros más fuertes... Sabedor de nuestras flaquezas, las contrariedades que como padre nos envia, son para que más nos conozcamos á nosotros mismos, y para que tal conocimiento nos conduzca al provechoso fin de hacernos cada vez más prudentes y buenos... Por otra parte, demasiado sabe usted, que nada nuevo ni bueno se hace con destruir lo viejo, y solo aprovechar sus inútiles despojos...

Tras una breve pausa le repliqué humildemente:

—Perdóneme, Padre, si en algo descortés he incurrido: no fue esa mi intención... ¿Pero acaso son posibles, esa prudencia, esa conformidad, esa confianza y esperanza, á que usted, como bueno que es, alude, respirando,

á la fuerza, en un ambiente de confusión insoportable, donde la verdad está muerta, é impera la mentira?... ¿En una sociedad atenta solo á la fiebre de dignidades, de diversiones y negocios, en la que los amigos, y aún los deudos, con embozada envidia y fingido afecto, queman el áloe y el incienso de la adulación de frente, y, por la espalda, muerden y hieren con las lenguas aceradas de la calumnia y de la crítica?... ¿En la que, respecto al alma, á la virtud y la conciencia, reina en todos una indiferencia cruda y glacial, á la que se rinde generales culto y pleitesía, y que, sin embargo, á nadie satisface?... ¿En la que se afrenta, á diario, á los espíritus sensatos con el espectáculo de que los altos destinos sean servidos por las almas bajas, y las grandes cualidades no sean atendidas, y ni siquiera respetadas?...

—Todo es posible donde hay fe... Porque la fe, preservativo es contra la confusión... Maestra es de la razón, y más aún para quien conoce las miserias de este mundo, pues á ese es á quien más fácil y cumplidamente favorece con el saludable arrepentimiento, si es que hubiera tenido la desgracia de caer en tales miserias. El mismo Dios se lo predijo á sus discípulos: *en el mundo tendréis tribulaciones; pero tened confianza en mí; yo he vencido al mundo...* He aquí la fe, dándonos, desde entonces, por compañera á su hija predilecta la confianza, proclamadora de esta sabia sentencia: *Dios no ejecuta como las gentes, pues conoce muy bien nuestras flaquezas* (1)... Y nos asegura que

(1) Santa Teresa, (Vida 23).

si al Señor se lo pedimos, no solo con palabras, sino con corazón convencido—pues cuando el corazón no entiende lo que los labios dicen, tampoco lo entiende Dios,—acompañando á la confianza nos vendrá, la dulce y siempre joven esperanza, robustísima palanca del ánimo y el corazón... Potente y salvadora palanca porque se apoya en la promesa infalible del mismo Dios que nos creó... Palanca formidable, merced á la cual, el hombre se levanta sobre sí mismo, y alijera las cadenas naturales del destierro, y abre los ojos del alma, para vislumbrar, con meridiana claridad, la presentida y prometida dicha que su pecho ansia... Y tras esa colosal palanca vendrá la resignación cristiana, de la cual hace el catolicismo un dogma, dando desde lo alto de la cruz el ejemplo vivo de ella, al mundo que sufre y que padece...

—¿Mas cuándo y cómo pedir ese auxilio de la fe al Oreador, si ni gusto ni tiempo hay para ello, en este torbellino de actividad vertiginosa, en que se agitan y suceden las fiestas, obligaciones y negocios más tumultuosamente que las múltiples y variadas hojas de la florista se revuelven devastadas por furibunda tromba?...

—(1) *Ser labrador en el campo, oficial en la Corte, y cortesano en palacio, no pueden impedir, además, distribuyendo el tiempo con orden racional y prudente, un rato de conversación con Dios por la mañana y otro consigo mismo por la noche.*

(1) San Francisco de Sales.

—¿Y sabré yo hablar con Dios, si mi cansino y mal habituado entendimiento, y además ya casi anciano, se halla falto de ciencia teológica y por lo tanto carece de la necesaria base para ello?...

—Oierto que el entendimiento bien educado es luz clara y atinada guía de la inconstante voluntad... Pero también sucede que, cuando las creaciones del entendimiento no saben influir en las decisiones sanas del alma, las del corazón lo hacen más naturalmente, y, casi siempre, con mayor prontitud, mejor acierto y hasta más cumplidamente... Pocos años tengo, es verdad; pero, aún así y todo, son muy numerosos los casos que he presenciado de tal fenómeno.

—Gran bien me haría usted si me aclarara eso; pues las más de las veces el mundo suele estimar torpeza lo que bien pudiera ser sabiduría, y entender por malo lo bueno ó lo no bueno del todo.

—En las cosas de razón—y cosa de razón es hablar á Dios, que es nuestro Creador, con iguales confianza y sencillez que el niño habla á la madre—suele acontecer que más fácilmente se equivoca el que es letrado que el que nada ó poco sabe. El muy letrado se guía por principios que conoce y de ellos deduce, á veces, conclusiones que le hacen dudar, ó le confunden... Bien sabe usted que la razón amansa la soberbia de la ciencia, y que raro es el letrado, por manso que parezca, ó sea, á quien la mucha ciencia no ensoberbezca y ciegue... Frecuentemente sucede que más presto se rinda un gran teólogo á sequedades,

confusiones y erradas proposiciones, que se someta á ellas el ignorante y rústico labriego. La explicación es clara: éste no las espera ni tiene por qué aguardarlas, en tanto que el teólogo, con ellas porfiando tercamente, puede muy bien por ellas ser vencido... Aún concediéndole yo—y eso sólo porque usted modestamente lo propone—que usted se hallara en el caso del labriego, sobradísimo fundamento habría para esperar que, si usted quisiera, podría marchar pronta y fácilmente por la senda más recta y segura de la dicha... Para hacer buen uso de los sanos afectos del corazón y enderezarlos al servicio del Creador, siempre es tiempo: lo es en todas las edades, en todas las situaciones y en todas las circunstancias de la vida. Lo que menos falta hace para ello es ser doctor en letras... La ciencia infla, dice el Apóstol, y quien mucho se infla, al fin y al cabo estalla como un globo lleno de humo.

—Luego ¿usted cree que Dios me escucharía, si yo, de corazón, se lo pidiese?...

—Sin duda alguna... Oigamos lo que nos garantiza sobre ello Santa Teresa, la mística esposa de Jesús: *El Señor es muy piadoso y á persona afligida jamás falta si confía en El...* (1). *No es acetador de personas: á todos ama; no tiene nadie excusa por ruín que sea...* (2). *No está deseando otra cosa sino tener á quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas...* (3). *Da la ayuda conforme á los trabajos, y cuánto*

(1) Conceptos de Amor de Dios, 48.

(2) Su vida, 27.

(3) Morada VI, 4.

más grandes son éstos, mayores también son sus mercedes... (1). Nunca falta ni por El queda; nosotros somos los faltos y miserables... (2). Deseche usted, pues, todo temor y recelo, y hable al Creador con completas confianza y esperanza; porque también San Agustín, primero gran pecador y luego gran amigo de Dios, por experiencia propia asegura en el magnífico libro de sus «Soliloquios»: La confianza y la esperanza honran mucho al Señor, y le honran más que el temor, y son mil veces más útiles y provechosas que éste; porque el temor seca el alma y la acobarda, en tanto que la confianza y la esperanza la fortalecen y la animan... Además Dios tiene caudal infinito de misericordia y puede y quiere perdonar, no sólo cuanto le hayamos ofendido nosotros, sino cuanto le hayan ofendido y ofendan todos los hombres juntos habidos y por haber...

Terminado que hubo estas palabras el doctor jesuita, entramos en las habitaciones del reverendo Padre Rector.

*
* *

Habíanme dicho que tenía cuarenta y cinco años el Padre Rector, pero cualquiera, al observar su rostro pálido y demacrado—sin duda por una vida de ascetismos y vigiliass—le hubiera supuesto bastante más edad.

Su aspecto venerable, aunque algo severo, era muy simpático; á la vez que infundía gran

(1) Epistolario, 227.

(2) Su vida, 13.

respeto su dulce mirar que era un lenguaje, su franca expresión inspiraba, desde luego, ilimitada confianza.

No bien entramos se levantó de su sillón y dibujóse en el fino y largo trazo de su boca una benévola sonrisa, que aún se hizo más atrayente y amable al dirigirnos la palabra.

Me preguntó por las molestias naturales en todo viaje de veinte horas; por las impresiones del día, y por el efecto que me habían causado la campiña, la iglesia y el convento.

Con exquisita cortesía y júbilo infantil, complaciase en celebrar, sinceramente, el fuego y entusiasmo que yo—animado por su bondad y su llaneza—ponía, vehemente, en mis palabras.

Cuando hablaba—aún haciéndolo lisa y familiarmente—sus briosos ojos grises y penetrantes, hechos para imponerse señorial á la par que dulcemente, dejaban descubiertos tras un mirar gayo y bondadoso, la firmeza de toda una voluntad de acero y los vívidos destellos de una inteligencia soberana, despejada y pronta.

Un cuarto de hora, ó poco más, duraría la entrevista; nos dió á besar su blanca y descarnada mano y haciendo una respetuosa y ligera reverencia, salimos del salón.

IV

||Hasta mañana||

A la puerta del Rectorado nos esperaba el Padre Melchor.

—He vuelto á telegrafiar á María—me dijo en cuanto me vió.—La he dicho que satisfecho y gozoso pasaste el día y que en este momento vas á tu habitación á descansar.

—Gracias, Melchor.. Dios te lo pague.

Poco rato después Melchor se despidió de mí estrechándome con efusión las manos y el Padre N. y yo entramos en mi aposento.

*
* *

Blanca como el armiño; alta, espaciosa y con exceso ventilada, merced á un gran balcón, era la celda en que me habían alojado.

El mobiliario (modesto pero limpio como el oro) consistía en sencilla y aseada cama; dos sillas de Vitoria; una mesa de pino oscurecido adosada á la pared; un veladorcito junto al balcón, y la mesilla de noche á un costado de la cama.

Sobre la mesa había un crucifijo de marfil en cruz y peana de ébano, y dos diminutos libritos, cuyos títulos, sin vacilaciones ni miramientos, me apresuré á curiosar: uno era la

«Imitación de Cristo», de Kempis, y el otro el Catecismo del Padre Astete.

Encima del pequeño velador esperábame, humeante, una jícara de chocolate con vaso de leche y un bollito de pan, que era en lo que consistía, desde muy antiguo, mi cena cotidiana.

—¿También son ustedes adivinos?—exclamé—porque cabalmente esta es mi colación, desde hace bastantes años.

—No, señor; no somos adivinos. Lo que habrá sucedido es que el Padre Melchor, quien conoce las costumbres de usted, lo habrá ordenado así al hermano cocinero.

—¡Excelente amigo!... Siempre tan previsor y tan atento, también ha cuidado de evitarme el sonrojo natural de quien va de huésped á una casa y comienza por tener que ocasionar molestias.

—No sea usted tan mirado: eso no es molestia para nadie.

*
*
*

Terminada que fue mi colación, el Padre N... me preguntó:

—¿No fuma usted?

—¿Que si no fumo?... ¡Más que una coracha?... Pero... No sé si debo...

—¡Fume usted hombre!... ¡Fume usted y no se contenga!...

—Sí que lo haré, si á usted no le molesta...

—¿Molestarme?... Antes me agrada mucho. Yo he sido también gran fumador y sé lo que

cuesta desterrar tal hábito, que, en razón de verdad, no sé si es bueno ó malo, ni (no abusando de él) si es perjudicial ó provechoso.

—Tampoco yo lo sé: pero aseguro que el tabaco es un buen amigo en las horas de trabajo y un gran compañero en los ratos de aburrimiento y ocio.

El cigarro, por primera vez en mi vida, no me supo bien... En vez de recrearme en sus columnas de humo, éstas me parecían formidables rocas que, columpiándose sobre el borde de una sima, amenazaban hundirme en piélagos de muerte... Iba á quedarme solo...

No podía reprimir el ánsia que me devoraba de reanudar nuestra interesante conversación... No sabía cómo empezar, cuando sentí que se me agolpaban al cerebro conceptos que repelía la razón y que revolcándose en su propia escoria, á la par que de ella querían defenderse, desataban mis febriles labios en esta inmunda sarta de exabruptos.

—Ya le habrá dicho á usted Melchor que en mi casa, y aún también él, me tildan de judío y de hereje, porque niego que las contradicciones y las penas sean dones del Creador y estimulantes para el más fiel cumplimiento de nuestros deberes y obligaciones; pues más bien las considero como incentivos para que se aumenten los anhelos y se desborden las pasiones... Y tampoco juzgo que los trabajos lleven en su propio seno, como ustedes dicen, suavidades que confortan y savia que perfecciona... Eso me parece que es desconocer las propiedades y reglas de las cosas... Negar sus legítimos derechos á esta naturaleza autóno-

ma que se nos impuso con el soplo de la vida... Contreñirnos, en fin, á este dilema:

O eso significa humana *presunción*, que pretende enmendar la plana al Creador, ó el Creador, inconsecuente con su propia obra, tiene el mal designio de que natura desee lo que natura niega, cual si la *desesperación* de su misma obra le pluguiese.

Yo estimo hacerle más justicia reconociéndole soberanamente alto y poderoso para preocuparse de nosotros, pues para eso nos dió el libre albedrío.

Creo, por lo tanto, que nuestra desdicha y nuestra dicha, como le pasa á todo sér viviente, con el término de la existencia acaban... Que la vida cristiana, á la usanza antigua, es hoy una vetusta momia ó, por lo menos, gruñona y descontentadiza anciana, ya muy apartada de las vivificadoras realidades de la vida social y del progreso de los actuales tiempos... Cosa, si no perjudicial, la estimo impropia de las almas fuertes, y para todos antigualla pasada ya de moda... No es posible que la arcaica vida cristiana, tal como hace diez siglos, pueda gozar ya de la actualidad y la frescura de las cosas juveniles y recientes que hoy ante la mente ilustrada se realizan... Más bien se me figura estar totalmente reñida con el brioso progreso y la remozada existencia de los actuales adelantos...

*
* * *

El Padre... permanecía silencioso, no pesaba.

Cualquiera hubiera supuesto que su espíritu se hallaba distraído; que muy lejos vagaba de mi provocación viva y ardorosa. Sin embargo, yo comprendí perfectamente que sereno y atento me escuchaba.

—Yo entiendo—prosegui—que hay que dar franca libertad al pensamiento, pues al pensamiento, por ser lo que es y por su propio ser, de justicia y derecho la libertad le pertenece... Hay que sacar al noble espíritu de la imprecisa servidumbre de esos pueriles cocos, entre los cuales sufre como si fuera un niño... Librarle de parte de esos rancios y pesados mandamientos que le apesadumbran y fatigan, y dejarse de esos misterios insondables que le entristecen y le anublan... Dícenme Melchor y mi inocente esposa que no debo tanto la acritud de mi carácter, ni mis amarguras y celos, á las aguas bramadoras de la lucha social, que tantos sacrificios y desvelos cuesta surcar, como los debo al insensato olvido en que mi corazón tiene las cosas religiosas... Que sacuda mi pereza, pues puedo adquirir esas verdades con el poquísimo esfuerzo de una buena voluntad... Que las prácticas religiosas traerían fácilmente á mi ánimo contristado el iris de paz, desfacedor de la tormenta y del tormento de mis pesares é inquietudes. ¿Acaso esto es posible?... Lo valdero es el terrño, es la tierra que se palpa, pues sabemos que cuanto más se la trabaja más frutos positivos da, y no esas prácticas pueriles y puramente externas que no exigen trabajo alguno, ó quizás muy poco, y que apesar de eso me aseguran, candorosamente,

ser productoras de cosechas muy saludables y exquisitas.



Nueva pausa en mí y la misma serenidad é igual silencio que antes en el Padre N..., quien observando, corto rato, que mi lengua cesaba de disparatar, se limitó á replicarme severa y mordientemente:

—Dos grandes verdades ha dicho usted; pero le ha faltado consignar que á esos ampulosos comodines, solo propios de incrédulos, los desdeñamos los creyentes. Cierto que la *desesperación* existe, y que en extremo está extendida la *presunción* humana; la primera sólo prueba decadencia del alma racional y aproximación voluntaria á las bruteces de la cobardía y la ruindad. Y la segunda ese risible orgullo que, por lo fátuo y lo ridículo, al de los saltamontes se parece.

—Muchos son, pues, en este mundo los cobardes y saltamontes—exclamé yo, mordiéndome los labios hasta hacerme sangre... y altanero añadí:—También hay quien ansía seguir á la razón doquiera ella le lleve...

—No lo niego, mas siempre, en el tráfago de la mundana vida es mayor el número de los poco avisados y jactanciosos que el de los atentos y discretos, porque son los menos los que se paran á pensar lo que es debido. Tan pronto como el hombre se resuelve á remontar las corrientes de lo materialista, lo trivial y lo vulgar, se persuade de que eso que usted llamó ha poco *desesperación* y *presunción*, sólo

en el bajo pensar terreno es donde fabrican el sepulcro de la mente, que es la duda; en tanto que, cuando se las contempla desde el sereno y recto pensamiento, resultan vaporosas nubes, que en vano pretenden velar al sol, porque el astro rey, siempre encendido, á través y por cima de ellas resplandece. Así el Sol de Justicia, siempre inmutable, impera, á través y por cima de la *desesperación* y de la *presunción*, con la Providencia de su bondad y su poder... La *desesperación* invade únicamente á los que desconfían de la misericordia del Señor y de la influencia de la Gracia para llegar á conocerle y volverse á El... Y la *presunción* es propia de las gentes ruines que, necia y confiadamente, se duermen en las propias mezquinas fuerzas... Créame usted: no hay pupila moribunda que no se levante á Dios, mal que la pese.

—Está bien... Pero eso de practicar lo mismo que hace veinte siglos...

—Cierto que no son ninguna novedad, ni gozan de juventud improvisada la Religión de Cristo, las prácticas cristianas. Eso se queda para los adelantos materiales y las filosofías modernistas, que un minuto son y otro minuto no, al igual que el meteoro vaporoso, que por el ancho firmamento pasa... La Religión Cristiana y sus prácticas de piedad no son así... Siempre inmovibles y por siglos y siglos acatadas, y siempre conservando su indefectibilidad perenne, renacen sin cesar, como renace el día... Y que continuamente viejas y continuamente nuevas, ellas, con inagotable y fecunda lozanía, dan siempre solución

concreta y ordenada á todos los conflictos y sucesos, que conmueven al mundo y á los mundanos preocupan... Y en cuanto á lo por usted reconocido, de que lo cierto y positivo es la tierra que nos sustenta, pues trabajándola rinde seguros frutos, más valioso debería parecerle, si se atuviera usted á la lógica, eso, que usted confiesa que cuesta poco ó ningún trabajo, si, como le dicen su esposa y Melchor, quienes no pueden mentirle, le produjera exquisitos y provechosos frutos... Lo verdaderamente *práctico y positivo* sería, pues, probar á ver si tienen ó no razón esas dos personas que tanto á usted le quieren...

En rojiza oleada asomóseme la sangre al rostro al «sentirme cogido en mis propias redes» y sólo acerté á exclamar:

—¡Irrefutable lógica!...

—Así como cultiva el labrador su agradecido campo—prosiguió diciendo el Padre N... —y celoso lo cuida y le quita con esmero la cizaña, al fin de obtener doradas y nutritivas mieses, vamos nosotros á escardar del ánimo las sofocantes preocupaciones mundanales, á ver si obtenemos esos frutos. He aquí, pues, el programa de lo que vamos á hacer, durante el tiempo que permanezca entre nosotros.

Para los tres primeros días por la mañana:

A las cinco y media.—Hora de dejar el lecho.

A los cinco y tres cuartos.—Meditación de una hora.

A las seis y tres cuartos.—Descanso.

A las siete.—Oír el Santo Sacrificio de la Misa.

A las siete y media.—El desayuno.

A las ocho.—Paseo.

A las ocho y media.—Lectura.

Conviene consignar que para lectura se me recomendó el Kempis en la forma siguiente:

Para cada uno de los cuatro primeros días de ejercicios: el capítulo 9 del libro tercero; el 24 del libro primero; los 21 y 23 del libro primero y el 25 del libro tercero, respectivamente; y para los últimos cuatro días: el cap. 1 del libro primero y el 54 del libro tercero; los 2 y 6 del libro primero y los 7 y 8 del libro tercero; los 11 y 12 del libro primero, y por último, los 12, 19 y 23 del libro tercero.

A las ocho y tres cuartos.—Paseo y visita al Santísimo.

A las nueve.—Señalamiento de los puntos para la segunda meditación.

A las nueve y cuarto.—Meditación de una hora.

A las diez y cuarto.—Paseo y visita al Santísimo.

A las 11.—Plática con el Director.

A las once y media.—Paseo.

A las once y tres cuartos.—Letanía, con todos, en la capilla.

A las doce.—La comida.

POR LA TARDE

A las doce y media.—Paseo y visita al Santísimo.

A la una y tres cuartos.—Siesta.

A las dos y cuarto.—Tiempo libre y visita al Santísimo.

A las dos y tres cuartos.—Señalamiento de puntos para la meditación.

A las tres.—Meditación de una hora.

A las cuatro.—Paseo y visita al Santísimo.

A las cinco.—Examen de conciencia.

A las cinco y media.—Paseo y visita al Santísimo.

A las seis.—Señalamiento de puntos para la próxima meditación.

A las seis y cuarto.—Meditación de una hora.

A las siete y cuarto.—Paseo y visita al Santísimo.

A las ocho.—Cena.

A las ocho y media.—Rosario y tiempo libre.

A las nueve y media.—Señalamiento para la próxima meditación del día siguiente.

A las diez.—Acostarse.

—El cuarto día, sábado, suprimiremos la meditación de las seis y cuarto de la tarde; el domingo suprimiremos todas las meditaciones; y los cuatro días últimos tampoco haremos juntos más que tres meditaciones al día.

Lo demás del programa subsistirá invariable todos los días.

¿Qué le parece á usted?...

—Perdone la franqueza: por lo continuado, repetido y ocupado, parecido le encuentro al plan de un balneario.

—¿Quién asegurar puede que no haya usted venido á un sanatorio?...

—Tengo tan poca costumbre de estas cosas, que á nadie debe extrañar que me sorprenda y que vacile....

—¿Vacilar?... Eso no es propio de caracteres francos y esforzados, y el carácter de usted lo es... Pedro, el pescador de Galilea, vaciló cuando Cristo le mandó que marchara sobre las olas y, por su vacilación estuvo expuesto á ahogarse.

—He pecado tanto, Padre, que no puedo menos de desconfiar: ¡harto me pesa!...

—Solamente en las puertas del infierno es donde se ha escrito este letrero: *aquí despiédate de confiar*. No señor: eso no es lícito; no es racional, ni humano... En la tierra, y mientras respira el hombre, hay que decir con el Rey profeta: *en Dios confío*... Y en lo de pecador—perdone á su vez mi franqueza—se me figura que usted delira. El sabio San Bernardo solía decir á sus monjes: *¡Hijos míos, María, madre de Dios, es la escala de los pecadores: en Ella pongan su esperanza y funden toda sus confianzas!* ¿Acepta usted?

—Muy débiles son mis fuerzas; pero probaremos, aunque no sé si sabré, ni aún si podré cumplir debidamente tan vastísimo programa.

—Yo le ayudaré y el Señor, *Suma Bondad*, nos ayudará á los dos... ¿Lo acepta usted, repito?

—¿Cómo no, si mi fiel esposa, mi verdadero amigo Melchor, y usted, mi sabio director, sin ponerse de acuerdo, todos ustedes están de acuerdo en que por él hallaré la verdad que tanto ansío?

—Basta, pues, por hoy, venida es la hora de acostarse, y usted necesita descansar... La primera meditación con que mañana empeza-

remos los ejercicios, versará en torno de este tema: *Dios tiene su plan: mi último fin.*

V

Noche toledana

—Las diez y á dormir... Mañana hay que madrugar, ó faltar á lo pactado, y eso no reza conmigo.

¿Cuándo, no encontrándome enfermo, estuve yo en la cama á semejantes horas?...

¡No puede ser!... ¡Vuela, pensamiento, vuela, por esa bóveda infinita que cubre con su manto misterioso á la creación inmensa y que á la razón humana espanta!...

¡Vuela!... ¡Y, con la rapidez del cárdeno relámpago, salva la distancia aterradora: levanta el negro velo de la cruel ausencia, y, por breve rato siquiera, tráeme esta noche, serena y silenciosa, el eco de los sentires de los míos, cuyo recuerdo me consuela y jamás en mi memoria se adormece!...

Encendí un veguero de Cabañas; abrí el balcón; apagué la luz á fin de no escandalizar á quien estuviera recogido y también para que los ojos avarientos del espíritu contemplaran, más plácidamente y á sus anchas, lo amado, lo ausente, lo invisible...

Como la flor del campo, cerrada por la noche y luego entreabierta á la mañana, ve,

con alegría, sobre el cespéd otra flor bella que también colora, así mis ojos sombreados por la noche de la ausencia, al aclararlos la auro-ra del deseo, siguieron leyendo en el libro de mi mente soñadora este arrullador monólogo:

—¿Que harán ahora María y nuestros hijos?... ¿Pensarán en mí?...

Los cuatro, agrupados igualmente que las hojas de un capullo, y bajo las olientes acacias de nuestro modesto hotel, ahora estarán, oyendo ensordecidos el concierto desconcertado de las noches de primavera en Recoletos.

De ese insustituible y estrepitoso rum rum, que, aún siendo tan molesto, echamos muy de menos los de Madrid, cuando salimos á provincias, y que forman á estas horas—confundiéndose y mezclándose en monótona armonía—los mercaderes callejeros, los vendedores de periódicos, el rodar de los carruajes, los acordes intermitentes de las charangas del Retiro, traídos y llevados por el volar caprichoso de la brisa.

Parecidos son los hombres y la desarmónica armonía de los mundanales ruidos, á ese desconcertado bullir de las abejas en derredor de una colmena.

Las avispas humanas, sin saber de donde vienen ni tampoco á donde van, con vida tan insegura y breve como la de las abejas, la malgastan, cual si no tuviera fin, en deseos y celos; en tristezas y alegrías; en cólera y temores; en vicios, virtudes, fastidio, ilusiones, desengaños y amarguras, marchando insensatos y suicidas en pos de sus propios y míseros despojos.

¿Pero á qué mortificarse, si ha sido y será siempre lo mismo?...

¡No! ¡No sirve andarse por las ramas y la mente nutrir con ilusiones!...

¡Lo práctico y forzoso es rendirse y someterse á la evidencial!...

Como el águila se mece en las alturas, aparentando desdeñar la tierra, aquí en el mundo el grande se cierne sobre el pequeño, simulando brindarle apoyo y vendiéndole fraternidad y confianza...

Pero de igual manera que el águila traidora, no bien se apercibe de que en el verde soto trisca descuidado al gazapillo, sobre él se lanza y lo devora, así el grande en cuanto ve que se abandona un poco el chico, lo destroza vivo.

Y tampoco, á su vez, quédanse cortos ni el pobre, ni el desvalido, ni el ignorante, ni el proscrito... Lejos de llevar á la conciencia gratitud, respeto y cariño hacia quienes de verdad les sirven, acumulan en ella irreconciliables odios y fiereza, para arrojarlos, en cuanto pueden, sobre los mismos que los socorren y los alivian y los instruyen...

En la sociedad de nuestros días, lo mismo son miradas las gentes de religión y de honradez, que las que se echan á la espalda la piedad y la vergüenza.

Todas medidas son con igual rasero; tanto valen y se respetan, cuanto pueden y poseen..

¿Qué digo con igual rasero?... Si lo frecuente y casi lo seguro es que el arte de prosperar y de subir sea patrimonio únicamente

de la osadía de las segundas gentes, y no del mérito y virtud de las primeras!...

¿A quién—ante tamañas injusticias—no ha de ser dado suponer que Dios, una vez que creó al hombre y de libre albedrío le dotó, ya no vuelva á ocuparse más de él?...

¡Grande es el Hacedor!.... ¡Muy alto está!... ¡Nadie, sin mentir, negarlo puede!... Mas por lo mismo que tan grande es y que tan alto está, no tiene por qué ni para qué cuidar y menos preocuparse de este miserable gusanillo de la tierra, que se llama hombre...

¿Qué le importaba á Carlos V, y qué á los zares de Rusia y á los emperadores de la China, que las hormigas se mataran unas á otras por un tamo mezquino ó por un grano de avena?...

¿Y quién á comparar se atreve las efímeras grandezas de esos monarcas, que pasan y no vuelven, con la grandeza infinita y permanente del Hacedor de todo?

Infinitamente más pequeño que una hormiga es el hombre con relación al Creador, para que, por muy soberbio y poderoso que se crea, el Soberano Hacedor de todo se preocupe y cuide de él...

Quien es Omnipotente Autor y Conservador de cuanto hay visible é invisible, tiene cosas más graves que pensar y disponer que la nimia de pararse á escuchar para atender, las desconcertadas voces de los hombres...

Para Él significamos y valemos lo que significan y valen los prosaicos gorriones y las endebles hormiguillas y los sanguinarios leopardos.

Como á los egoistas y lúbricos gorriones nos provee de medios para gobernarnos y para saciar nuestros deseos.

Como en la menguada hormiga, coraje pone en los hombres para que riñan y se maten por la inútil raspa de un grano de trigo.

Y, como al rugiente leopardo, nos dota de acritud y de soberbia para que en la propia calentura nos quememos y aturdamos la selva con nuestros continuos gemidos é ineficaces quejas.

¡Nada!... Nada; que mañana mismo, inventando cualquier pretexto para no quedar á la altura de un cochero, á mi Madrid me vuelvo...

*
* *

¡Las doce!... ¡La una... las dos... las tres de la mañana... Las horas del espanto habían sonado, con regularidad desesperante, en mi confuso y abatido espíritu!...

¡Que noche tan horrible!... ¡tan callada, tan oscura, tan inacabable y tan triste!... ¡La naturaleza toda sumida en sepulcral silencio y yo sin poder dormir!...

Con perfidia inusitada el sueño reparador, el divino padre del sosiego, había cobardemente huído de mis ardorosas sienas...

¡Hasta los ojos de la ruín materia, que el insomnio se empeñaba tenaz en no cerrar, abiertos estaban y sin embargo parecían estar ciegos!... ¡Nada veían del enlutado valle ni de la oscura vega!

¡Que diferencia tan radical en tan pocas horas!...

¡Ha poco hallábase bordada ricamente, esplendorosamente, con los múltiples colores de las vides, los trigales, las flores, las hortalizas y los prados, y ahora un general sudario, denso y negruzco, imprimía á su anterior belleza, cierto mortecino tinte de igualdad y uniformidad imponderables, cual si quisiera demostrar al orgulloso corazón y á la excitada fantasía que así eran también de efímeras, de inseguras y de vanas todas las soberbias y las ambiciones y la gloria por las que tanto se afana la actividad del hombre!...

¡Ea!... ¡Basta ya de vulgares fantasías y seamos fuertes!

—Pues entonces,—repitió con sarcasmo la voz de mi conciencia.—¿Por qué espantarme y aterrarme ahora al evocar en mí viejas historias, que traen en tropel á la memoria recelos y recuerdos vergonzosos, con igual tumulto que asaltan los enemigos enconados el muro á cuyo pie pelean?

¡Nadie conoce á Dios, es cierto! ¡Pero tampoco nadie puede negar á Dios sin extremarse y sin mentir!...

¡La luz no deja de existir aunque la noche, con apariencias de apagarla para siempre, pretenda falsamente hacérsola olvidar!...

*
* *

¿No veís cómo los vientos encontrados zarandean, en el mar embravecido, al navío más bizarro; y cómo sus antenas y mástiles quiebran; y rompen su timón; y como arrastrando sus velas por las rugientes olas, lo levantan fá-

cilmente, cual si fuera leve pluma, hasta la cima de colosal montaña de agua?...

¿Y no veís luego á esa acuática montaña que, como si sorbiérale sedienta, lo precipita al fondo del abismo hasta hacerle tocar la roca, si es que contra la inmóvil roca no le estrellan?...

Pues de igual manera el proceso de mi inquieta vida y todos mis desaciertos y dislocados pensamientos, sacudían violenta y tumultuosamente mi memoria confusa y deleznable, é igual que á la nave, de velas, de gubernalle y de remos falta, ellos, á su vez, tan pronto levantaban á lo alto el fragil bajel de mi conciencia, como lo sepultaban en la negra cima y esponiéndole á estrellarse en la roca del castigo merecido...

Empecé á temer... A verme comenzaba en el espejo del infeliz viajero, oriundo de lejanas y soleadas tierras, que incautamente marcha por encrespadas y nevadas sierras, sufriendo, á la intemperie, rigurosos frios y huracanados vientos.

Si yo—como él—no me acogía pronto al abrigo de una cueva, hasta que el temporal pasara, de seguro hallaría en aquellas sierras olvidada y prematura tumba...

Entonces comprendí que mi engañado corazón no estaba... no había estado nunca en su verdadero centro...

Que los afectos que con más tenacidad y violencia pretendían su dominio, no me eran leales... Que todos aparentaban estar acordes, cuando en realidad, todos tenían borrados sus linderos y rota su unificación y su concordia...

Tenazmente pugnaba por revivir en mi interior la llama de las cenizas, todavía muy calientes, de la indecisión y de la duda,—á la manera que humean, ansiosas de no apagarse, las ruinas del edificio que asoló el incendio,—cuando de pronto aquel eco acusador de mi conciencia, como siempre imponente pero ahora más dulce y persuasivo, tornó á diluirse en mi cerebro de este modo:

*
* *

«Vigila más tu corazón... Mira que aún está tomado por los caprichosos bienes temporales, de los que sólo á medias gusta y siempre dejan, por entero en él nuevos cuidados, anhelos, zozobras y amarguras...

»Impide, de una vez, que los sentidos insaciables abatan tu noble frente en la cual fulgura el rayo del Creador, y, que por eso, no fue hecha para frívolos pensamientos, ni vulgares pesadumbres, ni mortecina indiferencia.

»Ya que hasta hoy á tus afanes insanos no has temido, ¡teme á lo que ha de dar fin y cabo á todas las cosas!...

»¡Teme á la horrenda é inevitable sombra de la muerte!...

»Si tú—escéptico glacial—por rara excepción creyeras que la muerte no sería para tí motivo de confusión y pena, sino fin de tus dolencias, entiende que, por sentido que te parezca tu deseo y por inflada que tu creencia sea, no puedes impedir que esa hinchazón y ese deseo mueran á la vez que tú perezcas, y

y que te queda aún otra miseria: la mayor de todas... la de ignorar lo que te espera...

»Lo que sabes—pues ya te he convencido de ello—es que tu alma es inmortal; que los días, los meses y los años huyen con regularidad vertiginosa, y que el tiempo pasa acelerado para no volver...

»Tu memoria, tus bienes, tu nombre, tus afanes, contigo perecerán; no así tus obras buenas, cuerdas y generosas: éstas seguirán á tu alma, y, como tu alma siempre vivirá, tu alma las utilizará, y gozará aprovechándose de ellas...

*
* *

El aire humedecido de la huerta y la frescura que precede al resurgimiento de la aurora, imprimiéronme un súbito escalofrío.

Bendito escalofrío, porque de igual modo que las sombras de la noche se van desvaneciendo poco á poco al barruntar el alba, la tristeza debilitante y el temor estéril tendían á deshacerse en mí, y de entre sus míseros residuos, pugnaba por resurgir un tierno renuevo de la marchita planta de la esperanza, ansioso de brotar y de crecer...

Las cuatro sonaron en el campanario del convento; mi frío aumentó; cerré el balcón; encendí nuevamente la bujía de mi celda; entorné las maderas, y, distraído y maquinalmente, me puse á mirar el crucifijo de marfil que había sobre la mesa.

Siete lustros hace de esto y, desde entonces, siempre está delante de mí recordándome...

me, incesantemente, cuán reproductiva y saludable es la resaca del deber cuando éste sabe imponerse al oleaje de las pasiones y deseos.

Es el mismo crucifijo que preside constantemente mi mesa de trabajo.... El que me acompaña en todos mis viajes... El que—después de pasados treinta y cinco años—está presenciando ahora cómo emborro estas cuartillas... El que plegue á Dios que mis manos trémulas acaricien amorosas en la ya cercana hora de la muerte...

Hubo un momento, en el cual, parecióme que el crucifijo desclavó de la cruz la diestra mano y que me señaló con el dedo índice, el libro amarillo, en cuya portada había ya leído antes este rótulo: *Catecismo de la Doctrina Cristiana*.

Explicar no acierto lo que pasó por mí.

Aquella angustiosa soledad y aquella espantable calma, que ha poco me habían congelado (como si corte de cuchillo ó cierzo glacial fueran) tornáronse, de pronto, en la soledad solemne y la augusta calma donde sólo la voz de la razón se escucha, y la luz divina lo ilumina todo...

Encendido; brillante; con el rojo matiz de la amapola debió ponérseme el rostro, pues sentí que en mi rugosa frente fuego era el pensamiento que bullía; fuego la sangre que circulaba por mis venas; y fuego las alas de mi ansiosa voluntad, que ya no solo correr, sino que volar quería...

¿Qué cuántas veces leí aquel sabrosísimo librito?... ¡Quién lo sabel!...

¡Con qué naturalidad tan singular y nueva la razón, en aquel fuego fundida y por aquella luz iluminada, advirtiéndome, entre alegre y pesarosa, cuán olvidada la tenía y cuán ciego y equivocado estaba!...

Y que aquellos tiernos afectos de la primera comunión, que yo juzgaba muertos para siempre, solo estaban dormidos...

Y que ella los sentía rebullir en las entrañas... y pugnar por salir á la superficie de la tierra... y mostrarse ante el mundo, más bellos que el fénix al renacer de sus propias cenizas, y más súbitos y briosos que las chispas que produce el choque del pedernal y el hierro...

¿Qué era ¡Señor! lo que por mí pasaba?....

VI

El beso del alba

Tras aquella noche de insomnio surgió el venturoso día, que, para mis ojos á la luz de la verdad nacidos, fue el miércoles de ceniza de mi vida.

Con el rosado y dulce claror de la alborada, y con más tranquila paz que la que duermen los muertos en la tumba, nació aquel bendito miércoles, que ya jamás se apartó de mi memoria.

Ouidadosa y castamente, desnudóse la en-

cantadora vega del crespón enlutado de la noche, radiante de júbilo y, al amparo de esa innarrable y tibia claridad que llena los espíritus humanos de calma y de reposo, atavióse con las irisadas y opulentas galas de la natura, para tornar, más bella y gallarda que antes, á las vibraciones sublimes de la vida.

De consuno la aumentaban el encanto, y en su mórbida belleza se placían, el alba matutina, de pura trasparenca; el perlado rocío, avivador de plantas y de flores; la fragancia, en que envolvíanla los pinos, los abetos y los cipreses olorosos, mecidos por la brisa, y el saludo señorial del astro rey, que ya asomaba por la sierra su copiosa y dorada cabellera.

¿Por qué este prodigio natural y continuo, todos los días repetido, esperó á este miércoles solemne para hacer vibrar mi espíritu, y traerme al pecho impresiones y afectos, por tanto tiempo ignorados?...

¿Por qué este himno, de gratitud y de alabanza, que entonan al Creador lo mismo la mortaja de la noche que la claridad del día, y la altiva sierra, y el riente valle, y del sol la hoguera inestinguible, no ha sonado hasta ahora en mis oídos, y ahora penetra en mi alma avasallándola, y retumba en mi conciencia, lo mismo que brama el trueno en las entrañas de las nubes?...

¿Será verdad que el cielo vela—con celo predilecto—por el sanamiento de los hombres, para que el alma racional no muera?...

¿Acaso puedo yo excusar—aunque lo intente y lo desee—el hambre que me asedia, de indagar de donde vengo... de saber lo que

será de mí... y de preguntar, á la natura y á mí sino, que es lo que de mí se quiere?...

¿Serán estos afectos nuevos é invasores los milagrosos rayos, que dicen los creyentes que preceden al glorioso advenimiento de la gracia?...

¡Sí! ¡mucho tiempo ha pasado y muchas cosas también me han sucedido, desde que el ancho y prolongado beso del alba de aquel bendito miércoles, sacíose en los labios de mi alma y de luz y de ventura inundó mi sér!

¿A qué vine yo á esta casa, sino fue para dar libertad y anchura á mi intranquilo y encarcelado pensamiento?...

¿Por qué no confesar, noblemente, francamente, valerosamente, que mis ojos y mi corazón contemplaron, desde luego, en la situación de esta casa y en su átrio y en sus puertas y en el interior de su recinto la libertad, la ciencia, la calma y el reposo con tanto afán buscados?...

¿A dónde fueron á parar el audaz y siempre comprometido navegante y el viajero perdido en la nevada sierra, que mi razón confusa y mis pupilas encandiladas vieron, con horror, la pasada noche?...

*
* *

Olara y evidentemente observé que la senda de la verdad abríase ante mí, y que la voz de la sinceridad, imponiéndose á la de la pre-sunción, me argüía de este modo:

—¡Hombre tardo y perezoso, hora es ya de que saques al campo de las actividades rectas y sensatas tu corazón y tu conciencia!...

¡Ten piedad de tu vida anormal y triste!...
¡Cesa de ser suicidamente codicioso de ese afán de sentir celos y de gustar deseos, y cesarás de tener penas, contrariedades y amarguras!...

Y no me digas ser imposible, porque en tu mano está evitarlo: basta con que en vez de pelear tanto contra todo eso, pelees con decisión contra tí mismo...

¡Desencadena, cuanto antes, tu digna y noble libertad de los hierros del prejuicio y la pasión, en que cruelmente la tienes prisionera!...

¿No confesabas, hace poco, que la noche y el día, y que la sierra y el valle, y que las estrellas y el sol te habían recordado el himno de gratitud y de alabanza que todo el Universo entona en loor del Creador?...

¿Y si por tantos y tan diversos medios, la Providencia altísima de Dios manda luz á las humanas almas que yacen sumidas en las hórridas tinieblas, y orden y paz al insensato, cuando éste las busca en vano por caminos engañosos, ¿cómo no acabas de comprender que (1) *la ingratitud tuya es el principio de todos los males de tu espíritu?*...

Dime, hombre ingrato, ¿de qué manera honras y alabas al Creador, quien además de las dotes naturales con que favoreció á todas las criaturas, á tí, por privilegio imponderable,

(1) San Agustín.

te las aumentó con el don intelectual de la razón primero, y luego con el auxilio espiritual de las aguas bautismales?...

¿Eres tú quien, hablando ayer contigo mismo, afirmabas ser hijo primogénito de cristianos rancios y que eras cristiano puesto que estabas bautizado?...

¿Eres tú quien presume de hombre de razón y de ciudadano honrado y caballero?...

¿Y tienes, sin embargo, la deslealtad y la vileza de suponer que Dios no ha hecho distinción alguna entre la natura del hombre y la de las otras criaturas?...

¿Pues qué, no ves que te dotó de entendimiento para conocerle, aunque no quieras, por sus sabias y continuadas obras?... ¿No te ha provisto de voluntad al noble fin de que como Supremo Bien que es le busques, si buscarle quieres?... ¿Y confianza no te ha dado—pues aunque no lo confieses, siempre en tu infortunio á los cielos miras—para que, como Señor de todas las cosas le pidas cuanto necesitas?...

¡Que no se cuida de los hombres!... ¿Pues no le ves que, generoso, se hace hombre como tú y con creces toma tus dolores y tus trabajos y miserias, al propósito de servirte de modelo y de protector y de maestro, y que mediante sus cruentos sacrificios te abre las puertas de la felicidad máxima y eterna?...

¿Que una vez que te creó con libre albedrío, para que puedas hacer lo que quisieres, ya no se ocupa más de tí?...

¿Que es muy grande y que muy alto está para que le importen y preocupen tus actos,

tus sentires, tus pensares, tus alegrías y dolores?...

¡Pues mírale que siendo Omnipotente y Sumas Justicia é Inocencia, se hace más misero y pequeño que tú y pasa por despreciable criminal á fin de morir escarnecido é injustamente en un cadalso, por buscarte y por cuidar de tu saludable redención!...

¡Ese fue el precio que le costó rescatarte de la sombría carcel del pecado original!... ¡Eso lo que pagó para sacarte del letal fango en que naciste!...

¡Y volverte á la amistad con tu Señor!... ¡Y conseguirte las valiosímas armas de los Sacramentos, con las cuales se vencen todos los enemigos que fabrica el mundo!... ¿Te parece poco?...

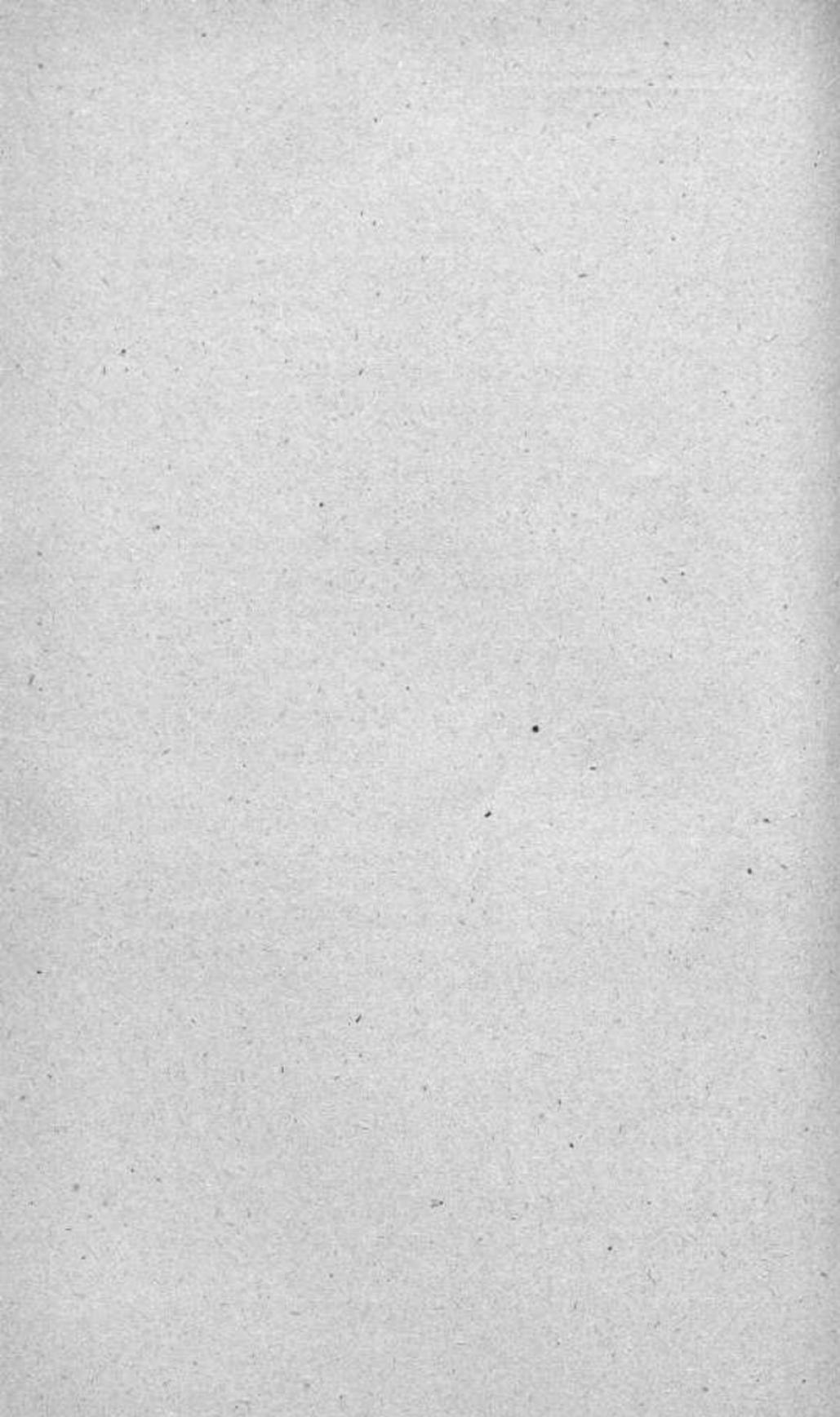
Dobla las rodillas, ¡miserable! y cree y confía y ama para que tu corazón arrepentido y pesaroso exclamé:

¡Dichoso, Dios mío, quien los rayos de tu gracia ve!... ¡Más dichoso, aún, quien esos dulces rayos desea con afán buscar, y más completa y superabundantemente dichoso quien por esos rayos benditos regalado está por Tí!...

*
* *

Aún permanecía arrodillado, cuando dos acompasados golpecitos sonaron en la puerta de mi celda.

Me levanté apresurado, contestando. ¡Adelante!



LIBRO TERCERO

¡MEDITEMOS!

«Si volvemos las espaldas á Su
»Majestad, y nos vamos tristes,
»como el mancebo del Evangelio,
»cuando nos dice lo que hemos de
»hacer para ser perfectos, ¿qué
»quereis que haga EL, que ha de
»dar premio conforme al amor
»que le tenemos?»

(Santa Teresa.—Morada III 1).

I

Primer día de ejercicios

A las seis menos diez minutos el Padre N... entraba en mi aposento.

—Alguna violencia, por falta de costumbre, le habrá costado á usted madrugar tanto —me dijo afablemente el Padre N... (1).

(1) Perdóneme el Reverendo Padre N...—si por acaso leyese algún día esta narración—que hasta aquí no haya sabido transcribir fielmente sus elocuentes frases, y omitido además algunas citas por él oportunamente á colación traídas y sabiamente aplicadas. Mas no es esto solo lo que conturba mi corazón, sino el temor fundado de que, contra mi voluntad y esfuerzo será posible que en adelante me acontezca é igual descuido.—Ruego, pues, al bondadoso Padre se haga cargo de que siempre fui falto de memoria y de mentalidad y de elocuencia decaído, y además añada que desde entonces son muchos los años que pasaron y muchas y muy variadas las emociones que he sentido.

—No he dormido en toda la noche... Preferí no desnudarme á exponerme á no ser todo lo puntual que era debido.

El Padre no se inmutó; quizás su clara penetración entreviera no ser esta la causa cierta de mi insomnio; ello es que se limitó á contestar con serenidad imperturbable:

—Si está usted cansado ó no se encuentra bien, aplazaremos la meditación de la mañana.

—No por cierto; ¡juro por Dios que tengo vivas ansias de empezar!... Dispénseme Padre; advierto que he jurado llevado por mi habitual vehemencia... ¡Mal comienzo tuvel... ¿No es así?...

—No se preocupe ni se aflija por tal cosa; Dios juró por sí mismo cuando hizo á Abraham cierta promesa... En el Antiguo Testamento á cada paso se hallan juramentos de Profetas, quienes juraron ¡vive Dios!... Además, consta en el Nuevo que San Pablo escribía á los galatas: *si por la gracia somos hijos de Dios, juro á Dios que somos también sus herederos.*

—¡Tan bondadoso y tolerante es usted, Padre, que hasta va á convencerme de que hice bien!...

—¿Por qué no?... Nadie jura sino por aquel á quien más ama y á quien reconoce y proclama ser mayor que él. Por eso dice San Pablo que no habiendo otro mayor por quien Dios se lo jurara á Abraham, se lo juró por Sí... Pero dejar debemos esto y comenzar, pues tanto lo desea, la primera meditación.

MEDITACION PRIMERA

Tras una breve invocación, mirando al crucifijo, el Padre N... continuó:

Dios tiene su plan respecto de mí; mi último fin.

Dios existe, nadie puede negarlo sin á sí mismo negarse; sin engañarse á sí propio; y sin mentir á los demás.

La Historia, narradora y maestra de la vida, afirma que los hombres de todos los tiempos, de todas las razas y de todos los pueblos, siempre la existencia de Dios reconocieron.

La razón, maravilla entre todo lo creado, que ya por ley natural, ya educada por la ciencia, ya enriquecida y complementada por la fe (eco de la palabra del mismo Creador, y que disipa las tinieblas y las sombras desvanece) siempre á todos los hombres, y lo mismo á sus sentidos que á su espíritu, impone con caracteres indelebles, la evidencia de que hay Dios...

El primer hombre no pudo crearse á sí mismo... Forzoso es reconocer que antes tuvo que existir otro sér superior que le creara á él, como creó el cielo, la tierra y los planetas.

Por otra parte, todo cuanto mis ojos ven y mis sentidos palpan tienen límites y frenos ¿por qué entonces no los tiene este indomable é ilimitado pensamiento, que bulle en mi cerebro, y que no puede provenir de la materia, pues esta es concreta y limitada?...

¿Puede alguno dar lo que no tiene?...

Solamente un Dios Eterno, Perfecto é Infinito, ha podido dar á los hombres mortales, limitados é imperfectos, ese afecto singular que todos habemos en el pecho hacia lo eterno y lo perfecto.

Dios existe, y, como Unico Autor de todo, pudo muy bien criarme á mí de naturaleza de peñasco, de planta, de bruto... de que sé yo...

¿A quién, pues, si no es á un Dios Omnipotente, debo yo el magno privilegio de haber nacido criatura racional?...

Solo su gran Bondad me ha dado la facultad y la permisión de conocerle por sus obras, y si El colocó, siempre Sabio y Justo, en mi corazón el sentimiento de que no le satisfaga cuanto los ojos materiales ven y los sentidos palpan, y si en mí puso una alma noble que abrigara la esperanza de otro bien, jamás perecedero, ¿no habría de proponerse el fin de colmar algún día, por completo, estos anhelos?...

Toda inteligencia humana, por inculta y limitada que ella sea, bien comprende, y la práctica cotidiana lo confirma, que, merced al libre albedrío de que goza el hombre, nada intenta ó ejecuta en esta vida sin proponerse algún objeto.

Pues si Dios, Sumo Poder, Sabiduría Soberrana y Suprema Voluntad, creó el sol para que alumbrara, y á la tierra la mandó que produjera, y para que calentara avivó el fuego, y facultad dió al agua para que la sangre y la vida renovase, y, en fin, si á todas las criaturas dictó leyes y obligaciones que cumplir, ¿habría precisamente de carecer de plan

al crear al hombre, que es su criatura preferida y más perfecta?...

*
* *

Terminada la meditación, y después que dimos gracias, de rodillas, mirando nuevamente al crucifijo, el Padre N... me anunció que á las nueve y cuarto de aquella misma mañana continuaríamos la labor, considerando entonces *que todas las cosas creadas por el Señor, encaminadas son por El al logro de mi último fin.*

*
* *

Réstame manifestar—en lo que á mí particularmente se refiere—que á partir de entonces cumplí fiel y exactamente los deberes impuestos en el programa consignados; pero como creo ser exclusivamente personales la forma y medios de cumplirlos, así como los íntimos afectos que las *meditaciones* á cada cual despiertan, haré gracia al lector de aquellos y sólo consignaré los puntos principales que éstas comprendieron.

SEGUNDA MEDITACION

Todas las cosas que el Señor creó encaminólas á mi último fin.

Todo cuanto en torno nuestro gira; todo cuanto Dios creó y sigue creando con la misma fuerza omnipotente con que un día hizo surgir los mundos de la nada, son medios po-

sitivos con los cuales coadyuva generosamente á la consecución del último fin del hombre.

Dios no pudo crear, ni seguir creando todo eso para sí, porque á su Omnipotencia y su Grandeza nada les hace falta, fuera de Sí mismo.

Como ab-eterno que es, su existencia y su felicidad son imperturbables é infinitas.

Tampoco crearlos pudo para los ángeles, pues la naturaleza de espíritus puros, de que ellos gozan, ninguna proporción tiene con las cosas tangibles y corpóreas.

No así el hombre; éste necesita de todo ello para alimentarse, recrearse, gobernarse y conservarse, al objeto de poder vivir; y solamente viviendo, y mientras vive, es como puede realizar el fin para que fue creado.

El gran San Agustín, en su libro de los Soliloquios, dice:

Todas las cosas exteriores, para el humano cuerpo las criásteis; y al cuerpo para el alma le formásteis; y al alma la criásteis para Vos.

Ese es nuestro último fin: poseer y ser poseídos por nuestro Generoso Creador.

Si, magnánimo conmigo, manda al sol que alumbre mis caminos por la tierra; y á la tierra que de continuo me alimente con sus bestias y sus plantas; y á las bestias y á las plantas que me sirvan, ¿qué más puedo pedir que no me diera?...

Si con generosidad ilimitada me concedió voluntad para utilizar, aprovecharme y gozar de todo eso, y entendimiento para saber cuando algo de ello pudiera serme pernicioso, y razón para conocerle á El (Supremo Bien) y

libre albedrío para amarle ú ofenderle y para buscarle ó para huirle; y conciencia, en fin, que me advierta á tiempo de cuándo acierto ó cuándo yerro, ¿á quien puedo culpar si, de mente, equivoco mis caminos?...

*
* *

Hay en el sér racional una energía que, como dominadora y reina de los cinco sentidos (1) del cuerpo y de las tres potencias del alma, es el primero y último y el continuo y más poderoso motor que á todos los actos, buenos y malos, ejecutados por el hombre, los connaturaliza y mueve: esa energía es el amor.

Ese amor racional que, como dice Santa Teresa, *todo lo bueno ama; todo lo bueno quiere; todo lo bueno favorece; todo lo bueno loa; con los buenos se junta siempre y los defiende; todas las virtudes abraza; no ama sino verdades y cosa que sea digna de amar* (2), que es el fin con que el hombre fue creado y el que le conduce, con igual naturalidad y certeza que los ríos son conducidos al mar, á su verdadero y último fin; ó séase á la fusión con el Sumo Bien que ama.

Ese amor, pues, es el fin para que el hombre fue traído al mundo de los mortales.

*
* *

(1) Aún cuando también se considera sentido el entendimiento ó la razón, en cuanto discierne las cosas, aquí aplicamos ambas facultades actuando principalmente en el orden espiritual.

(2) Conceptos del amor de Dios, 70.

—Hemos terminado por ahora—díjome el Padre.—Esta tarde, á las tres, nos reunimos de nuevo para ver de qué modo hemos correspondido nosotros á ese natural anhelo del corazón.

TERCERA MEDITACIÓN

Consumación de las dos anteriores meditaciones

¡Cuánto no debo á mi Hacedor!...

Me sacó de la nada; me constituyó en ser racional; me otorgó el disfrute de todas las cosas; me dió á conocer su poder, su grandeza, su generosidad y sus bondades.

Me criaste cuando no era—dice San Agustín en el libro de sus «Soliloquios»—y me redimiste cuando me perdí.

Habiendo yo perecido—continúa—vos bajásteis á vestiros de mi mortalidad para buscarme; os entregásteis por rescatarme; disteis vuestra sangre por redimirme; nunca me abandonáis y siempre me consoláis, y me guiáis, y me ois...

¿Cómo he correspondido yo, hasta ahora, á tales misericordias, generosidades y mercedes?

*
* *

De tres maneras, dicen la razón y la justicia, que habrán de usarse los bienes naturales, puestos por el Creador á nuestro alcance.

1.º Menospreciando y desechando aquellos

que se opongan abiertamente á la consecución de nuestro último fin.

2.º Usando, cuerdamente, y en la justa medida que la prudencia marca, los que no están prohibidos por las leyes natural y divina.

3.º No rehuyendo el cumplimiento de los sabios preceptos y condiciones que, para el uso de esos bienes, tuvo á bien imponernos el Magnánimo Señor que nos los dió.

¿Cómo he apreciado yo, y de qué manera usé, esos privilegios con que el Creador ha favorecido al hombre sobre las otras criaturas?

¡Siempre excediéndome, y siempre disculpando mis excesos con mi debilidad, mi inexperiencia y mi flaca naturaleza!...

¿Qué culpa tiene la naturaleza si yo, insensato, enlodé la limpieza con que ella, generosa, me crió?...

¿Acaso hay criatura alguna que más haya corrompido y corrompiendo siga, con tenaz malicia, las leyes que le dió naturaleza para regirse y gobernarse, como lo hace de continuo, la criatura racional?

Por bestia se tenía el Rey David—aún siendo profeta y doctor y rey—cuando, por vulnerar la ley natural, hallábase en pecado, toda vez que afligidísimo, decía: *Yo, Señor, soy bestia en vuestro acatamiento, y así quiero que entendais que en todos mis cantos pretendo mostraros cómo, por el vicio, son los hombres convertidos en bestias y en peores que fieras.*

¿Y qué han sido hasta hoy, mis tan decantadas independencia y libertad?

¡Mi independencial... ¡Famosa independencial!...

Impelido... Más bien arrastrado por la ambición, la incontinencia y la soberbia, he subyugado mi propia naturaleza á las variables y diversas leyes de mis convecinos y parientes y al juicio y á la sentencia del *qué dirán*, he subordinado mis actos y mis obras...

Y ¿para qué?... Oigamos á la mística Doctora:

Oh gran libertad tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme á las tiranas y ridiculas leyes del mundo (1). Ciegos somos pues no vemos que (2) *cuando vamos por respectos humanos, el fin que se pretende por ellos nunca se consigue, antes al revés.*

* * *

¿De qué me sirvió, hasta ahora, haber nacido de padres católicos, apostólicos y romanos, y estar bautizado, y llamarme cristiano, y tenerme por hombre honrado y caballero?...

¿De qué si permito que ofendan (y aún yo soy el primero en hacerlo) á mi Dios que es mi padre, mi creador, mi protector, mi mejor amigo y que será mi fin?...

¿Con que bástame para sublevar mi fiereza y mi insolencia, una casual mirada que yo me imagine despectiva; un pequeño agravio, real ó presumido, que se inflera á mis padres, á

(1) Santa Teresa.—Su vida, 16.

(2) Epistolario, 198.

mis hijos, á mis deudos, ó á mí mismo, para que súbito mi corazón se encienda en hoguera de rencor, de ira y de venganza y para si en mi mano estuviera, aniquilar de un golpe y sin piedad á quien á los míos ofendiera, y no solo no hago esto respecto del Señor Omnipotente, que es padre de todos, sino que yo me uno á los que le agravian para menospreciarle también é igualmente ofenderle?...

¿No es de razón que ante proceder tan inicuo se subleven contra mí los ángeles, los justos, los cristianos y aún las mismas bestias, de las que nos alimentamos, vestimos y servimos?

¿No es una demencia inconcebible que, pudiendo ir con holgura á nuestro último fin, prefiáramos el mayor y más penoso trabajo de desviarnos de él?

¿No deberá, justamente enojado el Creador, maldecirnos y odiarnos al ver el desprecio que hacemos de los particulares medios que aún nos concede para que volvamos sobre nuestros pasos?...

Pues no: el Magnánimo Dador de tales bienes, con bondad inagotable, sigue llamándonos á la razón, á la gratitud, y á la justicia sin más objeto que el de que tornemos al camino natural que nos conduce fácilmente al fin para el cual El nos creó...

* * *

Al arrodillarnos para dar gracias á Dios, según costumbre, un nudo apretóme la garganta, y hundiéronse mis ojos.

Parecióme observar también, que rodaba una gruesa lágrima por las mejillas del Padre N., y que en su semblante la serenidad algún tanto nublaba...

Apretóme con efusión las manos, y me dijo:

A la noche, última meditación del día, consideraremos el *gran desamor, que es el amor propio.*

CUARTA MEDITACIÓN

Desamor del amor propio

Quien se deshace del amor propio, que es nuestro enemigo mayor, y cumple la divina ley, que es nuestra mejor amiga, obtiene el último fin, que es la salvación del alma.

Acabar con ese amor equivocado, que á nosotros nos tenemos, es principiar á profesarnos juicioso, verdadero y digno amor.

Comúnmente sucede, que el principio de las cosas es la parte más fuerte y más difícil; tal acontecer suele en las contiendas del amor propio.

Pero en esas contiendas, igualmente sucede, que, cuanto mayor es la dificultad que hay en el comienzo, más seguro es también que el triunfo constituya la reacción moral más reproductiva y excelente.

Así como reconocimos, en la meditación pasada, que de tres maneras quiere la razón que use el humano mortal de los bienes de la vida, así ahora hemos de confesar que hay tres maneras razonables de amarnos, de verdad, á nosotros mismos:

1.º Amar y practicar lo que Dios prohíbe, no es amarse á sí mismo. Es más bien buscar su perdición eterna y hallar igualmente en el mundo la desdicha temporal.

¡Infeliz del alma que ni busca ni ama á Cristo, porque es que ama el mundo, y sirve al pecado, y porque, sujetándose á las vanidades, no se encuentra nunca ni sosegada ni segura!... ¡quién desea vivir y rehuye vivir para Vos, vive muerto aquí y en lo otra vida!... (1).

2.º *Si el alma, con muy culpable atrevimiento, no se aparta de Dios, El la ampara de todo el mundo, y aún de todo el infierno... (2).*

—Si hace usted un poco de memoria de seguro recordará aquella vieja máxima—que habrá oído á sus padres, como á los míos oí yo—*que quien sacrifica algo en honra y gloria del Señor, centuplicada recompensa se procura.*

Si señor: solo se profesa á sí mismo verdadero amor, quien se cuida de cumplir los *Mandamientos de la ley de Dios*, porque es ayudado opulentamente por el mismo Dios, quien se complace en ampararle y socorrerle para que, casi sin trabajo, encamine los pasos al logro del último fin.

San Agustín fue un gran pecador; nadie lo ignora, y, sin embargo la misericordia del Señor, que á ningún arrepentido se le niega, le ayudó á que, súbitamente, brillara en su cerebro la luz esplendente de la fe, la que, á su vez, condujo su alma, hasta entonces locamente equivocada, á todas las sublimes y heroi-

(1) San Agustín.—Manual particular.

(2) Santa Teresa.—Morada VI, 4.

cas virtudes del cristiano contrito y compungido.

3.º Hay otro tercer amor, que, aunque indiferente al objeto de acertar con el camino de la venturosa eternidad (que es nuestro fin), no, por eso, deja de ser en extremo comprometido y peligroso.

Preciso es, por lo tanto, saber usar de este tercer amor con mucha parsimonia y gran prudencia; pues él posee la virtud valiosa de que cuanto menos á él nos apegamos más nos anima á huirle; más seguros nos deja caminar; con más sabrosos frutos nos convida, y méritos mayores nos obtiene.

Amar las riquezas, los honores, la salud, la vida en suma, amor lícito es, é indiferente á la consecución de nuestro fin; pero es en tanto que ese amor sea, sinceramente, comedido y razonable.

Es decir: cuando, prudente y ordenado, sepa mantenerse juiciosamente refrenado por el freno racional de la esperanza y del temor de la otra vida; no permitiendo, por lo tanto, que de lazo legítimo se convierta en lacería tirana é inquebrable que no nos ate de piés y manos, impidiéndonos los obligatorios y naturales pasos hacia el amor que por naturaleza, por deber y gratitud debemos al Creador, quien, en definitiva, es el *único dador* de tales amores y de tales bienes.

¡Animo, pues, y á derrocar el amor propio!...

Cuando en los mayores desengaños y en las más grandes aficciones acudimos, con fe al saludable regazo de la conformidad cristia-

na, unos y otros hacen brotar, en el corazón sangrado por ellos, en vez de espinas punzantes que desesperan, los tallos verdes y puros de la verdad, de los que surge el heroísmo.

*
* *

Mañana, si Dios quiere—concluyó el Padre—nos ocuparemos, en la primera meditación del día, de los pecados comunes.

II

Segundo día de ejercicios

QUINTA MEDITACIÓN

Pecados comunes

Pecaron los ángeles y, maldecidos por el Creador, fueron sepultados para siempre en las tinieblas, en el dolor y la desesperación.

Pecó Adán, el primer hombre habido en la creación, y su pecado trastornó, por completo y para siempre, el orden de la triste humanidad nacida de él...

Cosa muy horrible debe ser á los ojos del Creador el pecado voluntario, cuando Él, Supremo Poder, Suma Perfección y Eterna Belleza, que nada necesita, porque todo lo llena y hermosea... cuando Él, Sabiduría Infinita que nunca se equivoca... cuando Él, Perdurable Bondad, que jamás inspira sus acciones en

arrebatos de ira ó de pasión... cuando El, Misericordia Inacabable, que es en toda ocasión y tiempo más inclinado á la clemencia que al castigo... cuando El, en fin, Padre paciente y generoso cual ninguno, como de continuo nos lo confirma y lo demuestra, se ha creído en el caso de castigar con tal rigor á los ángeles del cielo y al hombre de la tierra, por un solo pecado...

¿Y de qué modo los castigó?... Bastóle con sólo apartar del Angel su celestial mirada, y del hombre pecador su divina gracia, para que angel y hombre cayeran afrentosamente, por sí solos, en los más horribles infortunios...

Lo mismo el angel que el hombre tan sólo una vez pecaron, y, sin embargo, en el ángel rebelde y orgulloso, la ciencia del bien en ciencia del mal se le trocó súbitamente, y al hombre prevaricador, con igual rapidez, se le enemistaron y en lucha feroz se le pusieron la razón y el sentimiento y la voluntad y el deber, quedando así constituídos para siempre, como fanesto patrimonio de su infortunada descendencia, esos enconos maldecidos, esas odiosas rebeliones y esos horribles combates.

Los ángeles, espíritus puros, dotados de soberana inteligencia para comprender bien lo que hacían, y copiosamente enriquecidos por la Divina Gracia, al cegarles la soberbia de querer traspasar los límites que les marcara la mano potencial de su Hacedor, pecaron, á sabiendas de que pecaban, y en los abismos del infierno se sumieron.

También Adán y Eva sabían, porque el

mismo Creador se lo había declarado, que la falta de obediencia á su mandato les privaría de la felicidad y la inocencia de las cuales sólo por su bondad infinita disfrutaban; advirtiéndoles, igualmente, que una vez echados de su celestial presencia y del Paraiso terrenal que disfrutaban, perderíanlos también sus infelices descendientes.

No le hicieron caso: dejáronse seducir por el ángel malo quien, inoculando en su pecho la malvada pasión de la soberbia, que á él le había perdido, les indujo á que ellos también hicieran mal uso del libre albedrío y sucedió que ellos también por ingratos y suicidas cayeron, á su vez, en la enemistad de Dios...

Dios aborrece á los ingratos: aún en el tiempo los abandona á su pasión maldita, con la cual, hasta aquí abajo, en el mundo, ellos mismos, se despedazan los unos á los otros...

*
* *

Pero Dios, que siempre con la humanidad fue generoso y bueno, condolido de la horrenda orfandad en que nacían los hombres y en la que seguirían naciendo por culpa del primer hombre, prometió hacerse hombre un día para tornar á ser Padre de los hombres y vivir entre ellos y para enseñarles con su ejemplo á mostrarse agradecidos, y, en fin, para restituirles, por virtud del sacrificio de sus propias carne y sangre humanas y á la par divinas, á la perdida amistad con su Hacedor...

Y es tan universalmente generoso, que á

nadie por pecador que sea, con tal de que arrepentido se los pida, le niega los medios seguros y eficaces de reanudar y continuar esa amistad que, ya por sí solo, sería imposible alcanzar.

*
* *

Reflexione usted, á conciencia, sobre ésto que es muy importante—concluyó diciendo el Padre N.—Luego, en la meditación siguiente, trataremos *del castigo* que voluntariamente se acarrea el hombre, cuando no quiere buscar su último fin, ó sea el favor de volver á la amistad con Dios.

SEXTA MEDITACIÓN

Castigo de quien no busca su fin

El hombre que sin reconciliarse con la Iglesia, fundada por Cristo Redentor muere en pecado mortal, va á la otra vida enemistado ab eterno, con Dios su Creador y, por consiguiente, defrauda la aspiración de la propia alma, que es la posesión del Sumo Bien.

Exclama San Agustín en su libro de los «Soliloquios»:

¡Grandísimo es el deseo que el alma tiene de Dios!... ¡Dejar esta tierra, descaminada y seca, para ver su virtud y gloria!... ¡Entrar en su morada: verle cara á cara en el reino de la bienaventuranza, de alegría, de salud, de vida y de felicidad eternas!...

Pues bien: la privación de esos bienes, y la posesión en su lugar de eternos males, son la condena que se atrae quien muere enemistado con el Creador.

¡Y cuán horrorosa es una alma condenada!...

Oigamos los gemidos del alma del rico avariento, que en el mundo despreció al muy necesitado é inocente Lázaro:

¡Qué agonía!... ¡Qué horrible sufrimiento!... ¡Qué sed devoradora!... ¡Qué fuego tan intenso!... ¡Qué horrendas compañías!... ¡Y una hora!... ¡Y otra hora!... ¡Y un día y otro día!... ¡Y un año y otro año!... ¡Y siempre... siempre... por toda la eternidad!...

¿Y los de aquel conocido y convecino mío que murió ayer, ó anteayer, ó hace diez meses, ó diez años?...

¡Yo le conocí!... ¡Acaso le traté!... ¡Quizás fue amigo... quizás mi deudo!... ¡Y puede que también fuera mi compañero, mi cómplice en la locura y el pecar!...

¿Qué dice ese desgraciado?...

Pues dice:—Yo fui un hombre como tú... Iguales que las tuyas fueron las pasiones que á mí me dominaron... ¿Y por qué no decirlo todo?... ¡Puede que ellas aún fueran menores y menos graves que las tuyas!... ¿Por qué no confesar, si tú sabes ser cierto que los dos pecamos juntos?...

Pero yo ¡ay de mí!... tuve el infortunio de morir sin arrepentirme!... ¡Ah!... me sorprendió la muerte sin haber hecho penitencial... ¡Me acaeció la tremenda desgracia de morir en pecado mortal!... ¡Y esta es mi eterna desesperación... mi eterna infelicidad!...

—¡Si tú supieras cuánto padezco!... ¡Si Dios te abriera los ojos y pudieras darte cuenta de mis sufrimientos y mis penas!...

*
* *

A la tarde meditaremos acerca de los *pecados propios*.

SÉPTIMA MEDITACION

Pecados propios

El Reverendo Padre N... fue discurriendo acertadamente sobre lo público y secreto de todo mi pasado, cual si presenciándolo estuviera; y lo hizo con la misma seguridad y tan de corrido como tú—caro lector—lees esta narración.

.
.
.

¡Si hasta es de locos pecar!

¡Si los míseros pecados no solo nos deshonoran como cristianos y como hombres pundonorosos, sino que nos rebajan á la vil condición de seres irracionales!...

¡Si son contra natura! ¡Si se esfuerzan ellos mismos en asesinar nuestro organismo!

¡Si hasta son los mayores enemigos de nuestros anhelos y desvelos!

¡Ah!... Si realmente miráramos con recto juicio y verdadera lealtad nuestra propia conve-

niencia, aunque solo fuera en lo que toca á la vida del tiempo, ¿cómo era posible que pudiéramos pecar?...

Si quisiéramos oír de veras lo que nos dicen las canas del anciano, y los ojos siempre veraces de la madre, y la fe viva de la casta esposa, y la sonrisa angelical de los candorosos hijos, ¿cómo habríamos de ser groseros, injustos, deshonestos, imprevisores, soberbios, egoistas y enemigos de nosotros, ni de nadie?...

¡Qué conducta tan enajenada de mi último fin!...

¡Cuánta malicia en mis pecados!...

¡Sabía muy bien que obraba mal!...

Me lo decían mi esposa; y Melchor; y la vergüenza que sentía; y el rubor que coloreaba mis mejillas; y el precipitado galopar de mi sangre por las venas...

Mis descontentos internos y los secretos remordimientos, que tenazmente seguían á mis yerros, también me lo decían...

Pero yo continuaba impasible, ciego, sin hacer caso de nada ni de nadie... ¡Cuánta era mi soberbia!...

Nací de padres honrados y cristianos. ¿De que mi sirvieron sus consejos saludables y mi educación cristiana?...

¡Qué poco tiempo me duró la inocencia bautismal!

¡Qué pronto comencé á pecar... y aún no lo he dejado!...

¡En mi alma han tenido cabida todas las vanidades!... ¡Cada palabra mía, cada pensamiento, cada acto, otras tantas culpas fueron!...

¿Y me llamaba cristiano?... ¿Y pasaba por

ser soldado de Cristo?... ¿Y me tenía por hombre honrado?...

¡Yo cristiano, consintiendo y acariciando tantos pensamientos indignos!... ¡Cometiendo tan graves actos y dando ejemplos tan perniciosos!...

*
* *

—A la noche, si Dios quiere, procuraremos analizar los perniciosos efectos del pecado.

OCTAVA MEDITACION

Efectos del pecado

El hombre, por privilegio especial y por la infinita bondad del Creador, es el pontífice de la creación.

Es algo así como el puente entre el cielo y la tierra, entre las criaturas y el Creador.

Hecho ha sido para proclamar el mérito debido á las obras de Dios...

Para reconocer, y para admirar, y para comprender y bendecir la suma sabiduría del Hacedor de todas las cosas, y, en fin, para alabar y glorificar su recta Providencia.

Si no obedece á su ley, ni teme su Omnipotencia, ni respeta su Majestad, ni le sirve, ni le ama, ni le desea como complemento de todas las perfecciones y bellezas, no cumple la misión que trajo á la vida, sino que contradice el plan divino, lo mismo en el orden moral y espiritual que en el orden material: mata

pues la más noble aspiración del alma y destruye antes de tiempo el frágil cuerpo...

Siempre supone el pecado una supina y gran malicia; toda vez que viniendo el hombre de Dios, quien le crió, y le sostiene, y vigor y fuerza le da para poder vivir, claro es que al faltarle se coloca necesariamente en uno de los dos extremos de este dilema:

¿Es que ignora que procede de Dios y que de Dios recibió las fuerzas para existir? ó ¿es que á sabiendas quiere faltarle?...

Lo primero, vana necedad fuera negarlo: se lo dicen todas las criaturas; se lo enseña la experiencia propia; lo proclama el mundo entero; ¿qué más? ¡si hasta lo siente latir dentro de sí mismo!...

Luego es que voluntariamente desprecia á Dios, y, por lo tanto, que lo que quiere es negar el legítimo derecho que su Hacedor tiene sobre él.

¿De qué le sirve el entendimiento, con que Dios armó su alma para que se defendiera de sus enemigas las pasiones, si él lo embota, voluntariamente, y lo entorpece por gusto, y le deja criar mohó por negligencia y por malicia?...

¿De qué el magno privilegio de la razón, si la ira, la cólera, la soberbia y la ambición, la desordenan de tal modo que no la permiten activarse, sino es á tontas y á locas, y ni la dan libertad para que haga cosa alguna que nombre de virtud merezca?...

Nada de extraño es, pues, que el pecado ocasione los daños morales y espirituales de que á diario nos dolemos, á saber:

Desengaños para el corazón; nieblas para el entendimiento; errores para el juicio; dudas para la inteligencia; tormentos, inquietudes confusión y miedos para la conciencia; y, para el pecho atribulado, heridas sangrientas; asperos recelos; desilusiones; desencantos; penas y amarguras...

*
*
*

¿Y qué decir de los efectos corporales que produce?...

Razón tenía el Rey Profeta; más feroz, más rebajado y suicida que la bestia, queda hecho por el pecado el sér humano...

A fijarme voy no más—y solo brevemente—en tres pecados capitales: la imprudencia, la deshonestidad y la gula.

Todo animal silvestre, que una vez fue preso en lazo por el osado cazador, antes se deja morir de hambre y de sed, que volver á ser cautivo, cuando de nuevo recobra la libertad.

En cambio el hombre que cae preso en el lazo del pecado mil veces se expone al peligro de morir en él; es tan imprudente y terco que en el mismo lazo, otras mil veces más vuelve á caer.

¡Cuán varios é innumerables son los excesos de los hombres deshonestos!

¡Qué de víctimas! ¡qué de muertes prematuras!... ¡qué de asesinatos! ¡qué de hijos infortunados, y qué de criminales!...

¡Las béstias, en tal materia, dignas se muestran de por más razonables ser tenidas, y de

más elegidas y estimadas que los hombres deshonrados y viciosos!...

Ningún otro interés tienen las bestias, sino sólo el de engendrar, y siempre y en todo tiempo, de conformidad con lo ordenado y dispuesto por la madre naturaleza.

¿Y en comer?... Todo cuanto gusta y come el bruto es por necesidad y al fin de mantenerse.

No así el glotón: éste come y bebe por deleite y complacencia.

Todo le gusta y nada le satisface: engulle solo por gula, pareciéndole que vive para comer y que todo cuanto natura cria sólo para su paladar ha sido hecho.

Y luego suele quejarse de su débil naturaleza, culpándola á ella de que la vida se le acorta; y de que la tirana muerte madruga precisamente para él; y de que los médicos no entienden sus dolencias, ó no saben aplicar las necesarias y oportunas medicinas...

¿Cómo ha de ser posible que, con tanta golosina, tanta suavidad y tanto desorden en el mantenimiento de los hombres, se encuentren ya medicinas que curen sus dolencias, ni médicos que aplicarlas sepan?...

*
* *

—Mañana, á primera hora—díjome, despidiéndose el Padre N.—meditaremos acerca del *Infierno* y de la *Gloria*.

III

Día Tercero de ejercicios

NOVENA MEDITACIÓN

«Infierno y Gloria»

Si de una parte me ofrecieran lozana tierra de amorosa vega, que, por su propia naturaleza fértil y generosa, fácilmente produjera flores, frutos y mieses abundantes, y de la otra un árido cerro, solo capaz de producir abrojos y plantas venenosas, ¿no sería un loco si prefiriera el risco salvaje á la lozana tierra?...

Pues eso hace el pecador cuando voluntariamente escoje el infierno en lugar del cielo.

En la Gloria, el suelo que hollan las almas bendecidas y el aire saludable que respiran, de su natural es consolarlas y alegrarlas y en ellas imprimir valor y esfuerzo para que vivan eternamente felices, sin nada poner ellas de su parte.

No les sucede así á los deshabridos moradores del Infierno.

Los demonios que le habitan, así como el propio lugar y cuanto en él existe, de su cojeta es causarles tristeza, sufrimiento, horror y duelo, porque todo está allí criado, enderezado y puesto para tormento y castigo de quien, por infringir la ley Divina, queda en deuda irremisible con la recta justicia del Señor...

Infierno

Como un ancho y hondo abismo abierto en las entrañas de la tierra, es esta prisión maldita, que, por lo negra y voraz, á la boca del lobo se parece...

Allí no habrá más luz que el siniestro resplandor de las llamas en que arden, sin acabar de destruirse, los infelices condenados.

Lugar es este de cadenas, de mazmorras de serpientes, de furias y de toda clase de atormentadores que con coraje y á la continúa hacen su oficio.

Allí moran, permanentemente, los más fétidos miasmas y las más asqueantes dolencias... Y la vejez rugosa y fea, de todos aborrecida... Y reina el frío y el miedo, enemigos de la sangre vital, cuyo curso hiela... El impera el hambre rabiosa que en vida condujo á los hombres al crimen y al suicidio... Y anida la pobreza en sus aspectos más repugnantes y espantosos... Y el penosísimo trabajo muele las fuerzas y agota las energías, sin acabar nunca con ellas... Y siempre está en vela el desvelado é irresistible sueño, caricatura de la muerte, pues sarcásticamente lleva en la mano como ella una guadaña ansiosa de segar y en aquel antro de angustia y de dolor, no con matar, sino con amenazar y herir solamente se contenta.

Los sentidos sufrirán, copiosamente, en aquello mismo que los incitó al pecado.

Y la imaginación, y la memoria, y el entendimiento, y la voluntad, aterrados por espec-

tros monstruosos y en odio, y desesperación envueltos, renegarán, no solo de sí mismos, sino de los suyos y de sus padres y hasta del mismo Creador.



La Gloria

Juntamente con el resplandor inestimable que ya de sí mismo esparce el Cielo, esta mansión se halla cuajada de toda clase de grandezas y de maravillas y beldades.

Coros de justos, de mártires, de vírgenes y de ángeles, en sublime melodía con armónicos instrumentos y admirables voces, tributan sin cesar y sin jamás cansarse, loor, admiración y gloria, al Supremo Señor de las alturas.

De la venturosa mansión del Cielo dice San Agustín en su «Manual particular»:

Reino de los cielos donde no hay fin, ni sucesión, ni variedad de tiempos... Donde se encuentra el gozo sin tristeza, el descanso sin fatiga; la dignidad sin recelo; la salud sin enfermedad; la abundancia sin defecto; la vida sin muerte y sin corrupción, y donde la ciencia de todos y de todas las cosas es perfecta... Reino en fin, donde el alma contempla cara á cara á Dios.

¡Ver á Dios!... ¡Estar cara á cara contemplando siempre á la *Suma Grandeza*, de la que, como de una fuente perenne, emanan y proceden incesantemente el sumo bien, la suma ciencia, el sumo placer y la suma dicha que jamás hastían...

¡Y de esas venturas inefables gozar cada cual en sí, según la más ó menos comunicación que con Dios tenga, y sin más desear ni más buscar ni más pedir!...

Allí cada alma estará totalmente contenta con sólo ver á su Señor; ninguna tendrá envidia de que otra pueda verle mejor ó más de cerca, porque, en aquel lugar bendito, las preeminencias de que goce el alma superior no las conoce ni aprecia el espíritu inferior, y, por lo tanto, nada le estorbará para admirar y bendecir, sin sombra alguna, la soberana Justicia del Señor.

Y porque en la mansión de la Gloria, donde quiera que el alma bienaventurada se encontrare, tendrá delante y á su lado y junto á sí al adorable Dios, y ninguna alma estará tan cerca de sí misma como Dios estará cerca de ella.

*
* *

—Luego meditaremos acerca de la muerte.

DÉCIMA MEDITACIÓN

La Muerte

Que tenemos que morir, es innegable.

Todos sabemos que la muerte es infalible y que hoy estamos aquí y mañana en el sepulcro.

Lo que ignoramos es dónde y cuándo moriremos.

¿Qué será entonces de todos los motivos y alicientes que nos indujeron al pecado?...

¿Dó fueron á parar aquella juventud, aquellos bríos, aquellos aplausos, aquellas glorias, y aquellas hermosuras y soberbias?...

¡Humo, polvo, ceniza, vanidad de vanidades: ésto y nada más será todo cuanto produjo placer, gloria, orgullo y presunción al hombre!...

¡Los honores, las dignidades y riquezas de nada le servirán en aquel espantoso trance; y menos mal si ellos no le sirven de malestar y estorbo...

Oigamos á San Francisco de Sales:

Los honores se nos escapan al morir; pero la bajeza y vergüenza con que los hayamos comprado nos acompañarán más allá.

Las voluptuosidades habrán perdido para nosotros sus delicias sensuales, acaso antes de morir; pero el fango que nos hayan traído dejarán sobre nuestras almas, aún más allá de la tumba, sus podredumbres é inmundicias.

Las riquezas no bajarán con nosotros al sepulcro; no traspasarán la orgullosa soledad de nuestros altaneros mausoleos, pero nuestra avaricia para conservarlas, nuestra injusticia para adquirirlas y nuestro egoísmo para disfrutarlas, esos vendrán con nosotros al otro mundo, y clamarán venganza en el tribunal de Dios.

El hombre lleva siempre dos compañeros de quienes rara vez se apercibe y que no le dejarán nunca: Dios y la muerte.

Nadie: ni el pecador, ni el justo, ni el incrédulo, ni el creyente, ni el desentido, ni el sensato, ni el ignorante, ni el sabio, ni el rico, ni el pobre se excusan de morir...

La muerte acaba con todos y con todo...

La muerte nos deshace y nos anula; nos quita los bienes, los afectos, los empleos, los gustos y, cruelmente, desquicia y deshace todas las empresas, todos los proyectos y todos los planes...

A todos los mortales nos iguala y á todos los moribundos nos espera con el mismo obsequio: una mortaja con que cubrir nuestra igual miseria, y un pedazo de tierra, donde nos pudriremos de igual modo...

¿Y cuándo moriremos?

¿Sé yo, acaso, si terminaré esta meditación, y eso que ya estoy acabándola?...

¿Cuántos habrán querido decir ¡Jesús! y este dulce nombre no habrán del todo pronunciado porque entre una y otra sílaba hayan dejado de existir?...

—Por la tarde, si usted no se causa, nos ocuparemos del *Juicio particular* que á todos nos espera.

—¿Oansarme yo?... No, señor; estoy á las órdenes de usted, y conste que en extremo agradecido y satisfecho.

ONCENA MEDITACION

Juicio particular

Aún no se habrá enfriado mi cadaver, cuando ya mi alma se hallará en presencia del Supremo Juez de vivos y de muertos...

A su destino habrá llegado salva ó purgante ó condenada, según las obras que haya ejecutado durante su permanencia en la frágil envoltura de mi cuerpo...

¡Pobre alma!... ¡Atónita, sobrecogida y tem-

blorosa, y más que una centella disparada, comparecerá ante la Divina Justicia, quien presenciará impasible su actividad actual, como presencié su antigua pereza...

¡Tremendo tribunal, que conoce todas las falsías y malicias; que todo lo pensado sabe y que, por lo tanto, sin necesidad de testigos ni de pruebas juzga en el acto, y en el acto dicta sentencia inapelable...

¡Horrenda soledad, entonces, la soledad del alma!...

Separada de la amistad de su compañero el cuerpo; privada de los atrayentes sentidos que sin cesar la distraían: despojada de las quimeras é ilusiones que con placer la fascinaban; abandonada ya de las consoladoras y dulces esperanzas; y huérfana de tantos amores que ha poco de gozos y caricias la colmaban, no lleva ante su Juez más recomendación y compañía que el proceso escueto y manifiesto de sus imperfecciones y delitos...

Todo cuanto pudiera disculpar sus faltas, ó en algo atenuar sus desvaríos, se había esfumado, momentáneamente, al igual que se disipa y desaparece el raquíptico brillar de una pavesa...

Como substancia pura y espiritual que es, ya puede ejercitar sin trabas ni rodeos sus dotes propias y sus suspicacias sutilísimas, merced á las cuales ve con meridiana claridad el sin número de sus condescendencias; el cúmulo de sus iniquidades; la gravedad y cuantía de sus concupiscencias; y los cuantiosos males que produjo, sin que ninguno de sus pecados se le oculten á la propia vista.

¡Con mayor evidencia y claridad que cuando en la vida del tiempo sucedieron, recordará los perversos pensamientos, que en ella se fraguaron y la realidad de la premeditación y encono con que los llevó á la lengua corporal para que allí tomaran cuerpo de palabras obscenas, calumniosas é insultantes!...

¡Y cómo tales pensamientos y palabras repercutieron en el corazón; y cómo en él sembraron y fructificaron, produciendo odios, pasiones, venganzas y cizaña!...

¡Y cómo desde el ardiente corazón pasaron al brazo de la voluntad, para que ésta, ejerciendo de asesino, les diera la forma de hechos punibles, de actos ilícitos y de vergonzosas obras!...

¡Todo!... ¡Todo lo por ella engendrado y consentido ante ella pasará, en aquel momento, con su justo peso, su medida exacta, su gran malicia, su hipocresía manifiesta...

Entonces conocerá la gravedad é importancia de sus yerros; y no podrá ocultarlos ó atenuarlos; y lo que es peor, que la será imposible negarlos ni sustraerse á la evidencia de que hayan existido...

Entonces, abatida y condenada, se convencerá de la justicia, rectitud y necesidad del castigo que se la imponga, por muy grande y duro que tal castigo sea!...

*
* *

—Ahora—concluyó diciendo el Padre N...
—á pedir á Dios que libre nuestras almas de

semejantes suplicios y congojas, y que nos provea de gracia bastante para dolernos y arrepentirnos de los pecados que nosotros hayamos cometido.

Luego—continuó—acabaremos el tercer día de ejercicios con unas breves consideraciones acerca del *Juicio universal*.

DUODÉCIMA MEDITACION

El juicio final

El tremendo juicio universal y la sentencia pública de Dios dictada á la faz del universo son justos y precisos, á fin de que para todos resplandezcan la justicia y rectitud del Creador.

Este día sí que será el esplendente día del reino de Cristo; el día sin igual en que nada quedará oculto para nadie, en el que todo lo acaecido se verá, el alegre y necesario día de la verdad y el de inacabable ventura para unos y de eterna desgracia para otros.

Entonces ya no se mostrará Jesucristo niño, ni humilde, ni afable, ni sencillo para educarnos y enseñarnos.

Ya no será aquel Padre misericordioso que por tantas veces nos amonestó... y nos invitó á la penitencia... y nos brindó con olvidar y perdonar nuestros pecados si fieles y obedientes le escuchábamos.

Será el Omnipotente y Justiciero rey que á cada uno dará lo que en razón y justicia hubiere merecido...

Entonces se verán, no sólo nuestras obras,

sino también las intenciones con que las hicimos.

Las ejecutadas en el misterio... y en el pensamiento... y en la soledad de la conciencia... para que todos los allí congregados las vean, sin que ninguna de ellas quede para nadie oculta...

¿Hay cosa más justa sino que Dios manifieste la rectitud y equidad de sus sabios fallos ante todos los por El juzgados?...

En esta corta vida, sólo confusa é imperfecta idea tiene el hombre de la malignidad y trascendeneia del pecado que comete.

No será así el día del juicio universal.

Entonces hasta el entendimiento más rudo y grosero muy despierto estará y muy despejado y penetrante, para que completo y exacto juicio pueda formar de su propio pecado y del pecado ajeno.

¡Qué horror tan grande!... ¡Todos los pecados serán conocidos por todos los hombres con la mayor escrupulosidad y hasta en su menor detalle!...

El mismo angel malo, en cínico pregonero convertido, no dejará pasar ninguno, para que los cómplices odien á los cómplices, y porque así es como paga el diablo á quien bien le sirve.

*
**

Dimos gracias, arrodillados ante el crucifijo, como haciéndolo veníamos siempre al final de cada meditación, y después me dijo el Padre:

—A descansar ahora, pensando en lo que hayamos adelantado; mañana, sábado, solo tendremos tres meditaciones: la primera sobre la huida del *Hijo Pródigo*; la segunda acerca de su *regreso á la casa paterna*, y la tercera respecto al *reino de Cristo*... ¡Buenas noches!

Dióme á besar su mano, según costumbre, y nos despedimos.

IV

Cuarto día de ejercicios

DÉCIMATERCIA MEDITACIÓN

El hijo Pródigo

De igual manera que el hijo pródigo abandonó la casa paterna y derrochó, en franquichelas, el patrimonio que le había tocado en suerte, yo me desvié del camino recto, por mi Hacedor trazado, y también en bagatelas derroché los bienes, con que habíame dotado la bondad de Dios...

Sí:... mi Dios, generoso y bueno, me había graciosamente concedido bienes sin cuento y medios valiosísimos.

Comenzó por crearme hombre provisto de entendimiento, de memoria y voluntad, ó sea á su imagen y semejanza, para que el hijo se pareciera al padre.

Celoso de mi bien y mi provecho, me dictó

sabias leyes y consejos sanos, con los cuales pudiera fácilmente obtener y conservar ese bien y ese singularísimo provecho...

Yo, insensato de mí, contrariando esas leyes y consejos hago mal uso de mis bienes; voy por el camino más opuesto á mis bienestares y conveniencia é imitando al hijo pródigo, me aparto del fin provechoso para el que diéronseme esos bienes.

¿No ha de pasarme á mí igual que al hijo pródigo?...

Ved al hijo pródigo...

Abandona el hogar paterno; malgasta el caudal debido á la generosidad de su buen padre, presto se halla solo, despreciado, roto, sucio, vicioso, envilecido y, como era natural, desesperado...

Al perder la presencia, consejo, dirección y gobierno de su padre, se apoderó la soberbia de su espíritu; luego el desasosiego, que es vástago de ella; más tarde el descontento, que es su rama; después la locura y el capricho, que constituyen el malhadado fruto; hasta que, al fin, acabó en la deshonor, la indignidad y la vileza, que son la podredumbre del espíritu y el cuerpo.

Corriendo en la funesta dirección que habían tomado sus inseguros piés, cada paso que daba alejábale más de su casa y de su padre y de sus deudos y de la paz en que había sido criado.

Menos temeroso, cada día, de que pudieran alcanzarle las súplicas y regaños de los suyos, ya no se cuidó más que de emplearse en vicios, en devaneos y placeres, los cuales

gastaron pronto sus energías y vigor, á la par que sus caudales, pensando el desentido, que los unos y los otros jamás se agotarían.

Amigos falsos, aduladores de su caudal, de su juventud y su largueza, sus asíduos compañeros eran en las orgías, francachelas y necias vanidades, las cuales no bien gustadas se le desvanecían como el humo...

Quando el dinero se le acabó, que fue muy pronto, aquellos malos amigos se apresuraron á huirle como si fuera un apestado, y, á imitación de Judas, á venderle á sus rivales y á reirse y burlarse de su mísera flaqueza como se burla y ríe el diablo de los necios que le siguen.

*
* *

Desarrapado, corrido, pobre, enfermo y de sus cómplices burlado, tuvo que huir á lejanas tierras, muy separadas de la suya, sin tener persona alguna á quien volver la vista...

Y aquel señorito de espíritu fuerte, (según le habían hecho creer sus falaces aduladores), aquel joven de vasta cultura y de esmerada educación, se halló un día extenuado; y padeció hambre; y sed; y frío; y no le cupo otro remedio, para poder vivir, que aceptar una guardería de puercos...

Y el hambre le obligó á comer de su pienso... y en la misma gamella que ellos... y á beber en la misma inmunda charca... y á dormir y revolcarse á su vera, cual si, más que su gardían, su compañero fuese...

En estado semejante caen los hombres prevaricadores y viciosos... y esos son el alimento, el agua y el lecho y la compañía que les pide su grosero y degradado cuerpo.

*
* *

—Mas tarde contemplaremos el *regreso del hijo Pródigo*.

DÉCIMACUARTA MEDITACIÓN

Regreso del hijo Pródigo

Pero arrepintiéndose, por fin, el hijo Pródigo, y decidió volver á la casa de su padre.

¿Qué encontró allí?

Misericordia y perdón, en los brazos amantes del bondadoso anciano.

En medio de su gran envilecimiento, aún conservaba aquel mal hijo cierto resto de dignidad en su corazón: comprendía y hasta parece que le pesaba el mal que había hecho, pues azuzado por el remordimiento exclamó:

«¿Qué hará mi padre ahora?»

No había olvidado del todo á su buen padre, y este recuerdo era el comienzo de su venturosa redención.

«¡Cuán bien atendidos estarán los criados que tendrá mi padre ahora; y ellos, á su vez, qué considerados y dignos serán para con él!...»

«¡Si yo me atreviera!... ¡Si yo intentara volver á presentarme á mi padre!...»

«¿Me recibiría él, aún cuando fuera como el último y menor de sus criados?...»

¡Qué bellas exclamaciones, y qué honrada pregunta!...

Las penas y desgracias tienen la prodigiosa magia del aire: á unos deshace, cierto es; pero tambien á otros vivifica...

El aire corrompe al que ya es cadaver; eso mismo hacen las penas y desgracias: repudren á quien ya está totalmente muerto en Dios.

Pero tambien el aire sirve de respiración á quien aún vive, y no sólo le anima y reanima, sino que hasta le da vida nueva, devolviéndole el vigor y la salud.

Las contrariedades; las penas; en fin, todos los males debidos al pecado, pueden, igualmente que el aire, sanar y regenerar al corazón que se halla enfermo de deslealtades y prevaricaciones, si éste desea, de buena voluntad, recobrar la salud perdida...

La medicina consiste únicamente en remover el natural estímulo del dolor, y el honrado sentimiento de la contrición...

El hijo pródigo se decide á emprender el camino hacia la casa de su padre.

Al principio marcha lentamente y con trabajo: ¡se halla tan débil!... ¡tan destrozado y tan cansado!...

Además el camino es cuesta arriba y, por otra parte, cuando huyó de la casa paterna, además de que el camino era cuesta abajo, él estaba robusto y sano, en tanto que ahora, no sólo hay que subir fuertes pendientes, sino

que él se encuentra gastado, enflaquecido y enfermo.

*
**

¡Fácilmente nos apartamos de Dios y en ello empleamos los mejores años de la vida!...

Con apresuramiento vamos al pecado; y ¡cuánto después nos cuesta volver de nuevo á ser justos!...

¡Qué avergonzados!... ¡qué confusos!... ¡qué deshechos se va á la penitencia!...

En condiciones tan desfavorables y desventajosas, ¿qué sería del pecador sin el auxilio de la gracia?...

¿Qué hubiera sido de mí, si Dios no me hubiera esperado tanto tiempo, y amado y ayudado tanto...? ¿Qué del hijo pródigo si su padre se negara á recibirle?...

*
**

A medida que el hijo pródigo iba caminando hacia su casa, mayores bríos encontraba en sí mismo: la esperanza de llegar pronto sus fuerzas y energías redoblaba.

De igual modo, el pecador, cuanto más se va volviendo á la verdad, cuanto más se acerca á Dios, más presuroso corre... ¿No ha de correr si ya empieza á percibir su corazón el dulce perfume de la virtud, que sólo se encuentra en el Amor Divino?...

Desde la ausencia del hijo pródigo, su angustiado padre, cada vez con más crecientes

ánimas, salía al camino diariamente, para ver si aquel hijo infeliz volvía.

Con iguales constancia y ansiedad llama Dios al pecador al arrepentimiento y al perdón.

Tras muchos días de espera, uno llegó en que el anciano padre, divisó al hijo pródigo á lo lejos.

Ver al hijo querido y apresurar el paso para anticiparse á su llegada, obra fue de un momento y de ninguna reflexión objeto.

Un instante solo; un minuto bastó para que el noble anciano disculpara y perdonara, y hasta olvidara cuantas ofensas habíale inferido aquel joven ingrato... aquel mal hijo...

«¡Pobre hijo mío!... ¡Qué cambiado está!... —exclamó al verle...»

*
* *

Imagen de Dios era aquel padre, porque también Dios sale al encuentro de quienes de buena voluntad, desean volver á El...

El buen pastor jamás olvida á sus ovejas... Cuando alguna del rebaño se extravía, abandona, de momento, las restantes, y á ir en busca de la descarriada se apresura, temeroso de que se pierda y de que los lobos la devoren...

Y la llama con insistencia amante, y con silbos cariñosos la convoca, hasta conseguir que la oveja agradecida le responda.

No bien la encuentra, alegre la agasaja; y la colma de caricias; y la trata con amor y con dulzura; y como la halla cansada y dolorida, á fin de evitarla las fatigas del camino, sobre

sus propios hombros se la carga, y cual si nada le pesara, corre apresurado hasta llegar á unirla al fiel rebaño que, igualmente la acoje complacido.

¡Esto fue lo que hizo el noble anciano con el hijo pródigo!...

¿Cómo no hacerlo si era padre?...

Arrojóse á los piés del anciano el hijo pródigo, exclamando conturbado y afligido:

«¡Padre, contra Dios y contra tí pequé!...»

«¡Perdóname para que me perdone Dios!...»

«¡Perdóname y admítame en tu casa, para ser, por mis pecados, el último de tus...»

—¡Basta!...—dijo el anciano, no dejándole terminar la frase *el último de tus sirvientes*, que las entrañas del padre adivinaron.

La franca y veraz confesión del hijo pródigo, la sincerísima humildad que sus ojos humedecidos revelaban, recibieron, cumplidamente y en el acto, el premio merecido.

Enternecido el anciano le levantó del suelo, y estrechándole con efusión entre los brazos, le dijo sollozando:

—¡¡Hijo mío!!... ¡Al fin volviste!... ¡¡Todo!!... ¡Todo te lo perdono!...



Hubo un momento de silencio... Apenas podíamos proseguir ni el Padre N. ni yo... Los dos llorábamos como niños...

Repuesto el reverendo Padre N. concluyó diciéndome:

—Basta por ahora: cuatro palabras no más para terminar esta meditación:

El anciano padre mandó á los sirvientes que le quitasen los andrajos de que su hijo iba vestido.

Ataviado que fue el joven con recamados trajes de seda, le colocó en el dedo del corazón de la mano diestra el dorado anillo que le acreditaba de nuevo como hijo, y convocó á sus amigos y vecinos á solemnes fiestas, en honor del hallazgo de aquel pedazo de su corazón, hasta ha poco perdido...

Con el pecador, que se vuelve á su Creador, Dios hace lo mismo.

Sale á su encuentro; le estrecha en sus omnipotentes brazos; le despoja de los andrajos de sus miserias; le viste con la seda de la virtud; y convoca á los ángeles, á los santos y á los justos para que solemnicen la vuelta del pecador arrepentido, á quien, por ende, le convida con el manjar redentor de la carne y sangre de *Sí Mismo en la Sacrosanta Eucaristía...*

DÉCIMA QUINTA MEDITACIÓN

El reino de Cristo

Antes de comenzar esta meditación me dirigí yo al Padre N. manifestándole deseos de hacer confesión general.

—Me parece bien—me dijo el Padre Jesuita—y puesto que hoy ya no tendremos más meditación que esta, puede usted, con más tiempo, ocuparse del exámen de conciencia.

—Yo quisiera confesarme con usted.

—No hay inconveniente; desde las cinco y

media de la mañana me tiene usted en el confesonario.

A las siete, si gusta, puede recibir, en la misa de esa hora, á Jesús Sacramentado y asistir, si le parece, á las nueve á la *Misa Mayor*.

—Así lo haré.

—Mañana domingo, como tenemos convenido, no habrá meditaciones, ni lectura.

Prefiero que el tiempo que le dejen libre las prácticas piadosas lo emplee usted en considerar, á solas, lo que le haya causado más impresión en el transcurso de estos cuatro días, y muy especialmente lo que su alma haya sentido al hallarse unida, por la Sagrada Comunión, á Cristo Nuestro Redentor.

—Lo que usted disponga haré.

—El lunes, á la hora acostumbrada, volveremos á las meditaciones; siendo la primera la *Encarnación del Hijo de Dios*.

Ahora—concluyó el Padre—vamos á discutir un rato sobre la ya anunciada: *El reino de Cristo*.

*
**

Supongamos el rey más ideal que imaginar pudiera la más exquisita inteligencia humana...

Un rey, el más perfecto y poderoso; el único que capaz fuera de llevar á cabo las más árdnas empresas que pudieran idear la más exaltada fantasía y el más exigente raciocinio.

Que á todos los vasallos, sin excepción nin-

guna, diera muy ciertas y positivas igualdad, fraternidad, libertad y justicia.

Tan generoso, bueno y desprendido que nada quisiera para sí y todo lo ganara y dispusiera para provecho y bien de sus vasallos...

Que siempre, en las luchas saliera victorioso, y que todos los frutos de sus triunfos los distribuyera liberalmente entre los suyos, sin reservarse para él parte ninguna.

¿No le seguiríamos sin vacilar?

¿No nos tendríamos por locos si renegáramos de él?...

Pues ese rey es Jesucristo.

A todos gobierna de la misma manera; á todos predica igual doctrina y lo mismo lo hace en las chozas que en los palacios; en las calles que en las plazas; en las sinagogas donde pueden concurrir todos los ciudadanos que en las moradas de los reyes á las que sólo es dado asistir á los magnates y señores...

Si sólo hablara el lenguaje de los sabios y sólo predicara en los palacios, ni le entenderían los sencillos ni los pobres le oirían.

Por eso su general amor, su eficaz prudencia y su buen deseo, optaron por dar facilidades asequibles lo mismo á los unos que á los otros.

Sus empresas y su poder son tales, que no sólo abarcan los mundos que vemos y la tierra que pisamos, sino que traspasan igualmente las fronteras de la existencia humana... Y no es ningún rey fantástico, sino real y positivo, que los hombres han conocido, han visto y han oído...

Hermano es del hombre como ningún hermano puede serlo.

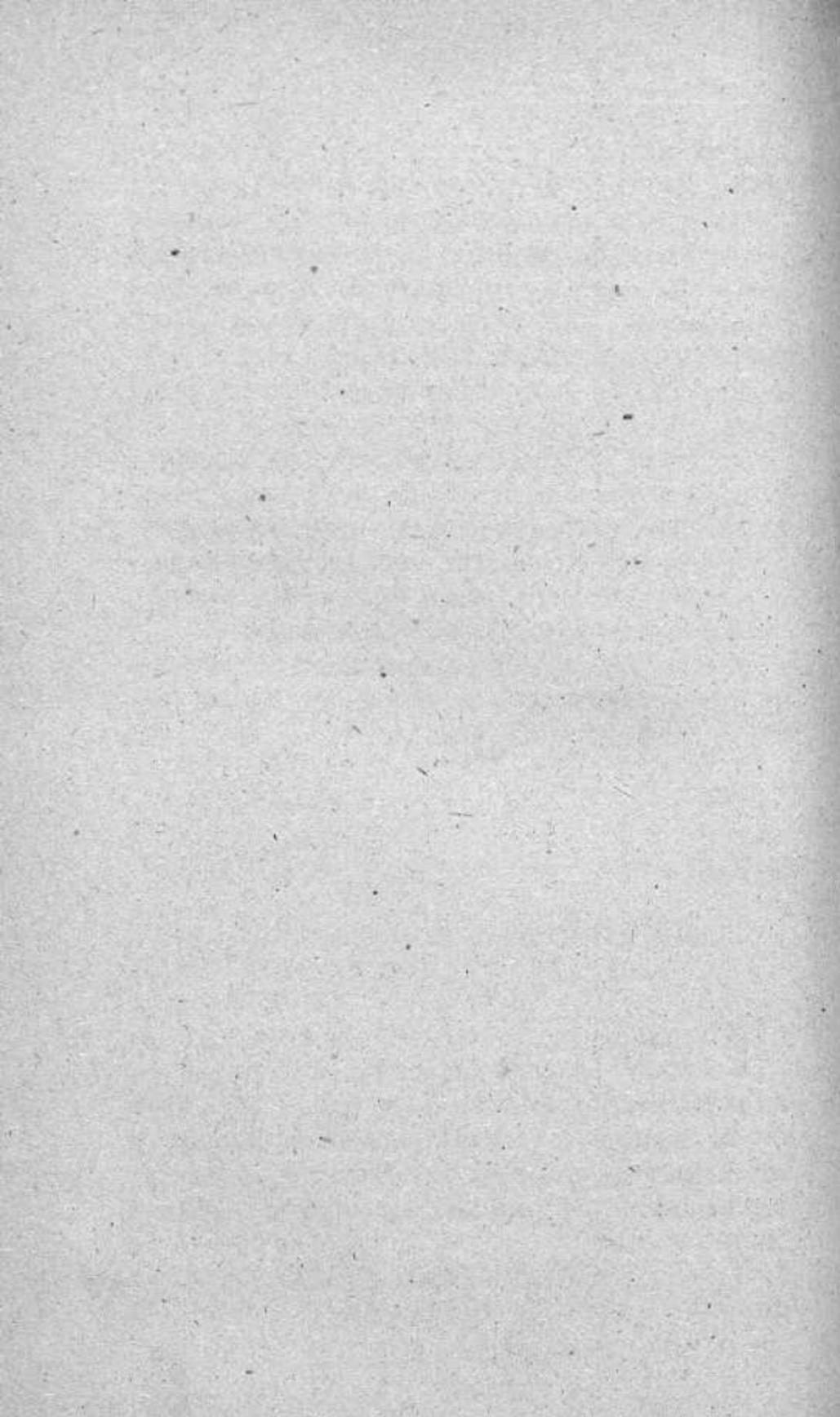
Conocedor, como ninguno, de las miserias y flaquezas del corazón de cada hombre; con completo acierto y paternal cariño á todos los casos adapta sus consejos y preceptos, según las necesidades legítimas de cada cual.

El más social de todos los gobiernos, es el suyo...

Destruye el odio, la arbitrariedad, la confusión, el error y la tiranía de la fuerza y reemplaza éstas funestas pasiones con las magnas virtudes, razón, justicia, verdad y confianza.

La paz duradera es su fin en este mundo, la dicha eterna su fin en la otra vida.

¿Quién será el demente, el mentecato y ciego que no vaya en pos de tal rey, de tal padre y tal hermano?



LIBRO CUARTO

|| EUREKA ||

«¡Qué ceguedad tan grande la
»mia!... ¿A dónde pensaba, Señor
»mio, hallar remedio sino en Vos?...
»¡Qué disparate huir de la luz pa-
»ra andar siempre tropezando!...
»¡Qué soberbia apartarme de estar
»arrimado á la columna y báculo
»que me ha de sustentar para no
»dar grandes caídas!...»

(Santa Tereza.—Su vida—19).

1

El exámen de conciencia

TAMBIÉN gran parte de la noche del sábado la pasé en vela, evocando el recuerdo de mi azarosa vida, y trayendo al altar de la memoria aquellas tiernas emociones de mi primera comunión, que tantas veces, sin resultado alguno, habíame recordado mi cristiana esposa.

Seca la boca, anheloso el aliento y golpeándome las sienes, no pude conseguir, en mucho

tiempo, que el manto del sueño sobre mis pupilas enjutas se tendiese...

En la mesa los codos apoyados y la frente oprimida entre las manos, vagar dejé el pensamiento enardecido por el oceano azaroso de mi vida.

Alejarme quería de mí mismo, como viajero eterno que de la propia sombra huye, y, sin embargo, cada vez con mayor complacencia obedecía á los requerimientos imperativos del deber, que obligábanme tenaces á rasgar el denso velo de todo mi pasado.

El marfilino crucifijo—del cual no se apartaban mis suplicantes ojos—me animaba á poner en orden mi conturbado espíritu... Y dotaba de alas á mi memoria perezosa para que sobre todo lo acaecido se cerniera... Y fuerzas y energías prestaba á mi rudo entendimiento para que dejara de extraviarse en el confuso laberinto de la imaginación calenturienta.

Oyendo de rodillas y en mis labios poniendo todo mi sér, con el alma y el corazón clamé:

—¡Oh tú, cuyo retrato miro!... ¡Tú que viniste al mundo para vivir con nosotros, y dejarnos para ayudarnos á vivir el ejemplo de tus heroicas virtudes!...

¡Tú mi Dios!... ¡Fuerza Omnipotente y Creadora que á tu voz hiciste surgir los mundos de la nada, haz que en mi memoria surja abundoso el recuerdo fiel de mis ingratitudes hacia tí, para que ellas me aterren y confesarlas pueda y perdonadas por tu bondad me sean!...

Como en un límpido espejo, los ojos de mi alma vieron todo lo ruín que había sido por abandonarme hasta la hora presente á mi natural inclinación.

Entonces, espantado, pude apreciar la gran liberalidad y misericordia que el Creador tuvo hacia mí.

Tomé declaración formal y seria á mi conciencia; pues quería aquilatar honradamente todo aquello sobre lo cual la ley de Dios y la autoridad sagrada de su Iglesia me habían puesto legítima y rigurosa veda.

Propúseme, arrepentido, ejercitar mi pecho en actos de contrición de mis pecados; conté mis ingratitudes y omisiones tocante al servicio y cumplimiento de la ley divina y quedé hondamente aterrado ante lo inmenso de su número...

No tuve otro remedio sino rendirme avergonzado y confuso al considerar la infinita distancia que existía entre la manera que tuve yo de obrar con mi Generoso Redentor y la que la Soberana Bondad tuvo con esta su redimida é ingrata criatura...

Tan villano como el gastoso mercader, que sólo al practicar el balance de sus tratos es cuando advierte que todo lo que le prestaron ha perdido, así se halló mi atribulado corazón al hacer el examen ó balance de mi vida...

En el libro de mi conciencia el activo no existía; todo era pasivo...

Mi quiebra era inevitable y conocidamente fraudulenta; todo mi capital y el capital ajeno lo había malgastado en satisfacer mis groseros y personales apetitos...

¡Ay de mí!... ¡En qué innúmeras é indecibles profanaciones!... ¡En cuántos egoísmos!... ¡En qué protervas malicias!... ¡En qué cantidad de pasiones y pecados! ¡En cuán cobardes desmayos y tristes eclipses y continuos descontentos el pobre pecador pasa la vida!... ¡En qué incontables industrias y tráfigas arteras y cautelosos engaños los hombres empleamos de continuo nuestra razón, nuestros talentos, nuestra naturaleza y nuestro tiempo!...

¡Qué de malos pensamientos!... ¡Qué de peores obras!... ¡Qué de lúgubres presentimientos!... ¡Qué de ambiciones!... ¡Qué de envidias!... ¡Qué multitud de errores!... ¡Qué de letales y de espesas sombras!... ¡Qué de ruinas, en fin, en las ideas del espíritu y en las acciones de la voluntad!...

¿Cómo han de hallarse así serenidad en los juicios, rectitud en los corazones y paz en las conciencias?...

¡Siempre descaminado marcha el hombre, como si lo pasado no le sirviera de lección, ni de vida lo presente, ni de esperanza lo futuro!...

¡Malhadadas farsa y perdición las de quienes, vuelta la espalda á Dios y al temor de su Justicia, caminan enajenados á bandera desplegada por senderos opuestos á su último fin, y qué torpemente vendidos y comprados son al muy bajo precio de quiméricos y miserables goces del momento!...

¡Qué barata, qué ruín, qué loca y pródigamente solemos enajenar nuestra noble y honrosa libertad!...

II

La confesión

Al amanecer del domingo, á esa hora inefable y misteriosa que al espíritu inspira mayor recogimiento y más dulce confianza, bajé al solitario y silencioso templo.

La trasnochadora niebla del incienso, que la tarde anterior habíase elevado á las altas y amplias naves de la iglesia, rasgábase por instantes, y sus fragmentos parecían leves y madrugadores ángeles volando complacidos por las esféricas penumbras de aquel santo recinto.

¡Cuánto hubo cambiado mi corazón en las cuatro jornadas de ejercicios!

¡Qué bien se había hecho á las prácticas piadosas de esos pocos, pero sabrosos días!...

Ya la veneranda majestad del templo no me abrumaba ni me ahogaba, pero si me humillaba y en mi espíritu infundía una abstracta emoción de profundísimo respeto y de muy grato aquietamiento.

Muchos pecados tenía que confesar... Pero ¡ay! ¡cuántos se habrían debilitado ya en mi memoria frágil, y cuántos más, por la acción del tiempo, no se habrían también borrado, por mi mal, en el viejo pergamino de mi conciencia acusadora!...

Creí vacilar; pero pensé de nuevo en lo que afirmádome había el Padre N, tocante á la ge-

nerosidad y grandeza de Cristo Redentor, y con tal pensamiento confortándose mi pecho, me levanté resuelto y confiado á dolerme y acusarme de lo sabido y lo olvidado...

Henchido de esperanza y con lento paso, me encaminé al tribunal secreto, por el mismo Dios establecido acá en la tierra no tanto para que en él se ejercitaran los rigores de la Justicia Soberana, como para animar á los penitentes arrepentidos y contritos á que eleven á lo alto la mirada y para hacer sentir á las almas compunjidas las ternezas de la infinita caridad y las blanduras de la paternal misericordia.

*
* *

Hincado de rodillas ante el Padre N... vacié mi corazón...

Todos mis pecados—que eran muchos—sin ocultar ninguno por vergüenza ó por malicia, los confesé al joven sacerdote, como si al mismo Dios lo hiciera...

—¡Basta!...—me dijo el Padre N—¡tranquílcese usted!...

Ya está usted en gracia... Ya con ella, más que con saber y maña, y deseando de buena voluntad hacer las paces con Cristo Nuestro Señor, yo en su augusto nombre le prometo, que El mantendrá á usted peremne ese sincero arrepentimiento que ahora tiene de las ofensas que le ha hecho.

Tranquílcese, repito, y á resolverse como hombre de honor y de palabra, á no retroce-

der. Dos cosas hacen la dignidad de carácter y la santidad de la inteligencia:—dice Lamartine—la fidelidad á los compromisos adquiridos, y la sinceridad de las convicciones obtenidas.

Acuérdese, con frecuencia, de lo bien que fue acogido por su padre el hijo pródigo.

Dice San Agustín que Dios da confianza para dirigirnos á El sin dudas ni temores y para preguntarle y consultarle lo que hemos de hacer.

Y Santa Teresa de Jesús, el querubín iluminado en celestial sabiduría, lo confirma en la Morada VI: *Dios no imposibilita á ninguno para comprar sus riquezas; con que dé cada cual lo que tuviere se contenta.*

Y en su vida (capítulo VIII) la misma Santa asegura: *En arrepintiéndonos de veras y determinándose el alma á no ofender á Dios, éste se torna y hace las mercedes que antes hacía, y á veces muchas más, si el arrepentimiento lo merece.*

Con que ahora á seguir el camino emprendido, sin cansarse por creerle largo ni desesperar por estimarlo áspero; pues también recordará que al hijo pródigo más fácil y suave se le hacía el regreso á la casa paterna cuanto más lo andaba.

Ya verá usted cómo cuanto más se aproxime á Dios, más y mejor se le conoce, y cómo cuánto más le conoce más le ama.

En la próxima misa de las siete puede comulgar; ahora á prepararse bien para ello, considerando atentamente que á recibir va el mayor de los favores de esta vida: el supremo honor de hospedar en su cuerpo á los sacratí-

simos cuerpo y alma de Cristo Nuestro Señor.

*
* *

¡Qué tranquilidad tan excelente y grande!
¡Cuánto el corazón se ensancha después de la declaración voluntaria y completa de todas nuestras culpas!...

¡Cuán totalmente se conmueve y deleita el alma arrepentida al proclamarse culpable á la faz del cielo y de la tierra, demandando clemencia, misericordia y perdón!...

—*¡Padre, he pecado contra Dios y contra tí!*
—exclamaba arrepentido el hijo pródigo.—
¡Padre!—dijo á su vez mi alma dolorida—ante el representado de tu Majestad Omnipotente he reconocido y confesado todas mis ingratitudes hacia tí, y tu ministro me las ha perdonado...

Ahora sólo me resta, Padre Generoso, pedirte humildemente ratifiques ese perdón, para que en tu casa me recibas como el último y menos digno de tus siervos!...

¡Oh benignísimo y dulcísimo Jesús!... ¡Cuánto amor y cuánta dignación mostrais á los que tenemos el imponderable privilegio de pertenecer á vuestra Santa Iglesia!... ¡Qué de alabanzas, qué de gratitud, qué de gracias os debemos los cristianos!...

III

La Comunión

En unión de otros penitentes, enajenado, fervoroso y tranquilo á la par que hambriento, me acerqué pausada y devotamente al general comulgatorio.

A ese convite celestial, donde iba á servirme el manjar de los manjares; el delicioso Pan de Angeles; ese Pan Vivo, en el cual vive real y verdaderamente Cristo Redentor, con el mismo cuerpo, la misma sangre y la misma alma unida á la divinidad, con que fue crucificado en un vil leño para redimir á la humanidad y para volverla á la amistad con Dios.

Jesucristo, el Soberano Autor de la gracia, que un día vino al mundo á dar vida, y vida abundante á sus corderos, ha bajado del cielo nuevamente para comunicarme á mí, cordero descarriado por algún tiempo de su gran rebaño, vida espiritual y aliento sobrehumano, entregándoseme en la Sagrada Eucaristía...

¡Recíbele corazón!... ¡Recíbele con entrañable amor, que viene á enriquecerte con el tesoro mayor de los tesoros, y á colmarte de celestes gracias para que quede en tí, peremne é imborrable, el sacrificio que en el Calvario ofrendó á su Padre por los humanos todos, y constituirse desde allí en garantía y prenda de la gloria que el Eterno tiene prometida á quienes sean fieles á sus leyes.

Igual que el confiado israelita, perdido en

el desierto, halló de pronto el maná bendito, que, al saciar su hambre, le dió fuerzas para llegar á la tierra de promisión y dicha, así el pecador va, ya con los pecados perdonados, á la Sagrada Mesa á saciar el hambre de gracia que su pecho siente, y allí encuentra los bríos necesarios para, si quiere, no pecar más en la corta vida del tiempo, y la dicha vislumbrar de la vida eterna.

¡Bendito Redentor que á todos nos convidas, que á todos nos igualas, que á todos nos hermanas y, sin distinción ninguna, á todos te nos sirves por igual en tu sabrosísimo convite...

Sí: solo en la mesa amparadora del Redentor del mundo, lo mismo que en el nacer y en el morir, todos somos iguales, indefectiblemente iguales.

En la mesa de Dios no existen primeros ni segundos; no hay distinciones ni privilegios en aquel banquete, que preside el Padre desde el cielo, y en el cual se sirve la carne y sangre del Hijo Encarnado, que á todos nos nutren, según nuestra individual necesidad, con el bálsamo renovador de nuestra respectiva vida; con la libertad interior que cada cual ansía; con el sedante prodigioso de nuestras pasiones individuales; con el legítimo señorío, en fin, del alma imperecedera sobre el letal cuerpo...

¡Solo á un Dios único, omnipotente y generoso le es dado producir tales prodigios!...

El sacerdote se volvió hacia nosotros con el celestial Manjar en las manos; la Hostia de salvación levantó en alto, y nos dijo á los comulgantes:

¡He aquí el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo!

Acto seguido, cual si leyera como en un libro en el corazón contrito del pueblo, repitió, por tres veces, aquellas humildes y fervorosas palabras del Centurión:

Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada; mas di una sola palabra y quedará sana mi alma.

Luego, haciendo una cruz en el espacio con la sagrada Forma y diciendo á cada uno de los comulgantes: *Córpus Domini nostri Jesu-Christi custodiat ánimam tuam in vitan aeternam, Amén*, depositó en nuestra lengua la Sagrada Forma...

El alma encendida; abrasada; hecha lava por el fuego santo de la Sagrada Comunión se desparrama por la inmensa magnitud del beneficio recibido, como cascada sobre inmenso valle, y nos inunda de felicidad y confianza...

Ya no brinca impaciente el corazón, sino que desfallece y desmaya porque apenas puede resistir el deliquio de amor y de ventura en que se anega.

Ya la dulcísima y evidente realidad le aquieta, y todos sus senos muy amplia y excelsa gratitud invade...

Momento deleitosamente sublime, en el que tan íntima y sentida es la unión que tiene con su adorado Redentor, que ya no aspira,

ni puede aspirar á más; ya ni aún necesita de la fe para creer en la positiva y real presencia de Cristo en su interior, porque lo siente dentro de sí, y totalmente persuadido de ello, le obliga á exclamar, resuelta y espontáneamente con San Ignacio de Loyola:

¡Alma de Cristo, santifícame!...
 ¡Cuerpo de Cristo, sálvame!...
 ¡Sangre de Cristo, embriágame!...
 ¡Agua del costado de Cristo, purifícame!...
 ¡Pasión de Cristo, cónfórtame!...
 ¡Buen Jesús, óyeme!...
 ¡Dentro de tus llagas, escóndeme!...
 ¡No permitas que de tí me aparte!...
 ¡Del maligno enemigo, defiéndeme!...
 ¡A la hora de mi muerte, llámame!...
 ¡Y mándame ir á tí!...
 ¡Para que con tus santos te alabe!...
 ¡Por todos los siglos!... ¡Amén!

*
 * *

¿Qué es esto? ¡Señor! ¿Qué es esto?...

¡Tú!... ¡La gran Majestad Creadora á quien tanto y tantas veces ofendí te escondes, humildemente, bajo los accidentes del pan y el vino, al noble fin de que mi ruindad no se aterre, ante la bondad con que generosamente acercas á tu mezquina é ingrata criatura!...

¿Qué más? ¡Señor! ¿Qué más?... ¡Si no solamente te acercas á mí, para clemente perdonarme, sino que todo entero entras dentro de mí para que mi alma en tí se funda y de tu divinidad disfrute!...

¡Cuánta razón tenía el Padre N., cuando

emocionado me enseñaba aquella sublime frase de la gran heroína del amor divino!:

¡Ay! el momento que sigue á la comunión es el tiempo más precioso de la vida.

El alma en aquel momento de su propia hermosura enamorada, solo se satisface contemplando su vasto y claro fondo, que tan brillante encuentra, merced al Sol de la verdad que lo ilumina, que, deslumbrada por su mágica belleza, al cuerpo y á los sentidos abandona cual si ya estuviera gozando de la visión divina...

III

Vuelos del espíritu

Aún me parece estar oyendo lo que aquel domingo, al desayunarnos juntos, me recordó bondadoso el Padre N...

—Ya sabe usted—me dijo—que tenemos convenido dar hoy asueto á los espíritus... Dejémosles, pues, volar por donde quieran... Hermanos, como ya son, seguro estoy de que por doquier uno y otro se dirijan presto se encontrarán sin proponérselo.

—Con muy débiles alas cuenta el mío—respondíle yo—y mucho me temo que flojos, cortos y rastreros sus pobrecitos vuelos van á ser.

—No lo creo yo así ni mucho menos; pero, si tal aconteciese, de águila madre haría el mío, porque hasta las águilas en este mundo necesitan auxiliarse unas á otras... Reza el Deuteronomio, en su capítulo XXII: *El águi-*

la incita á sus polluelos y revolotea en torno suyo para enseñarlos á volar.

—Sí que me acordaré de usted, pues tan eficaz en estos días me ha sido su dirección que encadenado tras de sí me lleva, sin poderme resistir, y hasta confieso que mi espíritu, aún antes de comenzar el vuelo, se siente atraído por el suyo.

—Bríos y voluntad tiene su espíritu para subir, y subirá.

—Gracias, Padre, por la favorable opinión en que me tiene, y que sólo deber creo á su bondad.

—Ya me ha conocido usted bastante y habrá comprendido, ciertamente, que, cuanto hablo, entera sinceridad lo dicta. Ahora á pasear un rato; á cumplir durante el día las habituales prácticas piadosas; y á dar suelta al espíritu hasta mañana, temprano, que continuarán los ejercicios.

*
* *

Solo Dios y yo sabemos—y poco seguramente al lector importa—el móvil que me ha guiado á escribir estas memorias, treinta y cinco años después de mi excursión á la ciudad de X.

Pero aunque no hubiera tal móvil existido, tengo para ello dos poderosísimas razones: una de gratitud y otra de duelo.

La primera, agradecido al bien que á mi Dios debo por haberme sacado de las marañosas redes en que *ayer* prendido estaba.

Y mi duelo á su vez consiste en la indignación y lástima que me producen—como á otros ayer inspiraría yo—esos *espíritus fuertes* del día y esos *malaventurados* intelectuales modernistas.

¡Oh siglo del progreso y de las luces!... Lo que el hombre de niño ya conoce y saborea, luego, en hombre orgulloso convertido, lo ignora ó lo olvida por vanidad y por descuido.

¡Dios y sus obras son solamente la verdad; y la verdad, que á los humildes busca é ilumina, á los soberbios ciega y abandona...

*
* *

¡Rompe, alma mía!... ¡Rompe, siquiera por breve rato, el lazo premioso que al cuerpo y los sentidos te encadena!...

¡No más metida estés, como durmiente, en la tenebrosa servidumbre de la mortal materia!

¡Tu vida, hasta aquí, sólo de vanidad ha sido!

¡Vida de vulgaridades y quimeras!... ¡Vida, en fin, de humo!... ¡Pero no cejes por eso, que también el humo tiene la tendencia de remontarse al cielo y por eso en espirales se levanta y de la tierra huye!...

¡Sacude, pues, la pesada coyunda del respeto humano y sube... sube sin vacilar!...

¡Mira que honra no es lo que presto acaba, ni honrado puede ser quien por el *que dirán* contenta al mundo y por respeto humano descontenta á Dios!

Ya te lo dijo la virgen del Carmelo por los labios autorizados del Reverendo Padre N...:

La honra de Cristo no se perdió por ser humillado hasta la muerte, sino que para todos la ganó.

¡Si digno quieres ser de la honra por Cristo ganada para tí, inclina humillado la cerviz, y por más que el rubor socabe, con razón, las ya hondas arrugas de tu frente, reconoce y confiesa un pecado que como cristiano te sonroja; que á tu ruín pensar solo es debido; y que ya no puede ni debe cobijarse, por más tiempo, en el obscuro rincón de tu conciencia!!...

*
* *

¡Yo dí lugar á que veloces como el rayo y como el rayo también asoladores, pasaran, acertando mi existencia cuarenta y dos preciados años, los más aprovechables de mi vida, sin acordarme de enviar ni una sonrisa de gratitud y de ternura á la santa religión en que nací!...

¡Yo, por demás ingrato, pagué con glacial indiferencia el privilegio inestimable y los cuantiosos beneficios que en la pila bautismal se me otorgaron!...

¡Yo todo lo ignoraba en materia de religión; y, sin embargo, de bien educado y hasta de culto presumía!...

¡Yo nunca me cuidé de conocer á fondo, para apreciarlos siquiera fuese vagamente, los sublimes prodigios y misterios que se encierran en el magno Sacrificio del Altar!...

¡Yo en la Santa Misa no veía—gran rubor me cuesta confesarlo—sino una fórmula externa de piedad, una ceremonia convencional; algo así como una devoción popular; cierta exterioridad, propia para entretener niños y mujeres, pero que apenas interesar podía á mi espíritu varonil, ocupado, según yo, en otras más graves atenciones.

En sus designios inescrutables y benignos, mi Dios Generoso quiso que al fin luciera un día en el que para mí llegase el sábado magno de mi feliz resurrección y que, en pos de aquel sábado, viniera mi inolvidable, mi venturoso domingo de gloria...

¡Domingo prodigioso, que jamás se borrará de mi memoria, en el cual dispuso Dios que yo aspirara los perfumes de ese delicado y florido ramillete de grandezas que se llama Misa, y en cuyas fragancias deleitosas mi alma, para siempre, se embriagó!...

¡Día sin igual, en el que mis ojos (hasta entonces ciegos) acertaron á penetrar el fondo de los magnos misterios que tan sublime sacrificio encierra y que constituyen la savia, la raíz, el fundamento de las sólidas creencias de mis padres y las cuales yo—¡miserable de mí!—sólo por hábito y costumbre, no sería y convincentemente, llamaba también mías.

¿Qué pasó aquel día por mi alma á la cual yo juzgaba enmohecida por la pereza y por los años para que, de repente, todas sus obscuridades y lobregueces en materia tan transcendental se la aclararan?...

En coro universal y perpétuo, gallardamente armónico y al unísono cantado grave, graciosa y maravillosamente por los hombres, los ángeles, la creación toda, y hasta el mismo Dios, proclámase en la Misa la redención y el triunfo del humano sér, quien hasta entonces gemía desterrado en enemistad con su Hacedor.

La poesía, la abnegación, el sacrificio, la ternura, la fe, la esperanza y el amor, disputanse la honra de colocar en las sienes del hombre caído la diadema de la paz y la ventura, y de poner en el dedo de su diestra mano el anillo de oro que, á la faz de las otras criaturas, le acredita como hijo predilecto del Hacedor y Señor de todo lo creado.

La sangre efficacísima de Cristo, de origen divino y de substancia humana, se derramó solamente una vez en Jerusalén; pero su efecto salvador y magno se desparramó y continúa derramándose, como torrente desbordado, por todo el Universo.

En todos los confines de la creación visible y de la invisible, escrito dejó, y por siempre escrito queda, que tal ejecución sería la postrer ofrenda cruenta que el hombre haría á su Padre, nuestro adorable Creador.

Que, merced al infinito precio de la Generosa Víctima, Dios recobraba la gloria que los errores del mundo hubieran pretendido mermarle.

Para que este soberano sacrificio resultara único, postrero, permanente y para todos los hombres visible y eficaz, como lo fue el cruento y visible del Calvario, se repite diariamen-

te en todas las partes del globo, manteniéndose de este modo inacabable ante el sol, que es rey iluminador del mundo y á cuyo calor vivificante debe la humanidad su renovación continua.

Y, para que la humanidad toda pudiera participar de la redentora eficacia de la Sacratísima Víctima, divina á la par que humana, en todas las Misas se ofrece é inmola de modo incruento, pero real y perpetuamente, con su propia alma, su propio cuerpo, su propia sangre y su propia divinidad.

*
* *

Al sentirse mi alma influida por la real presencia de Dios, orgullosa de sí misma, aún más remontó su vuelo y extasiada se deshizo en estas exclamaciones:

«La compunción franca y sincera que me invade y que trae á mi memoria las culpas pasadas y los añejos yerros... y que tenazmente me induce á pedir misericordia y perdón por todos ellos, ¿quién provocarla puede sino la presencia real de Jesucristo?...»

«Esta gratitud inesperada, que súbita prendió en mi pecho y que acusa evidentemente los dones supremos que sin pedir recibo, ¿de dónde han de venir si de Dios Jesucristo no provienen?»

«Esta humildad provechosísima, que tanto conmigo me enemista y de mí mismo me desvía; y esta esperanza bienhechora que temple mi aflicción y mi anhelo aquieta y tanto me vigoriza y me consuela; y esta luz vivísima,

que bravamente ilumina y hermosea mi rudo y ciego entendimiento; y esta paz amplia y serena que invade y apacigua mi conciencia; y este temor gratísimo que á mi pecho viene mezclado de dulce respeto y de agradable confianza, ¿qué son?... ¿qué significan?... ¿de dónde vienen, si afectos no fueran celestiales; si la gracia divina no acusaran, y si no denunciasen un sobrenatural origen?...»

Pues todos aquestos sentimientos sublimados, unidos, confundidos y agrupados con armonía, orden y precisión que pasman, agolpáronse súbitamente en mi espantado espíritu, al saborear el perpétuo y esplendoroso sacrificio, en el cual se inmola Jesucristo Redentor con el mismo cuerpo que se formó en María y la misma sangre que se vertió en la Cruz.

*
* *

¡Ah!... Todas las veces que á partir de entonces asisto al sacrificio de la Misa, algo de nuevo halla mi alma y siempre más embriagador y dulce que lo hallado y gustado en el día anterior...

El pecho cada vez se enciende más en fuego y en gratitud avasallantes, que hacen crecer y avivar en él las deleitosas llamas del amor de Dios...

¡Cuánto viajó y voló, y sufrió, y gozó, y aterrado se detuvo mi infatigable espíritu en tan corto espacio de tiempo!...

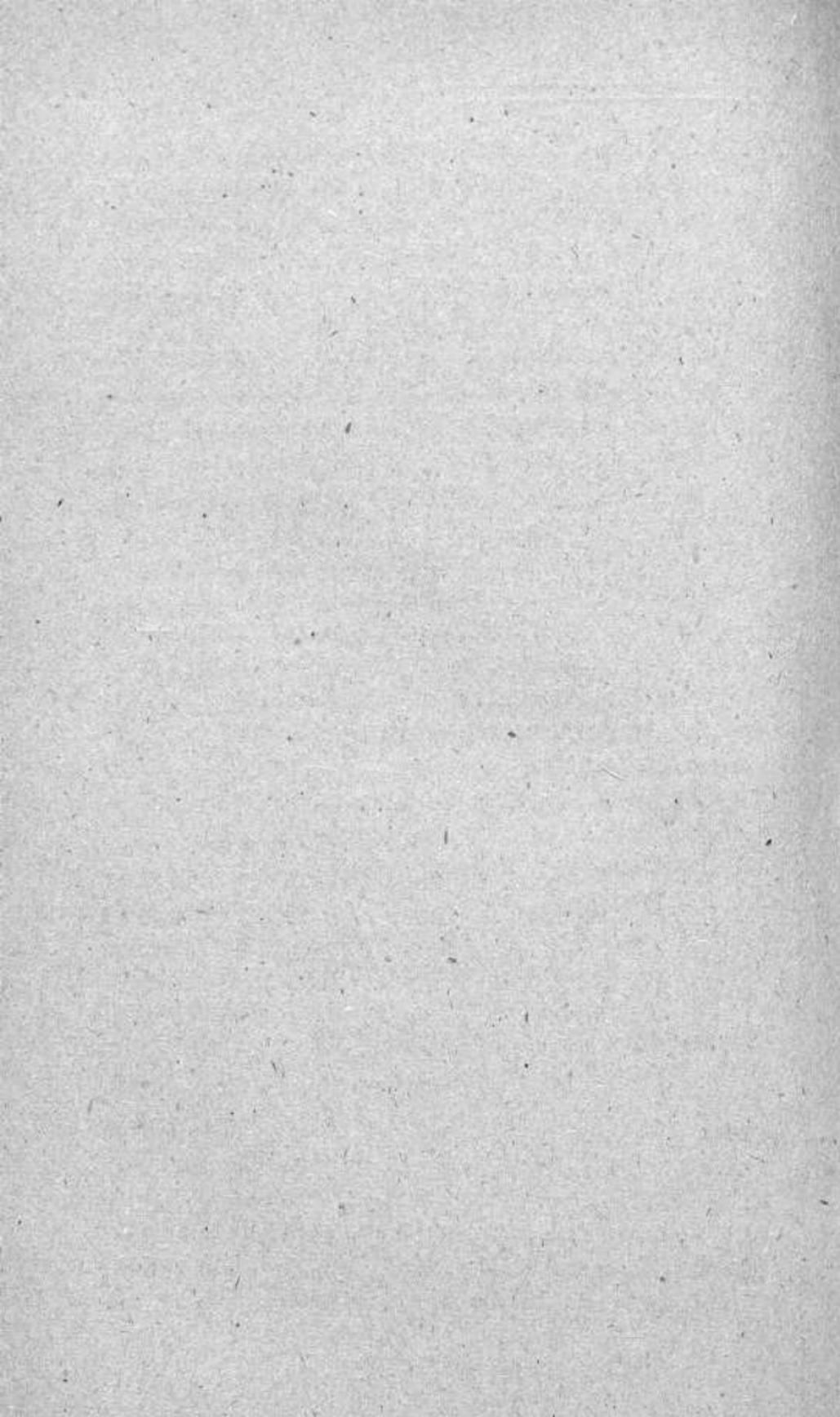
¡Ora la horrenda calle de la Amargura re-

corría, preso de cruel remordimiento, al ver á la inocente víctima imponderablemente agoviada bajo el peso de tantos pecados—más numerosos que las arenas del desierto—de cada uno de los hombres y los de todos los hombres juntos!...

¡Ora en la meseta del Calvario contemplaba al Rey de reyes, dador de cuanto el hombre tiene, despojado de sus vestiduras para desnudo ser expuesto, en la infamante cruz del esclavo, á la vergüenza y escarnio de los ingratos siervos!...

¡Ora se trasladaba á la cima del Gólgota y allí observaba horrorizado cómo los verdugos—que más que hombres parecían fieras—alzaban en alto un tosco y fatal madero, en el cual estaba clavado el Hombre-Dios, quien moría generoso por redimir del castigo merecido á los hombres todos!...

¡Ora la fe bendita le llevaba al Paraiso celestial, donde se complaciese en la visión deslumbradora del blanco y purísimo cordero sin manchilla rodeado de justos, de ángeles y santos, presidiendo la fiesta peremne de la mansión eterna y de la eterna dicha cada uno y llamando por su nombre, y hasta sirviendo á sus mismos asesinos, arrepentidos, el prodigioso manjar de las venturas!...



LIBRO QUINTO

¡SI QUE ERA VERDAD!

«Quien conoce más la grandeza de Dios, tiénese por más miserable; y quien ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura los del mundo; váse poco á poco apartando de ellos y es más dueño de sí para hacerlo».

Santa Teresa.—Morada IV—3.

I

Día quinto de ejercicios

A la hora acostumbrada entró en mi celda el Padre N...

—¿Cómo pasó el día de ayer? ¿Está usted satisfecho?—fueron las dos preguntas que me hizo.

—¡Ah, Reverendo Padre—contesté—; no es capaz mi torpe lengua de expresar lo que ayer pasó por mi alma!... ¿Que si estoy satisfecho?... Tales fueron los frutos de bendición que gus-

té, tan luego como Cristo Sacramentado se hospedó en mi pecho, y tales los vuelos dados por mi espíritu animoso, que ahora, al volver de nuevo á mí, por muy ruines y mezquinos tengo los más ansiados y preciados bienes que avaricioso perseguí hasta aquí.

—Lo mismo proclamó San Agustín en su libro de los Soliloquios: *¡Qué admirable y necesaria es la luz divina!... ¡Donde me hallo sin mi Dios, me sucede mal, no sólo en las cosas exteriores, sino en las interiores, porque pobre es la abundancia de cualquier bien que no seais Vos!...*

—¿Podré comulgar también hoy?

—Hoy y todos los días, si usted quiere, porque seguro estoy de que antes examinará muy bien todo cuanto á su pensamiento se le ofrezca, conforme á la razón iluminada por la fe y en conformidad, igualmente, con las obligaciones y compromisos que usted tiene.

—¡Sí que lo haré así!...

—Entonces suspenderemos la meditación de ahora y en los días sucesivos también comenzaremos por la de las nueve, á fin de que usted se prepare con más tiempo para la comunión diaria y para que tenga más lugar de dar gracias por ella.

—Hasta luego, pues...

*
* *

A las nueve de la mañana volvió el Padre N... y comenzamos la décimasexta meditación: *La encarnación del Hijo de Dios.*

A tal grado de decadencia moral había llegado la humanidad en toda la redondez de la

tierra, que Dios, condolido de los hombres, no quiso esperar más.

La soberbia, y con ella todos los vicios, habían invadido por completo á las gentes de todas las razas, de todos los pueblos y de todos los estados y condiciones.

Turbado habíanse los entendimientos humanos hasta el extremo de dejarlos totalmente incapaces para poder ir en pos de la verdad, y, por lo tanto, rota había quedado por entero la unidad de las humanas voluntades para reconocer y honrar á un solo Dios.

Cada hombre de por sí entendía á su manera la verdad y, como consecuencia, cada cual honraba y daba culto al ídolo que más favoreciese á sus vicios y pasiones, hasta que el Dios verdadero—Uno y Trino—dispuso que cesara este desorden.

Llegado el momento, por el Soberano Señor determinado, la Santísima Trinidad pronunció este ansiado decreto:

Hagamos la redención del género humano, y para ello, Yo que soy Dios Eterno é Infinito, voy á tomar la vestidura de hombre mortal y sensible.

Yo Oreador y dueño de todas las cosas, tomaré, para vencer á la inconcebible soberbia de esta pobre y desdichada criatura, el camino de la humildad.

Quiero que sólo la humildad sea la base de la redención del hombre caído: porque es Mi voluntad que esta virtud constituya, en el ser humano, el fundamento de las demás virtudes, para lo cual *Yo Mismo* me propongo ser ejemplo vivo que sirva de modelo á los demás...

Esto resuelto por el Supremo Creador, llamó á un ángel, morador del cielo, y le ordenó que bajase á la tierra y el ángel obedeció.

Le encargó que comunicara su augusto decreto á una mujer, hermana nuestra, esposa de un modesto artesano, de nombre José y el ángel cumplió inmediatamente el soberano encargo diciendo á la virginal María:

—*¡Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito será el fruto que de tu seno nacerá!*

¡Sí! — quiere decirle el ángel en aquellas palabras por el Altísimo dictadas:— ¡Tú eres la hija predilecta del Creador; la preferida por su Omnipotente mano; la más hermosa, noble y casta de las criaturas del cielo y de la tierra.

Llena de gracia eres, porque el Hacedor de todas las criaturas ha preparado tu alma con exuberante plenitud de gracia y quiere su Majestad Altísima, que, con igual naturalidad que hizo la flor para que al fruto precediera y dió á la concha un interior de nácar, para que dignamente á la perla contuviera, sea colocada en tus entrañas virginales ¡oh inmaculada María! la virtud milagrosa de que en ellas se forme Jesús, Verbo de Dios, para que de ese modo el Hijo del hombre tenga en el tiempo participación de la natura humana, á la par que, ab eterno, la naturaleza divina ya tenía:

María no se envanece ante aquel honor tan excelso ni ante el elogio de sus propios méritos... Baja la frente sonrojada y exclama con humildad: *Aquí está la esclava del Señor; hágase según su voluntad.*

Y la persona del Verbo, que es como Dios Omnipotente, se humilla también; deja, por un momento, su excelso trono y su omnímodo poder é igualmente obedece: *Sè, Padre, que no son de tu agrado, que no te satisfacen los pobres y mezquinos sacrificios que te ofrendan los hombres... Pues bien; aquí estoy yo dispuesto á humanarme, si te place, para darme á Tí por ellos.*

Y el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad Beatísima, también es Dios, y, sin embargo, igualmente obedece y se presta á formar parte de la pasible humanidad de Cristo en las purísimas entrañas de María, uniendo á ese cuerpo de carne y hueso, de igual naturaleza que la nuestra, y con el fin de darle vida mortal, una alma inmortal como es la nuestra.

Este fue el modo de realizarse el sublime, el espantable y maravilloso misterio de la encarnación del Hijo de Dios; de Dios mismo.

DÉCIMA SÉPTIMA MEDITACIÓN

Nacimiento y adoración de Cristo

Jesús no quiso nacer ni en las comodidades de su casa ni entre sus parientes, deudos y amigos.

Quiso que todo le faltara desde el primer momento; empezó por nacer en extranjero suelo, cual si fuera un errante vagabundo; y su aspiración, como hombre, fue ser siempre desconocido y despreciado á partir del primer instante de su vida mortal y paciente.

¡Qué diferencia de nosotros!

¡Qué distintos son nuestros pensamientos y aspiraciones á las aspiraciones y pensamientos suyos!...

María, una mujer embarazada, casi una niña y José, un hombre ya casi anciano, no se excusan de cumplir el general edicto del César...

Apesar de su gran pobreza, emprenden el penoso viaje desde Nazareth á Jerusalén, pues, obedientes á la autoridad constituída, no vacilan en atravesar valles y en subir y bajar cuevas, sin otra compañía que una pollineja de mala muerte, y eso sólo porque María, muy adelantada en su embarazo, apenas podía caminar á pie; y, por último, una res vacuna, todo su caudal, para pagar el tributo exigido por el gobernador romano.

Llega el augusto matrimonio á la amada patria de sus ascendientes y por persona ninguna es recibido.

Son pobres: no encuentran posada porque el hospedaje costaba por aquel entonces mucho á causa de la afluencia de gentes que, como ellos, iban también á obedecer el edicto del César.

Las posadas de Belén estaban ocupadas por los caminantes ricos; en las casas particulares sólo son admitidos los muy amigos ó parientes muy cercanos.

A los descendientes de David nadie los alberga... nadie los reconoce en su propio pueblo y tienen que cobijarse bajo un establo abandonado, por ruinoso, y del pueblo separado...

¡Oh pertinaz é incomprensible ceguedad la de los hombres de todos los tiempos!...

¡Llegar Dios á su pueblo escogido; llamar á las puertas de las casas; querer entrar en ellas,... ¡y su pueblo no conocerle! ¡y las puertas de las casas no se le abren!... ¡y la gente desde dentro ni siquiera le contesta!...

¡Cuántas veces habrá rondado en torno de nosotros; de nuestras necesitadas almas y las insensatas no le habrán hecho caso!...

*
* *

María y José nada replican ante la ingratitude y falta de caridad de sus paisanos.

De sus benditos labios no sale un reproche ni una queja, sino que complacientes, alegres y resignados, sufren, santa y silenciosamente la indiferencia y el desvío de sus necios compatriotas.

Contentos y satisfechos con su suerte, se acojen á ese establo ruinoso que la suerte les depara y que, también como ellos, se encuentra abandonado de las gentes...

Y en aquel establo; en un mísero pesebre de madera; sobre una cuna de pajas; sin más luz que la de la luna y las estrellas; ni más estufas ni caloríferos que el aliento de la asnila y de la res vacuna, nace el niño Dios... El que viene á inundar de fuego al universo y á colmar de tesoros á los hombres...

*
* *

No bien nace Jesús, cuando ya desea mostrar su celo por las gentes, sin querer aguardar á la muy inmediata luz del día.

Aquella misma noche atrae hacia sí á los hombres, llamándolos y convocándolos sabiamente, según la naturaleza y condición de cada cual.

A los sencillos pastores los avisa valiéndose de un Angel.

¡*No os asustéis!*...— ordena que les diga.

No tengáis confusión; no abriguéis recelo; no sintáis miedo; yo no vengo á anunciaros la llegada de un rey altivo y orgulloso, á quien no podáis vosotros acercaros por causa de vuestra pobreza y humildad.

Vengo á deciros que es un rey, sí; pero humilde y sencillo, como vosotros, y que está aquí cerca y á vosotros os espera en primer término.

A los poderosos y á los sabios los llama por medio de un signo de ciencia que les indique el camino seguro para llegar á Él.

Jesús viene para todos y á todos llama por igual.

No viene solamente para los pobres de fortuna y ciencia, ni solamente para los ricos y los sabios, sino que viene también para los vacilantes, los indiferentes, los tentados y aún los caídos en pecado: porque viene á ser padre, ejemplo, maestro y médico de todos.

Como los ricos, los indiferentes y orgullosos, por tener ocupado su corazón en multitud de necesidades y exigencias, se hallan más lejos de donde nació Jesús, éste, para llamarlos, tiene que valerse de una estrella;

la ciencia de la verdad que es para todas las inteligencias asequible...

Y coloca esa brillante estrella en el amplio firmamento, á fin de que todos la distinguan, por bajos que se encuentren, y los subidos para que cuanto más altos estén, mejor la vean.

Esa es la estrella que guió á los reyes Magos hasta donde se halla Él.

Estrella única, que para todos los hombres resplandece por igual, con el fin de que nadie pueda confundirla con otra alguna.

Que brilla lo mismo de noche que de día; lo mismo en el monte que en el llano; lo mismo en las ciudades que en el campo, para que ningún hombre pueda decir con razón que no la ve.

Solo dejan de verla—y de ellos también ella á su vez se oculta—los ciegos caminantes que desconfían de su eficacia y que yerran porque no quieren el camino recto.

Eso les pasó á reyes Magos, cuando recelosos fueron á consultar al rey Herodes.

Pero, ¡cuán presto vuelve á aparecérseles tan luego como ellos, decididos, tornan al camino derecho y verdadero!

*
* *

A todos llama el niño Jesús, pero á nadie impone—por más que poder y derecho tiene para ello—el yugo inescusable de responder á su provechoso llamamiento.

Quien á la utilidad y á las ventajas con que

su amorosa llamada brinda, prefiere las comodidades y molicias de que disfruta y, por temor á las molestias del camino, no emprende el viaje que es preciso para ver al niño Dios, no eche la culpa á nadie, sino cúlpese á sí mismo cuando sufra los rigores del Dios Omnipotente y Justiciero...

Ni el Angel á los pastores, ni la estrella á los reyes Magos, intimaron orden expresa de ir á ver á Jesús.

Fueron á verle, solamente, los que de buena voluntad lo quisieron, y ellos saben muy bien que volvieron satisfechos y contentos; ó sea: con la paz en la conciencia y en el alma un bienestar inestimable, del cual nunca hasta entonces habían disfrutado.

En la meditación de esta noche consideraremos el preciosísimo *modelo de la familia cristiana*.

DÉCIMOACTAVA MEDITACIÓN

Modelo de la familia cristiana

¿No habría de haber paz, orden y alegría en la Sagrada Familia de Nazareth, si allí todas las personas eran sumisas y obedientes?...

Si se mira atentamente á la casa del vecino, aún á la nuestra propia y á las de nuestros administradores y sirvientes ¿qué observamos?...

En la mayoría de ellas, por no decir en todas, se encuentran cobijados el malestar, la frialdad, el desabrimiento y el enfado.

El hogar de los íntimos amores, que debie-

ra ser conjunto de franqueza, de lealtad y de concordia, en el cual todos los miembros debieran estar atados entre sí por los lazos inquebrantables del cariño y del respeto, se halla frecuentemente frío, árido, receloso, y para todos insoportable...

Si solo las cosas de Dios son garantía positiva y cierta de ese entrañable y santo lazo de amor y de respeto ¿qué ha de suceder cuando tales cosas escasean ó por completo faltan?

Pues sucede lo que forzosamente ha de suceder y que de continuo estamos viendo.

Gentes cobardes que de todo se asustan y en cambio para nada tienen en cuenta el santo temor de Dios.

Matrimonios de conveniencia ó de compromiso, ó de sorpresa, hechos por la mañana y por la tarde rotos.

Padres que más que padres son asesinos de sus propios hijos por el afán necio que tienen de sacarlos de la esfera en que Dios les colocó.

Hijos raquíuticos, enclenques, irrespetuosos y criminales, sin noción apenas de lo que es dignidad, ni honradez, ni nobleza, porque carecen de religión, siendo así que la religión es la única base sólida en que se fundamentan las virtudes.

En la familia de Nazareth ¡qué diferencia!...

La Sagrada Familia vive en dulce paz, en tranquilidad perpetua, honrada por todos y siempre alegre y contenta.

Tanto sosiego y ventura los debe esa dignísima familia á que los miembros que la cons-

tituyen están unidos á Dios en unión constante, con lo cual basta para estar ellos unidos á la honradez é íntimamente unidos entre sí.

Jesús, el Verbo de Dios, que sin dejar la substancia divina hízose hombre, es el primero que obedece en esa ejemplar familia.

Ese hombre sobrenatural, que viene á dar vida á los muertos y vista á los ciegos y á todos paz y nobleza, no se desdeña de servir á unos humildes artesanos y de ser súbdito de ellos.

*
* *

Detúvose el Padre N..., y al separarnos me dijo:

—La primera meditación de mañana será el conocimiento de lo que es *la bandera de Satán*.

II

Sexto día de ejercicios

DÉCIMANONA MEDITACION

La bandera de Lucifer

También Lucifer tiene su plan.

Este consiste en impedir que se cumpla la palabra empeñada por Dios de devolver la felicidad perdida al hombre caído.

El medio de que se vale Lucifer, para realizar su plan, es el mismo que empleó para seducir á Eva.

Así como en forma de serpiente silbó en el oído de la primera mujer el himno seductor de la prevaricación, así reproduce, tenazmente, en el flaco corazón humano el canto embaucador de la tentación, con el malvado fin de que, abusando del noble privilegio del libre albedrío, se hunda también el hombre en el abismo de la eterna perdición donde mora él.

Y murmura en sus oídos de este modo:

No te contentes sólo con el aseo de tu persona, puesto que gozar puedes también, si quieres, del suave deleite y de la plácidez de los sentidos.

El sueño es muy gustoso... El descanso no sólo es necesario para la salud, sino útil en extremo para reponer las fuerzas... ¡La cama blanda es tan sabrosa!.. Por otro lado, la comodidad no hay que negar que es lícita y agradable, y, en cuanto al lujo, sabido es que conviene y hasta que es indispensable en sociedad para el progreso y prosperidad de la sociedad misma...

¡Fíjate bien y te convencerás de que la vanidad, cosa tan natural es entre los hombres como el comer y como el beber!...

Que la adulación es una voz simpática y sonora, que á todos agrada y que allana también las empinadas cuestas...

Y, respecto de la soberbia y del orgullo, baste decirte que, si bien los miras, son los signos más gráficos de la dignidad y la grandeza...

Créeme á mí: lo villano, lo vil, lo degradante y hasta lo contrario á la natura misma, son

las mortificaciones, las penas, el trabajo, la sencillez y la humildad...

¿Mentir?... ¡si eso es lo usual!... ¡si eso es de sabios!... ¡si el mundo es de los farsantes y embusteros!... ¡si aquí pasa por cándido y por necio quien dice la verdad!...

¿Ves tu acaso que los humildes y verídicos prosperen?

En cambio ahí tienes á los desvergonzados, á los altivos, á los déspotas y osados, gozando á sus anchas y alcanzando fácilmente cuanto quieren...

Tú consigues honores, sin pararte en pelillos ni en discutir los medios...

Los honores siempre te darán honor entre tus convecinos, sin que tampoco se paren ellos á inquirir por dónde ni de qué modo semejantes honores te vinieron.

De la adulación y de la calumnia ¿para qué hablar?... eso es moneda corriente oro de ley: y como suenan bien á los oídos pasan por excelentes y con ellas se podrá lastimar á algunos, pero en lo general sirven para comprar fácilmente el aprecio de los más... ¿A quién no le gusta que le adulen y quién oye con desagrado que le digan mal del vecino?...

¡Don Dinero!... ¡Don Dinero!... ¡Poderoso caballero es Don Dinero!...

El rey del mundo es y, por lo tanto, todos los medios para adquirirlo son plausibles y lícitos... por muchos que sean, siempre serán pocos...

Lo que interesa, pues, es tener una fortuna... y tenerla pronto... y cuanto más grande mejor... Con ella riete de cuentos; seguro es-

tás de que has conseguido el fin positivo de la vida.

¿Devolver lo mal adquirido ó lo robado?...

¡Ni por piensol!... A no ser que te veas muy amenazado ú obligado... Eso es cosa de tontos... Mañana te pueden robar á tí, y ya puedes esperar sentado si crees que te lo van á devolver...

Este es el credo que tiene estampado en su bandera Lucifer...

Pero credo y bandera que son de criatura y nada más; porque el ángel fue creado por Dios y luego, por su maldecida rebelión de ángel bueno fue convertido en Lucifer.

Mucho puede, porque Dios al crearle como ángel, mucho poder le dió; pero como criatura que es nunca puede ostentar tanto poder como el Señor que le creó.

De modo que, al fin y al cabo, si obra Lucifer es porque Dios lo consiente; y Dios lo consiente al sólo objeto de probar los méritos de la facultad del libre albedrío de que disfruta el hombre.

Y tampoco puede más que el hombre porque, en definitiva, nuestras facultades, como son exclusivamente nuestras, nos obedecen á nosotros con más naturalidad que á él.

Si alguna vez le obedecen á él es porque nosotros con ligerezas ó malicias voluntarias, damos libertad á esas facultades para que lo hagan.

En la criatura racional, la defensa sólo estriba en una sola cosa: en saber y querer hacer buen uso de la facultad de la razón.

La próxima meditación va á ser la bandera opuesta, ó sea: *La bandera de Cristo Redentor.*

VIGÉSIMA MEDITACIÓN

La bandera de Cristo

Quien no se abraza á mi Cruz, digno no es de estar conmigo.

Y como no es posible servir á dos amos á la vez, quien quiera venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame.

Este es el sabio y conciso lema, escrito en la gloriosa bandera de Jesús.

Con más claridad, con más franqueza y con lealtad más manifiesta es imposible hablar.

Yo que no vine al mundo á variar la Ley sino que sólo vine á cumplirla, no os pido el sacrificio de la libertad con que el Creador generosamente os dotó.

Cristo tiene autoridad para mandar que le sigamos, porque esa autoridad le viene directamente del Creador; porque es Dios; porque unido está á la misma divinidad.

Sin embargo, es tan respetuoso hacia el libre albedrío con que dotó á su criatura, que se limita á invitarla solamente con su ejemplo: *Sed como yo, mansos y humildes de corazón.*

Si os parecen muchas vuestras cruces, no os apuréis: pedidme auxilio á Mí y yo os daré mi gracia, con la cual no desfalleceréis en vuestras fatigas... no sucumbiréis en vuestro cansancio... no caeréis oprimidos hasta morir

bajo el peso de esas cruces, por muy grandes y pesadas que ellas sean ú os parezcan...

A quien por seguirme á Mí, perdiera momentáneamente hacienda, honor y amigos, pídamelos á Mí, que yo de esas pérdidas le compensaré con creces, y no sólo eternamente, sino aquí también...

A quien prescinda de las dañinas exigencias de un cuerpo que acaba pronto, yo le salvaré las grandezas y hermosura de una alma que jamás perece.

Escoja cada cual lo que más le plazca; pero tenga entendido que yo mismo he de juzgarle; yo mismo he de apreciar sus actos; y yo mismo he de sentenciarle y decidir su suerte, el día que deje de pertenecer al mundo de los vivientes.

*
* *

—A las nueve de la noche, para terminar el día de hoy—concluyó diciendo el Padre N.— estudiaremos las tres circunstancias en que se halla el hombre en el preciso periodo de la prueba; á esta meditación la llamaremos: *Tres ejemplos*.

MEDITACIÓN VEINTIUNA

Tres ejemplos

A suponer voy tres hombres, con iguales aficiones á la posesión de mil duros, legítimamente adquiridos; pero que es preciso devolver con igual ineludible obligación que la que tenemos de devolver á Dios la vida que graciosamente nos prestó.

Al primero de tales hombres nadie le apremia para que haga la devolución de esos mil duros.

El, aún cuando ha cogido cierta afición á ese dinero, como honrado y caballero que es, se propone en realidad pagarlo.

«Pero lo devolveré al morir—dice el taimado...—Ya lo dejaré todo bien dispuesto para que mis descendientes no se excusen de hacer la devolución... ó si no yo mismo lo devolveré cuando termine tal negocio.»

—¿No le parecen á usted injustos ó cuando menos problemáticos semejantes deseos de pagar?...

Lucifer, su enemigo, frotándose las manos de placer, no podrá menos de exclamar:

Este ya casi es mio... éste caerá, porque ya cuidaré yo de que vaya perdiendo también el temor á las cosas grandes, como lo perdió á las pequeñas... Precisamente ese es mi plan y pues yo no dispongo de otros medios que los de las indecisiones y sorpresas, nada voy perdiendo con ganar tiempo en este negocio.

Y la propia razón, ¿qué le dirá?...

¿Sabes tú acaso cuando te visitará la muerte; ni cómo vendrá; ni lo que entonces habrá de acontecerte?...

Y cuando termines ese asunto, que dices tener en pie ¿no puede venirte otro?... y aún no viniéndote ¿estarás entonces en condiciones de solventar tu deuda?...

Otro hombre, con no menos afición á esos mil duros, ni menor propósito de devolverlos, suele disfrazar, su carencia de decisión á hacerlo, con estas singulares reflexiones:

¡Si yo compensara mi obligación de pagar ese dinero mediante el sacrificio de otras cosas!...

Oraciones, rezos, rosarios, limosna de cuanto me sobre... en fin, novenas y otras prácticas piadosas, nadie podrá negarme que obras gratas y meritorias son á los ojos del Señor.

Todo eso está bien, le contestará enojada la razón; pero lo primero es el cumplimiento del deber.

¿Ir á misa?... cosa excelente es; pero cosa mejor es cumplir con los deberes, y eso es lo que manda Dios y lo que Dios más quiere.

¿Rezar?... bueno es rezar; pero no por eso te juzgues autorizado para faltar á tus acreedores y á tu prójimo.

¿Hacer limosnas?... ¿Quién duda que es acción superior y propia de corazones nobles?... Pero á nadie excusan las limosnas de la obligación ineludible de restituir, sin quitar punto ni coma, todo aquello que esté malamente retenido.

Las tres cosas, en fin, meritorias y santas son de su cojeta; pero ninguna de ellas ni las tres juntas sirven para la salvación del alma, si, por atender á ellas, faltamos á los deberes y obligaciones que tenemos con la ley Divina y con el prójimo, nuestro hermano.

También de este segundo mal pagador, dirá satisfecho Lucifer:

Otro igualmente seguro para mí; lo que me

conviene es que persista en su error respecto del aquietamiento de su conciencia y de los consejos de su desordenada voluntad. Mi negocio estriba en fomentar su inclinación á cosas nuevas; en animarle á escojer las que más le agraden y á que deje las que más le mortifiquen.

* * *

Otro tercer hombre hay que también tiene gran afición á los mil duros; pero éste, con propósito inmediato y leal de devolverlos, se resuelve á esclamar de corazón:

¡Señor!... Tú bien lo sabes, porque todo lo ves sin que nada se oculte á tu mirada.

Sabes que, además del amor que yo profeso á esos mil duros, amo también otras muchas clases de tesoros, y que tengo resabios de no escasos vicios y de no muy sanos hábitos ni muy puras costumbres; y que todos esos enemigos de mi alma la asedian é implacables y tenaces la persiguen.

Pero no me importa amarlos todavía; ni tampoco rescoldos de afición tenerles; ni que ellos tiranos persistan en sus ataques fieros; porque si bien es cierto que con insistente seducción quieren atraerme, yo más no quiero ir á ellos; yo ansío de verdad dejarlos; yo me propongo hacerlo desde ahora mismo: inmediatamente, por ser esa tu voluntad y puesto que Tú, mi Señor, con tu favor me ayudas.

Hoy mismo, desde aquí mismo, voy á devolver á mi acreedor esos mil duros y á desechár de mi remozado corazón todo aquello que contra ley de Dios haya adquirido.

Anhelo desprenderme, cuéstemme lo que me cueste, de todo cuanto á la salvación de mi alma no conviene.

Mas como yo bien sé que el hombre puede perderse por sí solo; pero salvarse por sí solo no lo puede, yo, ¡mísero de mí! nunca podré asegurar mi salvación si Tú, mi Oreador, no me ayudas con tu divina Gracia.

¡Ilumina, pues, mi entendimiento, y mi voluntad fortifica con esa eficaz Gracia que con fervor te pido, porque mi alma quiere ser de Tí, de quien procede, y no de Lucifer, quien ningún derecho sobre mi alma tiene!...

*
* *

—Hemos terminado, y se me figura que en extremo satisfechos, las meditaciones de hoy, ¿no le parece á usted así?... fueron las últimas palabras pronunciadas por el Padre N.

—¡Gracias! ¡Dios se lo pague!... contesté yo emocionado, besándole las manos.

Después de la ordinaria oración de despedida, el Padre estrechando con efusión las mías, continuó:

—¡Animo!... Hasta mañana, en cuyo día para obtener esas luz y fortaleza, de las que lo mismo usted que yo necesitamos tanto, hemos de discurrir en torno del *Lavatorio* y la *Eucaristía*...

III

Día séptimo de ejercicios

MEDITACION VEINTIDOS

El Lavatorio y la Eucaristía

Jesús y los apóstoles caminan juntos desde Bethania á Jerusalén.

Jesús va contento; porque si bien es cierto que va á morir, lo hace voluntariamente por la ansiada redención humana.

No así los apóstoles, quienes marchan tristes considerando, atribulados, la próxima muerte del Señor.

Judas es el único que camina impaciente y aún gozoso, pues tan sólo piensa en los dineros de su bolsa, que presto crecerán con el maldito precio que en breve recibirá por la ignominiosa venta del Maestro.

Mucho he deseado celebrar esta pascua con vosotros, porque gran deseo tuve desde el aciago día de la primera culpa, de reconciliar de nuevo á los hombres con su Dios.

El Hombre-Dios en quien el Creador había puesto el señorío de todo lo creado; el Todopoderoso que no ignora la excelencia y poder de su persona y que conoce la vileza y maldad del traicionero Judas y que también espera la cobardía ruín de los apóstoles, y que sabe igualmente la flaqueza femenil del medroso Pedro, se dispone á lavar los piés á los unos y á los otros, como si el esclavo fuera de ellos...

—*¡Tú lavarme á mí los piés!* —dícele espantado Pedro.

¡Tú, mi Señor y Señor de cielo y tierra, lavar los piés á este apocado y miserable siervo!...

¡*No me los lavarás!!* Que á esas manos divinas, con que diste salud á los enfermos, vista á los ciegos y á los muertos vida, no está bien mancharse con la suciedad y podre de nuestros piés groseros...

—*Si no te lavare los piés no tendrás parte conmigo*—le contestó Jesús, dándole á entender con ello lo mucho que desagrada al Creador todo asomo de rebelión á su mandato y de pertinacia en el propio parecer, ejercido ó procurado por las criaturas, quienes quiera que ellas sean.

La falta de obediencia á la voluntad de Dios es siempre grave, por muy bien intencionadas y laudables que las reglas de nuestra conducta nos parezcan.

Dios sabe mejor que nosotros lo que á nosotros nos conviene...

También á Judas Iscariote lava los piés el Generoso Redentor.

¡Qué abnegación la del Maestro!... ¡Qué paciencia y qué humildad las suyas!... ¡Cómo en todo demuestra que fue la noble empresa de redimir á todos la que trajo al mundo!...

¿Imitamos al Redentor las redimidas criaturas, con respecto á los enemigos nuestros?...

Luego bendice el pan, lo parte y lo entrega á sus discípulos, sin excluir á ninguno, ni aún al malvado Judas.

A todos asegura: *Este es mi cuerpo; comed de él y morareis en mí, y yo en vosotros.*

¡Oh magna y sagrada Eucaristía!... ¡Oh augusto y portentoso medio, por virtud del cual el Salvador de los hombres se queda por siempre entre los hombres!...

Y no sólo se queda como Dios, sino que se queda igualmente como hombre y obra en nosotros de modo tan maravillosamente eficaz, que nos saca del infame cautiverio del demonio y nos preserva del castigo de la culpa y nos libra, en conclusión, de las horribidas tinieblas de la noche eterna.

¿Y con qué fin verifica este milagro?

Pues única y exclusivamente al noble objeto de que el hombre obtenga en este y en el otro mundo la suprema felicidad, que tanto ansía...



En la meditación de esta tarde asistiremos con nuestro Redentor al huerto de Getsemaní y allí contemplaremos lo que su espíritu y su cuerpo sufrieron por nosotros.

MEDITACION VEINTITRES

El Justo en el huerto de Getsemaní

Por muchísimo que sufra y padezca el hombre en este mundo ¿podrá jamás compararse con lo sufrido y padecido por Jesús en el huerto de Getsemaní?

El Señor de todas las cosas no se conforma

con vencer los tres pecados capitales, el aplauso, las riquezas y el placer, sino que escoje voluntariamente, para su vida mortal y la redención del hombre, los sufrimientos más horrendos conocidos en el mundo, y otros, aún más horribles, desconocidos hasta el día é inventados, entonces, por la maldad humana sólo para aplicárselos á El...

Los escoje porque quiere, pues como Dios, una sola lágrima suya hubiera bastado y sobrado para millones de redenciones.

Pero prefiere padecer esos tormentos para demostrar de modo sensible, con dolores y sacrificios humanales, el mucho amor que tiene al hombre.

Basta, para sentirnos espantados, contemplar á Jesús en ese cruel compendio de todos los sufrimientos y dolores, escritos con sudor de sangre en el huerto de Getsemaní.

Acabada la cena, marcha tranquilo al olivar, donde le espera la más terrible prueba de su vida mortal.

¡Qué ideas tan desconsoladoras y tristes cruzarían por su mente!... ¡Todos los pecados de todos los tiempos acudirían á su memoria y con todos iba á cargar!

La visión beatífica le permitía ver, de un sólo golpe, la enormidad y fealdad de todos ellos...

A nosotros mismos, apesar de nuestra limitada y grosera inteligencia, nos horrorizarían espantosamente si pudiéramos verlos en toda su asquerosidad y sus detalles.

Pues Jesús los ve todos y se dispone á apropiárselos como si hubieran sido cometi-

dos por Él mismo; y la pútrida inmundicia de todos ellos va á ennegrecer su alma limpia y transparente...

¡Todos los hombres pecando durante cuatro mil años!... ¡Todos los pecados que serán en las generaciones futuras hasta el fin del mundo!... ¡Todos!... ¡Todos!... ¡Ninguno se le oculta!...

¡Tantas blasfemias; y todas las oye; y todas las cuenta!...

¡Qué de obscenidades!... ¡Todas las ve en la asquerosidad que tienen!... ¡Todas empañan su pureza y todas le asquean y repugnan!...

¡Cuántos odios!... ¡Cuántas discordias!... ¡Cuántos sacrilegios!... ¡Cuántas muertes!... ¡Cuántas vergüenzas!... ¡Cuánta maldad y cuánto lodo!...

¡Todo eso lo contempla por espacio de tres horas interminables!...

¡Y encima de todo esto la maldición de Dios!...

¡El horror de tener que pasar, ante sus ojos paternales, como el autor de tanta vileza y tanto mal!... ¡Como el único responsable de toda la inmensa podredumbre de la culpa!...

Aunque es Dios, ya no puede sufrir más y agonizando exclama: *¡Apartad de mí este cáliz!...*

Mas no bien se escapa de sus labios tan amarga queja, esos mismos cárdenos y temblorosos labios de nuevo balbucean: *No se haga, Señor, como yo quiero, sino como es vuestra voluntad.*

No siempre son atendidas las peticiones de la oración, pero sí son siempre oídas... ¡No lo olvide usted en su vida!...

Dios sabe mejor lo que conviene y, si no es posible retirar el cáliz del dolor, manda un ángel del cielo para que conforte al que ora... ¡Tampoco lo olvide usted!...

¡Eso le pasó al mismo Redentor, quien por el ángel confortado, dijo gallardamente á sus perseguidores: *¡Si buscáis á Jesús, yo soy!*

Los sayones, por Judas precedidos, le prendieron como Él habíalo predicho, y esta noche en la meditación siguiente vamos á verle, preso y condenado.

MEDITACIÓN VEINTICUATRO

Preso y condenado

A la hora señalada por el mismo Jesús, no á la hora escogida por sus crueles enemigos, llegaron éstos al Huerto de las Olivas dispuestos á prenderle.

Judas iba á la cabeza de ellos y, para que los soldados le conocieran desde luego, imprimió un beso traidor con sus hipócritas labios en el sereno rostro del Maestro.

—*A quien yo besare ese es...*—les había advertido momentos antes de llegar al huerto.

Bien sabe el Maestro lo que significa aquel infame beso, mas sin embargo, le pregunta dulcemente:

—*Amigo, ¿á qué has venido?...*

Y le llama amigo, como queriendo darle gracia divina para que, aún realizada la traición, el pesar de lo hecho la atenuase en vez de agravarla la codicia con el recibo del precio de la infame venta.

Aún puedes salvar tu alma—le dijo con su dulcísima mirada...

Judas no le hace caso: su corazón de avaricia pleno estaba totalmente corrompido...

Maniatado, pues, Jesús por la grosera soldadesca, fue llevado á la ciudad deicida...

En la casa de Anás un rufián le abofeteó con mano aleve;... tres plebeyos ébrios en la de Caifás le calumniaron;... en un poste del Pretorio dos sayones implacables le colmaron de azotes;... y, por último, el cobarde y pusilánime Pilatos le condenó á morir en un cadalso entre dos ladrones.

*
* * *

Mañana, mucho de consolador y generoso hemos de aprender, cuando, á primera hora, vayamos á escuchar el maravilloso testamento que dictó *Cristo en la cruz*.

IV

Día octavo de ejercicios

MEDITACION VEINTICINCO

Cristo en la cruz

La cruz de Jesús es el manantial inagotable de la paz, de la esperanza y del consuelo.

La síntesis de la verdad, de la virtud y de la santidad.

Dada la condición moral á la que el pecado

de origen hubo conducido al hombre, la cruz, ó séase el sacrificio, se ha convertido necesariamente en obligación ineludible y en esencial ley de todos cuantos la vida de la Verdad quieran vivir.

La cruz ha sido el augusto trono de Jesucristo en su soberana cualidad de rey del Universo, y la cátedra universal en la que como divino Maestro enseñó á todos el único camino de la vida.

Fue y sigue siendo el sacrificio eterno en el cual, como dice San Agustín, *los sufrimientos de Cristo son completos, pero en la sola cabeza, que es una, por lo que nosotros los cristianos, cada uno de por si y todos juntos, necesitamos cristalizar en nuestros corazones esos sufrimientos del Redentor, como miembros que somos del cuerpo místico—llamado su Iglesia—del cual Cristo es la cabeza.*

*
* *

A uno y otro lado de El también hállanse crucificados dos empedernidos criminales.

Castigádoles había la humana sociedad á que en afrentosa cruz sufrieran, como era de justicia, la expiación de sus maldades; pero á la vez esa misma sociedad, contradiciéndose, había dispuesto, injustamente, que Él—inocentísimo Cordero—padeciese en otra cruz idéntico tormento por la inocencia propia y la maldad ajena...

De la cruz ningún mortal se libra en este severo mundo de la prueba...

Uno de los facinerosos confiesa noblemente sus pecados y aquieta su conciencia, toda vez que ya estaba pagando el castigo debido á la sociedad, por la parte en que á la sociedad faltó; pero se acuerda de Dios su creador; entonces reconoce que parte de la deuda le quedaba aún por solventar, y torna á sublevarse su conciencia...

Ha visto que á Cristo, aún después de crucificado injustamente, se le provoca y se le ofende, y que Cristo, sin embargo, no sólo disculpa sino que también perdona, y comprende, por la gracia divina iluminado, que, quien con tal grandeza obraba, sólo podía ser el mismo Dios, ó sea el otro acreedor mayor que él presentía.

Recorre, pues, á El humildemente y le dice:

—*Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.*

—*¡Hoy serás conmigo en el Paraiso!...*—contesta el crucificado Dios.

¿Quién estará tan ciego?... ¿quién habrá tan insensato que después de ver tamaños prodigios se retrase, ni siquiera un segundo, en acudir al Redentor?...

El otro facineroso, de satánica rabia poseído, fue quien insistiendo en su fatal perversidad continuó blasfemando y maldecido por Dios se condenó.

Si es en verdad pasmosa la fe con que el primer criminal fue iluminado no bien se arrepintió, más asombrosas son aún la eficacia y rapidez con que la gracia celestial movióle á la salvación.

¡¡Qué ejemplos tan maravillosos—pero tam-

bién qué repetidos en el mundo—esos del bueno y del mal ladrón!!...

—*¡Si eres Dios, baja de esa cruz y sálvate y sálvame!*—gritaba irónicamente el mal ladrón, imitando á Satanás y coreando á los incrédulos y orgullosos fariseos, que tan tardos y duros de corazón eran en reconocer la divinidad del Redentor.

—*Nosotros pagando estamos lo que merecemos, pero éste, ¿qué mal ha hecho?*—exclamaba por su parte y cada vez más avergonzado y convencido el buen ladrón, rindiéndose racionalmente á la provechosa y justa influencia de la verdad...

*
* *

—En la meditación siguiente—terminó el Padre N—vamos á discurrir, siquiera sea brevemente, acerca de la gloriosa *Resurrección del Redentor*.

MEDITACIÓN VEINTISEIS

Resurrección de Jesucristo

Resucitó Jesús, y la paz surgió en todas partes, como por encanto, para que pudieran disfrutarla sin excepción ninguna todos los espíritus humanos.

Donde primeramente se mostró fue en la Bendita Madre de Dios, que es la madre de todos los habitantes del universo.

Porque María es estrella de los justos; am-

paro de los pecadores; y de unos y de otros ejemplo, consuelo y esperanza.

Después que la paz vino á María Inmaculada, quiso Dios llevársela en persona á María Magdalena, en quien están representados los pecadores confesos y arrepentidos.

Luego se produjo la paz universal: la prodigiosa pacificación de todos los espíritus, que sólo pudo darla la gloriosa Resurrección del Redentor!...

La paz inefable y por todos deseada, que nos asegura la amistad con nuestro hermano; la que derroca las indómitas pasiones; la que nos fabrica la lealtad debida al Creador; y, en fin, la que nos da la dicha de esta vida á la par que nos asegura la de la vida eterna.

No bien resucitó Jesús cuando, vestido de radiante luz, se presentó á María Inmaculada.

Es la primera á quien visita, porque *Ella* fue la criatura que más tiempo y más de cerca le siguió en su vida mortal.

María le acompañó de niño; y en la calle de la Amargura; y al ser inhiesto en la cruz; y después de desclavado; y no le dejó hasta que fue puesto por tres días en la pasajera sepultura. ¿Cómo era posible que *Ella* no fuera la primera... más opulentamente premiada con la presencia gloriosa de Jesús?...

*
* *

Ya no era aquel tan perseguido Hombre-Dios; ya no era aquel amante hijo de sus purísimas entrañas tan odiado, tan herido y

tan vilipendiado por la perversa crueldad del mundo.

Era el resucitado vencedor de todas las injusticias, y de todas las torpezas, y de todas las malicias...

Después de visitar á la virginal María, *mujer bendita entre todas las mujeres*, quiso visitar á María Magdalena, mujer pecadora, pero sinceramente arrepentida de sus culpas.

A la penitente hidalga y razonable, que había hecho confesión y penitencia de sus múltiples pecados y que, una vez purificada por la bienhechora contrición, le había acompañado más de cerca en los sacrificios y dolores.

¿Qué pecador, por culpable que se crea y sea, se amilánará cobardemente, desconfiadamente, después de ver los ejemplos portentosos de Dimas el ladrón y de María Magdalena?...

¡Qué eficaz!... ¡qué positivo!... ¡qué reproductivo y bello es quedar preso, por virtud del saludable sacramento de la penitencia, en las redes de la fe y del amor de Dios!...

¡Qué valor, por lo mismo, el que después de dignificada tuvo la pecadora y arrepentida Magdalena!...

Ni la hora intempestiva la detiene... Ni la arredra la humana reflexión de que el sepulcro está guardado por aguerridos pretorianos... Ni el temor de exponerse á las groserías de la inmunda soldadesca, son capaces de mermar la fe que tiene en la palabra, dada por Jesús, de que resucitaría al tercer día...

Y quien esto considera, ¿puede honradamente detenerse ante el *respeto humano*, ni cobarde

temer al *qué dirán*, y por tan frívolos pretextos dejar de cumplir sus deberes de conciencia?...



Jesús venció á la muerte resucitando para siempre, y triunfó de la poquedad de sus ruines enemigos llenándolo todo con su gloria.

Estas dos victorias bastan, por sí solas, para que los más soberbios se humillen; los más sabios se anonaden; los más grandes se aterren; y todos, no estando locos, creamos las palabras infalibles del crucificado Redentor.

—Basta ya por hoy y, si á usted le parece, daremos también por terminados estos santos ejercicios con la meditación próxima, en la cual, tengo pensado que nos ocupemos, como final de ellos, de la *Aparición de Jesús á los discípulos de Emaús*.

—Lo que usted disponga—contesté yo.

MEDITACION VEINTISIETE

Aparición de Jesús á los discípulos de Emaús

Aterrados por el suceso acaecido en el sepulcro de Jesús, dos discípulos cobardes huyen apresuradamente de Jerusalén tristes, pensativos, desconfiados y abatidos, con el propósito de refugiarse en el inmediato pueblo de Emaús.

Temerosos de verse comprometidos si se divulgaba la resurrección del Señor, faltóles tiempo para ausentarse del sitio del suceso.

En esos desdichados, el miedo sobrepujó á la lealtad...

¡Qué gran número de imitadores ha habido desde entonces!...

Pero Jesús, que es fiel amigo, ama á esos discípulos miedosos y, como no quiere que se pierdan, amante y generoso va en su busca.

Toma la forma exterior de un caminante.

Su paternal compasión le mueve á acomodarse siempre á los peculiares estados y condiciones de los hombres sus hermanos, con el fin de inspirarles mayor confianza, y para que con más atención le oigan.

Bien comprendió Jesús que sus discípulos huían de mala gana y que lo hacían, más que por falta de piedad, por sobra de pavor y ligereza.

—*¿De qué vais hablando? ¿Qué clase de tristeza es esa que en vuestro rostro se dibuja?...*— les preguntó, al acercarse á ellos.

Jesús nada ignora, pero quiere que sus amigos le confiesen sus miserias, como quiere que los cristianos se duelan ante El, esperanzados, pues puede remediarles en sus dolores y pesares...

También le agrada aligerarnos de la natural cortedad que dimana del reconocimiento, por nuestra parte, de lo mucho que vale y que puede hacer en favor nuestro quien, por evitar nuestra desdicha y procurar nuestra ventura, tan enormes afrentas y pasión hubo sufrido acá en la tierra.

Serenados y confiados los discípulos le toman por otro caminante, como ellos, y le dicen:

—*¿Tú no sabes?... Jesús Nazareno, que fue*

gran profeta, poderoso en las obras y en las palabras delante de Dios y de todo el pueblo, ha sido condenado á muerte y crucificado. Nosotros no esperábamos esto; lo que esperábamos era que hubiera redimido á Israel.

A solas, en el oculto interior de la conciencia reconocían los discípulos el sacrificio y la divinidad del Maestro; pero vencida la razón por la flaqueza—como los cobardes cristianos por el *qué dirán*—marchaban miedosos en contra de sus propias naturaleza y convicción.

—¡Oh tardos de corazón para creer!... ¿No sabíais por los profetas que convenía que Cristo padeciera afrentas, pasión y muerte cruel para entrar en la gloria?...—replicó el viajero incógnito á los dos pusilámines soldados del cristianismo, quienes al solo conato de un disparo del *respeto humano* habían desertado apresuradamente de las filas de los suyos...

En vano buscáis refugio donde no lo hay—parece que quiere decirles—. Esa y no otra es la única causa natural y lógica de que camineis tristes, indecisos y desfallecidos...

*
* *

Haciéndose iba de noche y los discípulos huídos dijeron al desconocido acompañante:

—*Es tarde para caminar; quédate con nosotros, Señor.*

¡Maravillosos efectos de la gracia! Ya le llaman Señor y le reverencian sin darse cuenta de ello, porque fueron cogiéndole afección inadvertidamente en la conversación habida por el camino.

Y le ruegan y le suplican, pues *quédate con*

nosotros esta noche, le dicen cariñosa y reiteradamente...

¿Qué son, pues, la humildad con que *Señor* le llaman y el ruego con que le suplican que se quede, sino la savia eficaz y fecundante de la oración sincera?...

La oración: la prodigiosa oración, de la cual bien decir podemos que tiene más poder que el mismo Dios, puesto que á Dios siempre con la oración se le gana y vence...

Jesús accede á la súplica de los discípulos de Emaús, y estos le hospedan en su casa y le sientan á su mesa.

¡Cuán prodigiosa es también la eficacia de las obras de caridad hechas en favor de nuestros hermanos, y cuánto esas obras de caridad agradan al Redentor!...

Jesús da ciento por uno de cuanto se hace por el prójimo: por eso, en aquella ocasión, pagó superabundantemente las atenciones habidas con el desconocido caminante.

Ya en la mesa, partió el pan como en la noche de la cena; se lo dió á los dos discípulos, y, después de darse de ese modo á conocer de ellos y de permitirles que de Sí Mismo comieran, desapareció de su vista.

¡Qué alegría tan grande la de aquellos descarriados discípulos!...

Al caérseles súbitamente de los ojos la venda del error, las nieblas huyeron de su mente, la noble razón se les iluminó, como por encanto, y cesaron sus recelos, sus tristezas y temores.

A aquellos *prudentes* imprudentes, que, muy de madrugada para que nadie les viera, huye-

ron de Jerusalén, deseando aprovechar la luz del sol para llegar á Emaús antes de anoche- cer, ya no les importa ahora la lobreguez de una noche obscura para desandar el camino andado y volver precipitadamente á la ciudad deicida...

¡Oh prodigios inexplicables de la Divina Gracia!...

Aquellos dos infelices que, apesar de su mal entendida prudencia, llegaron casi de noche á su anhelado pueblo muy tristes y rendidos y con gran ansia de reposo, ¿qué hacen ahora?...

Ahora, robustecidos por la alegría, el consuelo y la fortaleza que el Redentor comunica á todos los hombres al dárseles á Sí Mismo, no vacilan más ni se paran á reflexionar, sino que se apresuran; resueltos y briosos, á desandar en el acto el largo camino, antes con tantas fatigas recorrido...

Y lo desandan de prisa, volando, porque alas habíanles nacido, de repente, en la voluntad y en los talones...

Y ven con más claridad en las lobregueces de la noche que antes veían en el esplendente y pleno día, porque al comulgar con Cristo habían quedado henchidos de contento de esperanza y de luz sobrenatural mucho más brillante que la luz del sol...

Tal es el poder de Jesucristo... Tales los medios de que se vale la Divina Providencia para trocar, en un momento los corazones, de quienes con fe y sinceridad buscan el camino de amarle y de seguirle...

(Fin de los ejercicios espirituales).

LIBRO SEXTO

PATER NOSTER: FIAT VOLUNTAS TUA

«Es lo más seguro no querer, sino lo que quiere Dios, que nos conoce más que nosotros mismos y nos ama. Pongámonos en sus manos y no podremos errar, si con determinada voluntad estamos siempre en esto.»

(Santa Teresa.—Morada VI, 9.)

I

Después de los ejercicios

DESPUÉS de la ordinaria oración de despedida, que en esta meditación fue la más emocionante y más sentida, el Padre N. con acento conmovido me habló de esta manera:

—Hemos terminado los santos ejercicios.

No sé si mi sencillo lenguaje habrá sabido adentrar en lo íntimo de su alma aquellas grandezas, que el limitado entendimiento humano puede comprender de la Divina Redención del hombre.

Dice Fray Luis de Granada que si no fue-

ra porque la memoria humana, necesita muchas veces, el estímulo de que algo se la recuerde y diga del gran arcano de la *Redención*, para que el hombre, hostigado por los acicates del mundo, no se olvide de vivir como conviene al logro del fin para que fue creado, más valiera adorar en silencio la gran alteza de este magno misterio, en lugar de emborronarlo con la rudeza de lengua de carne.

Resuma usted, pues, cuanto haya oído á mi tosca y pobre parla en este noble y leal consejo:

Adore de continuo, en el silencio de su redimido espíritu, el magno misterio de la *Redención* considerando, sin cesar que, por virtud de ese misterio, Cristo Redentor está en usted, y en su conciencia, y en su familia, y en sus negocios; y que todo lo mira... y lo penetra... y lo nutre... y lo llena... y lo rodea...

Si entre los hombres de honor, con solo nombrar la honra mundana—que al fin no es más que una deidad vaga de problemáticas y confusas reglas,—se agita con violencia el corazón y en puntilloso rubor se enciende el rostro, ¿qué no merecerá la honra de ese Redentor, de ese Dios Omnipotente, de concretos y sabios mandamientos, y de la cual, dice Santa Teresa, *que es la sola honra de provecho, porque es la única que ciertamente hace provecho al alma?*...

Solamente el caballero que honra á Dios, es el que puede estar seguro de saber honrarse á sí mismo.

La piedad es la manifestación más gráfica de la cultura y de la honradez del hombre.

Va unida á la caballerosidad y dignidad del ciudadano... Porque la devoción, no es *cosa de frailes y beatas*—como suele decir el vulgo—es una obligación ineludible que á todos nos alcanza; que ninguno podemos descuidar, y menos olvidar, sin hacer un gran agravio á ese Dios Creador y Redentor, que todo lo puede, y á quien todo lo bueno le debemos.

Toda la sabiduría, pues, del hombre se encierra solamente en estas breves frases: *honra á Dios; teme á Dios; y, por lo tanto, guarda con fidelidad sus mandamientos.*

Vuelva usted á su mundo, porque así lo quiere el Señor; pues según le manifesté en los ejercicios, *sin lucha no hay victoria.*

Y la victoria siempre es segura si usted, en lo sucesivo, encamina todos los actos de su vida á los supremos intereses de la eternidad.

Entréguese, francamente, con cuerpo y alma y con sentidos y potencias al Sol de la Divina Gracia.

Vuelva: y nada tema siempre que cuide de embarcar, en el bajel de la conciencia, el útil cordaje y el áncora preciada de la *Moral* y la *Virtud*, porque ellos son los fieles aquietadores de las angustias y turbaciones del espíritu y los consecuentes productores de la única alegría verdadera y sana de que es dado gozar al corazón, en la breve vida del tiempo.

Recuerde usted que, aunque los navegantes dejen la costa en mar de bonanza y aunque con viento favorable boguen, jamás olvidan de llevar en sus navíos, las anclas y el cordaje, para contrarrestar el furor de las bo-

rrascas y para combatir en los hoscos temporales.

Voy á concluir: lea usted, se lo aconsejo mucho, todo cuanto más pueda, á Santa Teresa de Jesús, porque en sus escritos aprenderá á desterrar del corazón las tibiezas en el servicio de nuestro Dios, y á fervorizar en lo íntimo del alma el continuo ejercicio de la devoción á Cristo Redentor.

El Padre N. cesó de hablar; pero cada vez más conmovido me tendió la mano.

Yo se la besé, llorando á raudales como una Magdalena.

—¡Padre!... —le dije sollozando— el mismo día que yo á esta casa vine decidí volverme á Madrid acto continuo:

¡Y pobremente juzgué de usted;... y tales fueron, y tan mal disimuladas, mi soberbia, mi vanidad y mi ceguera, que hasta grosero estuve en extremo: en cambio ustedes, por su parte, lejos de despreciarme ú ofenderse, conmigo en sus atenciones se excedieron!...

¡¡Cuánta compasión debieron inspirarles mi loca vanidad y mi torpezal!

Oaí de rodillas á sus piés... y entre las manos ocultando mi semblante enrojecido, continué:

—¡Padre, perdóneme!... ¡Jamás olvidaré lo que le debo! ..

Yo le prometo...

El Padre N. no me dejó acabar... Levantóme del suelo, y, al estrecharme, generoso, entre sus brazos, advertí que él también lloraba, y que, dirigiendo su mirada al cielo, exclamaba:

—¡Gracias, Señor!... ¡Nada de cuanto suce-

de se esconde á tu Paternal mirada!... ¡Tu Providencia, que lo mismo se extiende á las cosas grandes que á las de nosotros tus amados pequeñuelos, no cese, ni un momento, de asistirle con la Divina Gracia!... ¡Que hasta en las cosas más nimias le proteja!...

II

De regreso

Si quieres apreciar, lector curioso, la clase y magnitud de los afectos cruzados al despedirme de los Padres, multiplica, por el número que quieras, las emociones sentidas ayer tarde, y todavía te quedarás muy corto.

Melchor y el Padre N me acompañaron á la estación del ferrocarril, y conmigo estuvieron hasta partir el tren.

—¿Te parece que avise á María tu llegada?
—me preguntó Melchor.

—No—contesté yo—prefiero sorprenderla.

—Esto—añadió—para tus hijos—á la vez que me entregaba un paquete primorosamente envuelto.

Los tres paquetitos que van dentro están rotulados con el nombre de cada uno de tus hijos.

—¡Gracias, querido amigo!... ¡Tan aturdido estoy que me había olvidado de mis hijos!... ¡Pobres hijos míos; este hubiera sido el primer viaje en que no les llevase algún regalo si tu bondadosa previsión no hubiera suplido cumplidamente mi imperdonable olvido... ¡Dios te lo pague, buen Melchor.

—Me parece, sin embargo—agregó el Pa-

dre N—que no les lleva usted tan poca cosa si les lleva el paternal corazón alborozado; de infante esperanza y de consuelo celestial henchido y, á mayor abundamiento, ornado con la protectora paz, que es la amiga mejor de la vida de usted y de los suyos...

—Sí, Padre, tiene usted razón—contesté entusiasmado.—Yermo de verdades vine aquí, y hoy á mi casa vuelvo con la fatiga del espíritu convertida en sosiego santo; y tornados en plácida calma y en apacible confianza la agitación y el desaliento de mi pecho.

Abracé apretadamente á mis dos amigos, y bien sabe Dios que más que con los brazos con el alma toda.

Ambos me dieron á besar sus manos: les pedí su bendición me la otorgaron, y segundos después me arrellané en la muelle butaca del sliping...

*
* *

¡Adiós voluptuoso valle, en el cual habíase saciado mi espíritu de la más pura, atractiva y delicada poesía de la maternal naturaleza!

¡Adiós hermosos sotos ribereños de esta frondosa vega!...

¡Adiós abundosa y apacible huerta, la de los amplios paseos y de los nutridos y alineados árboles frutales!...

—Adiós sombra embriagadora de las doradas parras; y plantas floridas que ribeteais gayamente los senderos; y adiós rosales trepadores que cubrís las paredes, y que el balcón de mi celda festoneásteis estos días!...

Adiós modesta celda y señorial convento y suntuosa iglesia, que testigos silenciosos habéis sido de la restauración de mi fe cristiana; y de la enmienda radical de mis costumbres... y de mi fervor piadoso,... y del arrepentimiento hondo y sincero de mis pasados yerros.

¡Nunca os olvidaré!...

¿Cómo olvidaros si fue solamente entre vosotros donde hallé la brújula orientadora con que á bogar volvía al tormentoso mar de la confusión y los naufragios, y la cual, en adelante, habría de guiar á puerto franco y seguro el débil bajel de mi existencia?...

Yo, pobre de mí, á conoceros vine con los ojos muy vendados, y ahora me separo de vosotros con los ojos muy abiertos...

Muellemente engolfado mi cerebro en ese mar de recuerdos, por la fantasía y el reposo acrecentado, sorprendiéndome la caída de la tarde y hubo un momento en que creí dormirme...

¡Vana ilusión!... A medida que la noche iba extendiendo con mayor densidad su negro manto, las sacudidas y vaivenes del convoy, parecíanme más duros... Y doblemente perceptibles los temblequeos de trueno mugidor con que el tren convulsionaba el ambiente y hacía trepidar el suelo... En fin, que todo se conjuraba en contra de mi reposo haciendo que, abatiéndose mi espíritu, fuera doblándose poco á poco sobre sí mismo, hasta quedar enagenado en este severo exámen de conciencia.

*
* *

¡Ay corazón! .. ¡corazón!... ¡Cuántos años en

frivolidades y quimeras has vagado ciego y desmedido, por la fangosa superficie de la tierra!...

¡Y tú, iracunda memoria!... ¡Tú cual nunca activa y despierta, ¿por qué—á semejanza del aluvión que al surgir de la montaña arrastra cosechas y viviendas al caudaloso río—precipitas sobre el mar de mi conciencia todos los lazos que me unieron á esa turbamulta de malos cristianos que ni reza, ni llora, ni sabe levantar su mirada al cielo, donde eternamente mora la verdad?...

¿Pero acaso no había ya acertado á explorar... y aún dominar, durante aquellos diez venturosos días de retiro, los ámbitos sublimes del espacio?...

¿No hube ya adquirido en ellos suficientes energías y valor bastante para tornar de nuevo á la tráfaga, á la lucha, á la Babel de la vida social, donde deberes de honor y de conciencia me llamaban?...

¡Era inevitable!... ¡Forzoso era despeñarme del aura celestial, en que acababa de respirar, para caer otra vez en el impuro ambiente de la extranjerizada sociedad contemporánea, la cual erizada estaba de errores; y roída por la impiedad y el egoísmo; y á la cual el hastío, la indiferencia y la ingratitud minaban!...

Yo, que tan avezados tenía los piés á pisar abrojos, y que tan hecho estaba al combate sin trégua de los negocios y de las contradicciones de la suerte, sin haber cesado nunca en mi altanera frialdad, ni haber dado á torcer mi brazo en situación alguna, comencé á tener miedo...

Miedo, ¿de qué?... me preguntó la fe bendita, que ya había echado raíces en las profundidades de mi alma...

La Verdad es bella y eterna, en tanto que los enemigos de ella con los cuales tú vas á luchar de nuevo, son entes temporales y groseros...

Recuerda que ya te dijo el Padre N... que era preciso combatir, para obtener victoria; porque *luchar y vencer es ley de Cristo...*

Por otra parte, ¿no difundió ya en todo tu sér, la maravillosa Sagrada Eucaristía, esa mágica luz brillante, divina, inextinguible y amorosa que imprime en los pensares y sentimientos soberanas gallardías y abnegaciones y esperanzas?

La Verdad, una vez gustada, ya no sabe mal sino es á los malvados y dementes...

Y en cuanto á las borrascas, que temes se fraguen á tu lado y en tu pecho, semejantes serán, te lo aseguro, á las pasajeras tempestades atmosféricas.

¿No ves cómo las tempestades atmosféricas se rompen pronto y retorciéndose en purpúreas y doradas nubes abren en sí mismas grandes claros de transparente nácar por los cuales se trasluce el cielo?...

Pues las borrascas del alma iguales son.

Retorcidas por el impulso misterioso de las ráfagas potentes de la fe, presto se alejan, penachos de méritos formando y abriendo, en el cielo de las sublimes esperanzas, boquetes por los que salen consuelos inefables y se vislumbran apetecidas bienandanzas.

Cierto que las tempestades atmosféricas al-

gunas veces arrancan á la tierra parte de los frutos producidos, pero siempre la preparan y fecundan para que fructifique más.

También las borrascas del alma se llevan tras sí las ilusiones y abren en el pecho dolorosas llagas; pero cabalmente por la boca de esas llagas es por donde entra la divina gracia, y la gracia es la realidad de la vida y la vida real del alma...

*
* *

Apesar de estar sumido en estas encontradas reflexiones parecíame, á ratos, que el tren se estancaba y no corría... ¡Qué noche tan larga!...

¿Las cinco todavía?... ¡Aún faltan más de tres horas para llegar á casa!...

¡Marcha tan despacio el tren!... ¡Tantas las estaciones son!... ¡Tan largas las paradas!... ¡Tan lentos los minutos y las horas cuando uno ansía acercarse á los seres que ama!...

Voy á curiosear lo que encierra el paquete que me entregó Melchor:

Tres figuritas de madera. ¡Qué tallas tan primorosas; y con qué delicadeza están pintadas!... Realmente son tres joyitas de arte.

Todas tienen su letrero:

Para tu hija pequeña este Angel de la Guarda, que significa el amparo, la ternura y la inocencia.

Para tu hija segunda la imagen del Purísimo Corazón de María, cuya amante expresión parece que está diciendo: *Amad á Jesús como El os ama.*

Para tu hijo el Sagrado Corazón de Jesús, en cuya actitud serena y bondadosa se adivina este sublime mandamiento: *Amaos los unos á los otros igual que Yo os amo á todos.*

*
* *

A las ocho y cuarto de la mañana rechinó fuertemente el freno automático del tren y los molestos tableteos y los metálicos sonidos se apagaron... Habíamos llegado.

Sombrero en mano, en el andén de la estación de Atocha, me esperaba Antonio mi lacayo.

—¿Cómo es eso? ¿Sabíais que venía hoy?

—No señor; es que desde el día siguiente al en que se fue el señor, venimos todas las mañanas á este tren, por orden de la señora, á esperarle con el coche.

—¡Uanto me ama!... ¡Y cuán gran temor tenía de que yo no pudiera resistir!...—murmuré entre dientes.

¡Ah!... ¡Yo te prometo, amada compañera é inocente víctima de mis buscados males, que, en pago del caudal de constancia y de los celajes de luz que tú empleastes para aplacar mi pasado necio anhelo, he de bañar de ahora en adelante tu existencia en las más delicadas tintas que pueda anhelar tu merecida dicha!...

Esto pensando, ávido de llegar presto á su lado, huí, como de vivido torrente, de la férvida algarabía que produjeron en el andén mozos, viajeros y esperantes, y me lancé, cual bala disparada, á tomar mi coche.

El cochero, el lacayo, las gentes, los paseos, las calles que atravesamos hasta llegar á casa, todo estaba lo mismo y, sin embargo, todo me parecía estar cambiado.

¡Mentira!... ¡Todo estaba igual; quien solo había cambiado era yo!...

*
* *

—¡Hijitos míos, venid!!... ¡Ahora sí que no os engaño!... ¡Ahora sí que es verdad!...—parecióme que gritaba mi mujer.

Al oír aquella voz tan conocida, la turbia impaciencia del camino se tornó súbitamente en prodigioso filtro de alegrías que, cayendome copiosamente sobre el alma, recubrieron todo mi sér con el manto esplendoroso de un optimismo feraz y convencido..

Sentí que era más cálido y celeste el aroma que exhalaba mi jardín, y que eran como nunca de grandes é insustituibles los hechizos que me esperaban en mi santo hogar...

De pronto, María acelerada y nerviosa abrió, de par en par, las vidrieras de la marquesina.

¡Qué hermosa me pareció!

¡Jamás encontré más bella, ni más arrogante, ni más matrona, ni más maternal madre á aquella sensitiva y candorosa niña, adorada esposa mía y de mis hijos madre!...

*
* *

Besos, abrazos, lágrimas, bendiciones, gritos, gemidos, pisotones, achuchones... ¿Qué sé yo?...

—¿Qué nos traes?...

—¡La vida!... ¡Lo mejor de todo!... ¡Aquel complemento de dicha que vuestra bendita madre me pidió al partir!...

—¿Qué nos traes?... ¿Qué nos traes?...—según gritando á coro los tres pedacitos de mi alma.

¿Qué comprendían ellos, los inocentes niños, de aquellas mis primeras y enigmáticas palabras?...

María palideció ligeramente; temblorosa y bañada en un mar de lágrimas, pero de lágrimas de júbilo y de amor, se arrojó á mis brazos sollozando, y balbuceó más bien que dijo:

—¡Gracias, Dios mío!... ¡Gracias!...

—¡Sí!—reliqué yo á su oído y hondamente emocionado.—¡Dáselas, María!... ¡Dáselas de veras, porque desde que El ha entrado en mí soy más de vosotros y vosotros sois más míos!...

—¡Lo veo, Paco!... ¡Lo veo claramente!—gemía mi adorada esposa.—¡Lo veo con los ojos del alma!... ¡Dios engrandece é inflama, hasta lo infinito, á los corazones que toca con su divina gracia!...

—¿Qué nos traes?—según gritando la menuda genticilla precipitándose sobre mí y cubriéndome de besos las manos, las piernas, la cara, los ojos y hasta el cuello.

—¡Ay!... ¡Un ángel!... ¡Qué bonito es!... ¡Blanco y rubio como yo!... ¡Y con traje dorado!... ¡Cómo se parece á la hermanita que se

nos murió el año pasado!... ¡Calla, y le han puesto alas!... ¡Qué precioso es!...

—¡A mí la Virgen María!... ¡Esta sí que es hermosa!... ¡Y nos enseña el corazón!... ¡A ésta sí que le voy á decir todos los días: *¡Reina de misericordia! ¡Vida y dulzura y esperanza nuestra!*... *¡Ruega por nosotros, y, aún más que por nosotros, por papá, como mamá nos manda!*...

—¡Un Corazón de Jesús!... ¡Este es la preciosidad por excelencia!... ¡Yo no quiero decir nada, pero me lo comeré á besos ahora y todos los días; al levantarme; y al ir al colegio; y al volver; y al acostarme; y á todas las horas.

—No dices nada porque es más lindo mi Angel.

—¡No digas eso... donde está mi Virgen!...

—¡Ea!... ¿vais á regañar por eso?... ¡Los tres son preciosísimos—dijo María, y después añadió:

—Ahora de rodillas todos, y demos gracias á Dios por la feliz llegada de papá...

Todos nos arrodillamos...

María y yo, y nuestros hijos, y los criados, y el lacayo...

EPÍLOGO

Treinta y cinco años después

Madrid 4 de Enero de 1912.

Mi queridísimo Melchor:

Con la ejemplar puntualidad de una letra de cambio, girada á plazo fijo, pasado mañana te visitará esta epístola, para felicitarte en mi nombre por tu santo, mientras yo quedo aquí pidiendo de corazón á Dios que colme de gracias y venturas tu existencia.

Por si mi felicitación de hoy la última fuera—que pasado hemos ya los dos de los quince lustros—quiero pensar... más aún: quiero que pensemos en voz alta para que nuestras almas gemelas oigan recíprocamente sus decires como hace cincuenta y seis inviernos... como cuando tú y yo contábamos veinte años...

Ya recordarás, Melchor amigo, que el año 1877 y por tí llamado, marché á la ciudad de X..., en la que por entonces residías; pues bien: aquel viaje inolvidable ha resultado para mí una mina de oro... el negocio más im-

portante y lucrativo de mi vida: un *negocio redondo*, como se dice aún en el argot bursátil... Sin una peseta fuí á la ciudad aquella y á mi casa regresé con un capitalazo.

Por miedo é perderle ó á que algún malhechor me lo robara—tú no ignoras el desamor que tengo á los Bancos extranjeros—lo coloqué en un Banco español, y por ende castellano, denominado *La Constancia*, en el cual hay mucha honradez y buena fe para que se aclimaten en él esos vergonzantes extranjerismos de las listas negras y de las leyes de demora.

¿Quieres que discurremos, caro amigo—siquiera sea brevemente—en torno de los cuantiosos réditos, que liberal y puntualmente el Banco castellano me pagó?...

Tú me los habías ya predicho: esos réditos fueron la resignación cristiana y el perdón de las injurias.

Yo ví morir á mis padres..., á mi esposa..., á mis hijos..., á mis hermanos..., ¡qué sé yo!...

¡He recogido el postrer aliento y la última mirada de muchos pedazos de mí mismo; pero siempre—gracias á Dios—implorando, fervoroso, que les fuera el cielo propicio.

Reconocí y reconozco, desde la fecha venturosa de aquel viaje, que la Sabiduría Increada teníalo ordenado así, en sus sabios y altos juicios y... ¡bendita por siempre sea la Suprema voluntad de Dios!...

¡¡Todos esos pedazos de mí mismo, todos esos tesoros entrañables que he perdido, la resignación cristiana los enterró en mi alma, y ésta se los ha ofrecido y recomendado á nuestro Hacedor, Padre y Señor de todos!!

Si rencoroso no soy, si he perdonado las injurias recibidas, producto fue de aquel venturoso viaje, y producto beneficioso principalmente para mí, más bien que para otros...

¿Hay, por ventura, satisfacción más grande ni consuelo mayor que los que sentimos cuando, víctimas de la mala voluntad ó mala fe, doblamos la rodilla ante Jesús Crucificado, quien, por hallarnos perseguidos é injuriados, nos reconoce más merecedores de su amor y nos tiene por más dignos, más nobles y felices?...

¡Qué tranquilidad!... ¡Cuánto sosiego!... ¡Qué dulcísima paz cuando, en vez de buscar represalias y de concitar odios y de acariciar venganzas, mis labios y mi corazón, recordando el testamento de Cristo, dicen: ¡Perdónalos, Señor!...

Y... ¿no te parece, Melchor querido, que la confirmación cierta y continua de este caudal de subyugantes bienes—debido á tí en gran parte—que se desborda de mi alma agradecida, como río despeñado de altas cumbres, es la ofrenda mejor y más valiosa con que puedo regalarte en el día solemne de tu santo?...

Pues, tu antiguo compañero... tu siempre fiel amigo... contento y dichoso cual ninguno y á una vejez formalmente cristiana retirado, desde los umbrales de la eternidad y con la mano sobre el pecho y la mirada puesta en Dios, esa sincera confirmación te envía,

Paco.

FIN DE LA NARRACIÓN.



ÍNDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
A falta de un proemio.	VII
LIBRO PRIMERO	
<i>La lucha.</i>	1
I. El día de mi santo.	10
II. La lucha.	14
III. Dos almas en un cuerpo	14
LIBRO SEGUNDO	
<i>¿Será verdad?</i>	31
I. ¡Hermosa vega!	35
II. La Residencia	42
III. Conversación interesante	55
IV. ¡Hasta mañana!.	66
V. Noche toledana.	76
VI. El beso del alba,	76
LIBRO TERCERO	
<i>¡Meditemos!</i>	83
I. Primer día de ejercicios	85
Meditación 1. ^a —Dios tiene su plan, mi último fin.	85
» 2. ^a —Todas las cosas encaminadas á mi último fin	87

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>	
Meditación 3. ^a —Consumación de las dos anteriores	90	
» 4. ^a —Desamor del amor propio.	94	
II. . . . Segundo día de ejercicios	} 97	
Meditación 5. ^a —Pecados comunes		
» 6. ^a —Castigo de quien no busca su fin		100
» 7. ^a —Pecados propios		102
» 8. ^a —Efectos del pecado	104	
III. . . . Tercer día de ejercicios	} 108	
Meditación 9. ^a —Infierno y gloria.		
» 10. ^a —La muerte		111
» 11. ^a —Juicio particula.		113
» 12. ^a —Juicio universal.	116	
IV Cuarto día de ejercicios	} 118	
Meditación 13. ^a —El hijo pródigo		
» 14. ^a —Regreso del hijo pródigo		121
» 15. ^a —El reino de Cristo		126

LIBRO CUARTO

» <i>Eureka!</i>	} 131	
I. El examen de conciencia		
II La confesión.		135
III. . . . La comunión.		139
IV Vuelos del espíritu.	143	

LIBRO QUINTO

» <i>¡Sí que era verdad!</i>	} 153	
I. Quinto día de ejercicios		
Meditación 16. ^a —La Encarnación		
» 17. ^a —Nacimiento y adoración de Cristo		157
» 18. ^a —Familia cristiana	162	
II Sexto día de ejercicios	} 164	
Meditación 19. ^a —Bandera de Lucifer		
» 20. ^a —Bandera de Cristo		168
» 21. ^a —Tres ejemplos		169
III Séptimo día de ejercicios	} 174	
Meditación 22. ^a —Lavatorio y Eucaristía.		

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
Meditación 23. ^a —En el huerto de Getsemani.	176
» 24. ^a —Presó y condenado	179
IV . . . Octavo día de ejercicios	180
Meditación 25. ^a —Cristo en la Cruz	
» 26. ^a —Resurrección de Jesucristo	
» 27. ^a —Los discípulos de Emaús	183
	186

LIBRO SEXTO

* <i>Pater noster: fiat voluntas tua</i>	191
I. Después de los ejercicios	
II. De regreso	195
Epilogo.—Treinta y cinco años después.	205



Srta. Santina Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Srta. María del Pilar Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Sr. D. Narciso Nores Salgado, Marín (Pontevedra), un premio temporal de 500 pesetas.

Sra. D.^a María Teresa Ventoso, Icod (Canarias), un premio temporal de 125 pesetas anuales, en memoria de sus parientes difuntos.

Excma. Sra. Condesa de Sietefuentes, Icod (Canarias), un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sr. D. José Tartiere, Oviedo, un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sres. Domecq, Jerez de la Frontera, un premio de 500 pesetas anuales.

Sra. D.^a Teresa Ballester, Viuda de Martí, (Barcelona), un premio temporal de 500 pesetas, en memoria de su esposo D. José M.^a Martí y Coll.

Sr. D. José M.^a de Saracho, (Bilbao), un premio temporal de 100 pesetas anuales.

Excmo. é Iltmo. Sr. D. Antolín López Peláez, Arzobispo de Tarragona, un premio temporal de 500 pesetas anuales.

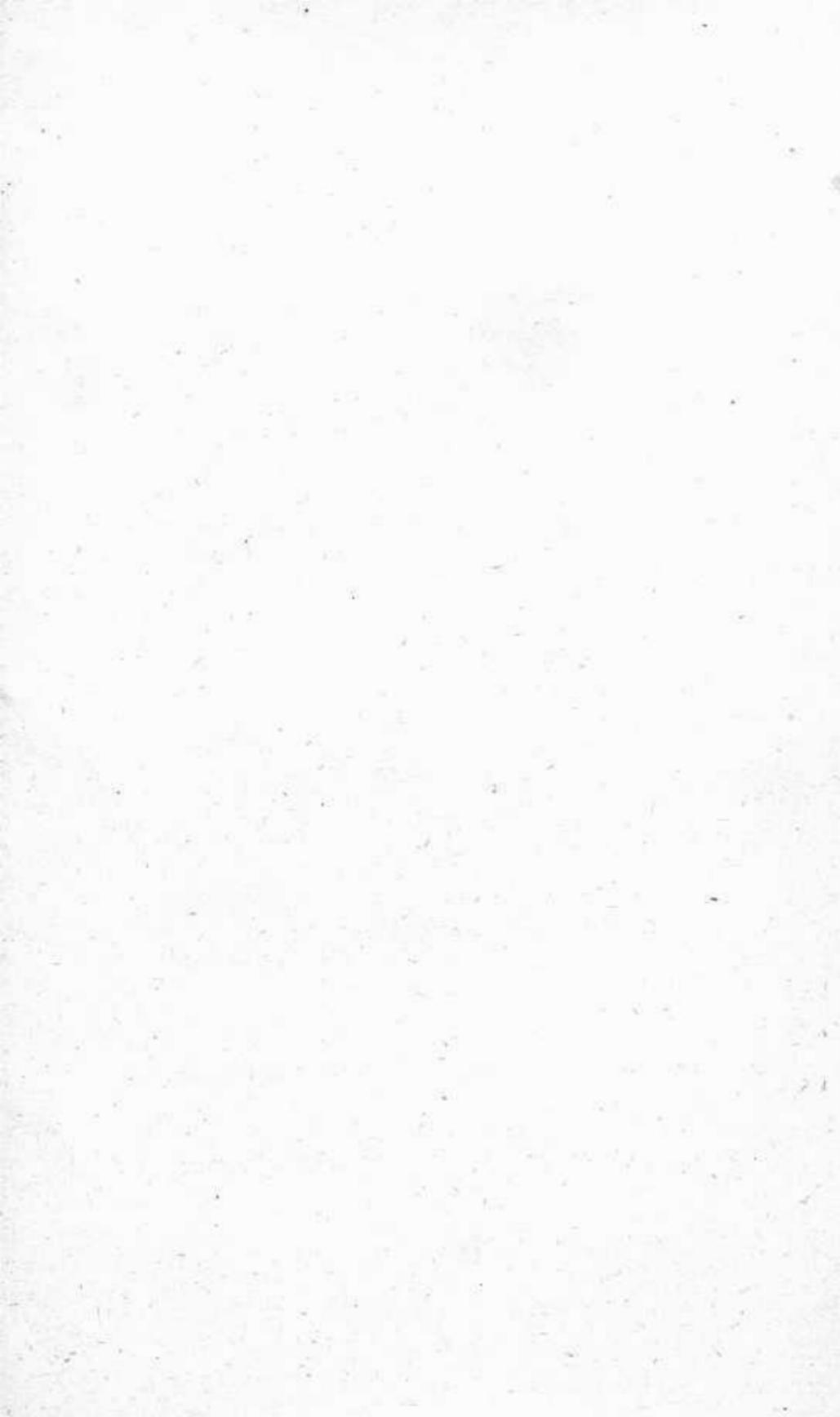
Srtas. Maria Benito Torres (Madrid), Teresa García Benito (Avila) y María Jiménez Benito (Avila) tres premios de 350 ptas., 300 ptas. y 350 ptas. respectivamente, en memoria de su abuela difunta la Excma. Sra. Doña Teresa Dominguez de Benito.

Preciso es rendir á estos excelentes católicos, á estos buenos españoles, el homenaje de nuestra admiración, pidiendo á Dios que fructifique su nobilísimo ejemplo.



Nuestros pueblos
latinos no tendrán in-
dependencia sino á condi-
ción de que en ellos predomi-
nen estos dos factores fundamen-
tales del genio de la raza: la reli-
gión católica y el casticismo del
idioma. El verdadero patriotismo
consiste, pues, en fortificar dichos
baluartes contra la hostilidad de
las naciones imperialistas. A es-
to aspira con sus obras el
«Patronato Social de Bue-
nas Lecturas».







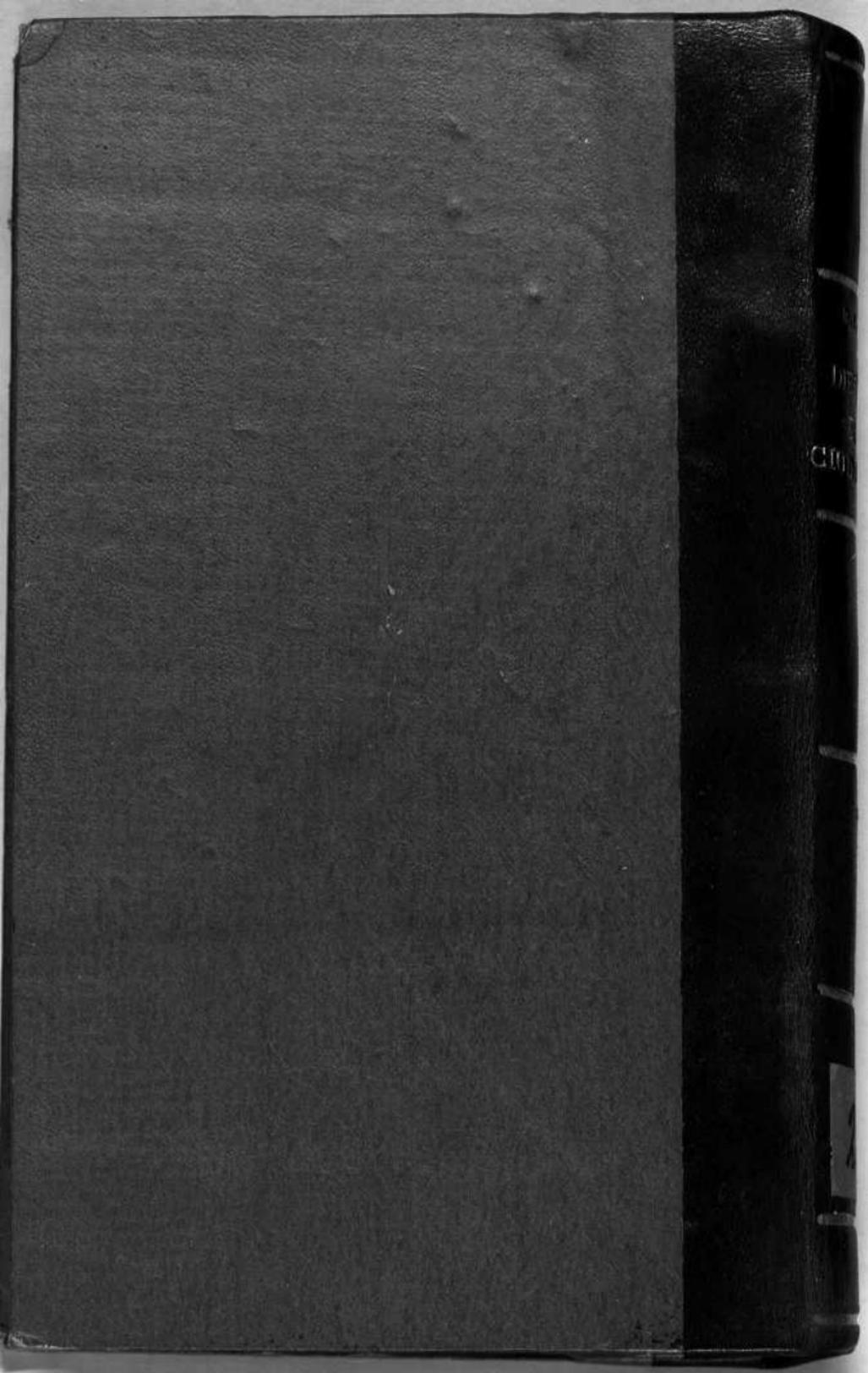
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	2066	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante... ..	1273	Precio de adquisición. »
Tabla.....		Valoración actual.....	»



B. LAPENA

—
DIEZ DIAS
EN LA
CIUDAD DE

2066.